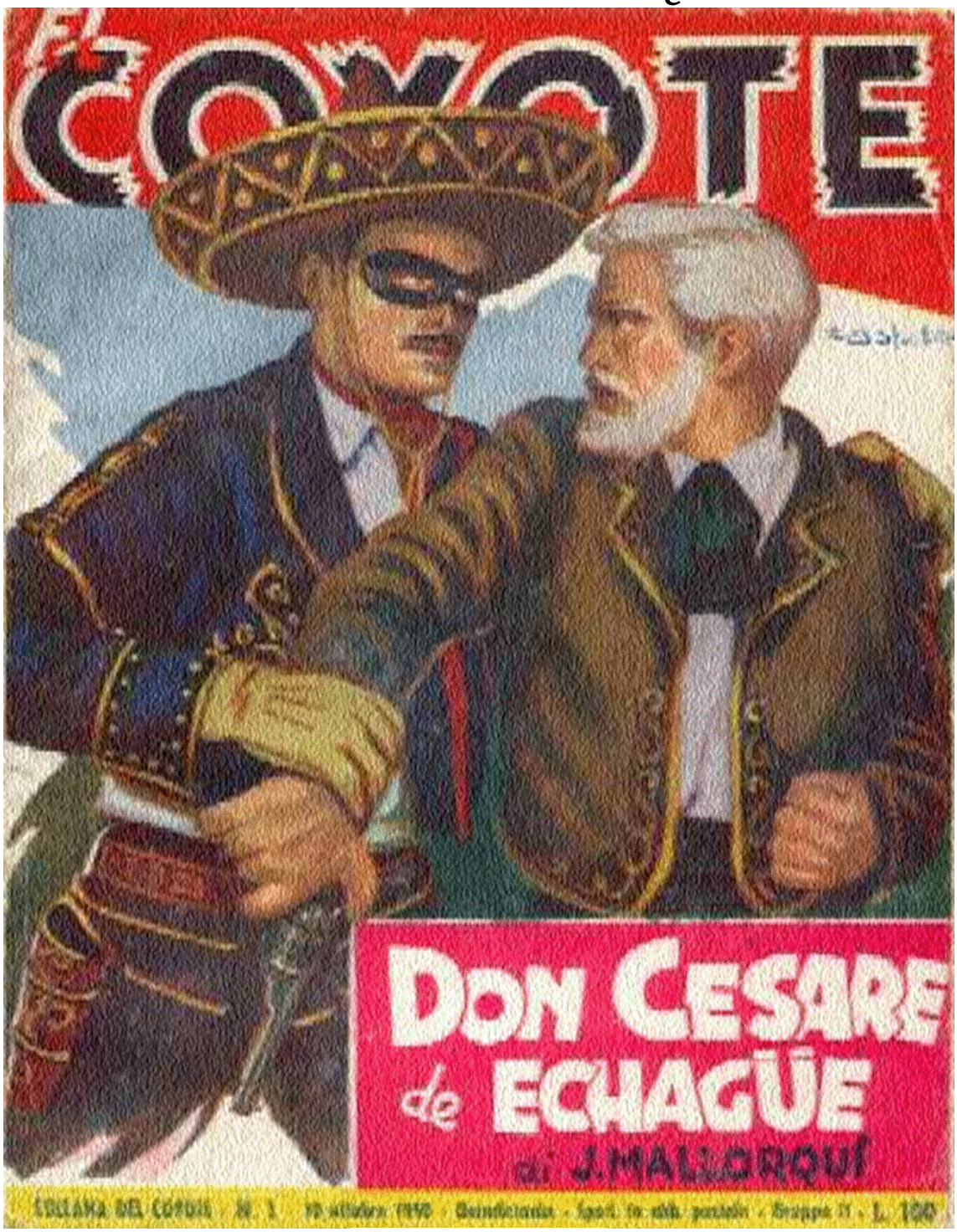
Don César de Echagüe

JOSE MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



PRIMERA PARTE

Capítulo primero

Que en realidad es el prólogo de una vieja historia

Ninguna señora que se preciase de serlo debiera haber entrado en *Petit París,* el local más depravado de San Francisco. ¡Que ya es decir! Quizá por eso ninguna dama de las que visitaban la ciudad dejaba de sentir una curiosidad irresistible por *Petit París,* por lo que ocurría en torno a las mesas que llenaban la platea. Y eso que por aquel suelo había corrido en más de una ocasión la sangre, unas veces de hombre, otras de mujer. Crímenes pasionales, riñas entre rivales amorosos, homicidios producidos por una bala perdida... En *Petit París* tenía lugar lo peor de lo mucho malo que sucedía en el barrio de la Barbary Coast.

Y, sin embargo, eran infinitas las señoras que deseaban ir a echar una miradita al establecimiento.

Guadalupe Martínez no fue una excepción. Ella no había estado nunca en un local semejante. Deseaba verlo y comprobar si era tal como se lo habían descrito. Por eso César de Echagüe había accedido a llevarla.

El espectáculo resultaba agradable. A Guadalupe no le disgustaba, por lo menos; en cambio, don César parecía estar como sobre ascuas, temiendo que, de un momento a otro, Lupita descubriese el significado de ciertas cosas.

En el escenario comenzó a bailarse la última danza de París. Era bastante bonito ver aquel coro de muchachas mover las piernas con perfecto ritmo. De pronto, la estrella, que vestía un traje idéntico al que llevaban las otras chicas, exceptuando que el suyo era blanco *y* los de ellas negros, entonó una canción. ¡Y qué canción! La música era pegadiza y alegre, más la letra hizo ruborizar a Lupe.

-Tenía usted razón -le dijo con voz baja a César-. Vámonos. No sé cómo dejan decir estas cosas.

Pero César se mostró un poco rudo.

-No -dijo-. Siéntate.

-¿No quería que nos marchásemos?

-No.

Don César respiraba con dificultad. Sus puños se habían cerrado y su rostro, que por regla general sólo demostraba indiferencia o escepticismo, expresaba ahora un intenso odio. Lupe supuso que no iría dirigido a la actriz que por sus lindos labios dejaba escapar tantas palabras horribles, coreadas, casi con rugidos, por los ocupantes de la platea.

-No me gusta estar aquí -musitó-. Quisiera esconderme. ¿Qué van a creer de mí los que me vean oyendo eso?

Con un esfuerzo, don César se volvió hacia la mujer y dijo:

-Debemos quedarnos, Lupita. Luego te explicaré.

Respiró mejor y se fue serenando. La sonrisa volvió a sus labios; pero no a sus ojos, que seguían expresando odio. Lupe intentó seguir aquella mirada; pero la perdió entre los grupos de hombres que junto al escenario agitaban sus sombreros en honor de la actriz.

-¿Ha visto a alguien? -preguntó.

-Sí.

-¿A quién?

-Tú ya le habrás olvidado; yo, no. Prometí matarle y... ¡Por Dios que no sé cómo no lo hago ahora mismo!

-No sea loco -suplicó Lupe, apretándole el brazo.

-No tengas miedo. No le mataré ahora; pero sí mañana.

-¿Quién es y por qué motivo le odia usted así?

-Fue hace años, cuando murió mi padre. ¿Te acuerdas de Heriberto Artigas?

-¿El héroe de California?

-El mismo. Ahí le tienes. Como uno más de esos juerguistas.

-¿Cuál es?

-Ha cambiado mucho desde que le viste por última vez. Tiene ya cabellos blancos. Mira; aquel que va de gris.

La mirada de Guadalupe buscó entre el grupo que indicaba César al hombre que éste le había descrito. Había unos cuantos de cabellos canosos. Pero sólo uno vestía traje gris. Era alto, recio, con aspecto de quien goza de todos los placeres de la vida.

-No se parece... -musitó Lupe.

-Es él. Estoy seguro.

-Pero Artigas fue un patriota y, por serlo, se colocó fuera de la ley. Se fue del país. Debe de estar equivocado.

Don César de Echagüe no estaba equivocado. Aquel hombre era Heriberto Artigas.

-¡Y habrá vivido en San Francisco durante estos años sin que lo adivinara!

-Pero... ¿Qué motivos de enemistad tiene contra él? Su padre le admiraba. Estuvo a punto...

-¡Calla! -casi gritó don César-. ¡Pobre papá! Creo que ésa fue la causa de su muerte. Una deuda más que tenemos pendiente el señor Artigas y yo. Pero eso sería lo de menos. ¿Te acuerdas de Luis Martos? ¿Y de Esther García?

-Claro que me acuerdo. Lo que les sucedió fue horrible.

-Sí, horrible -musitó don César-. Parece que todo ocurrió ayer y... ¡tanto tiempo! Ya había perdido la esperanza. Creí que la Muerte se me había anticipado. Y ahora, un capricho tuyo, casi infantil, ha traído la solución.

-Pero, en realidad, ¿qué pasó? Yo entonces no comprendí casi nada.

Pensó que en la época a que se remontaban aquellos hechos ella era una simple doncella de confianza del matrimonio Echagüe-Acevedo, que se había celebrado seis meses antes. En la casa aún dictaba las órdenes el viejo don César. El mayordomo era Julián Martínez, su propio padre. Leonor, la nueva señora, se mostraba amable con todos y locamente enamorada de su esposo. Ella sabía la verdad. En el pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles había poca ley; pero aún estaban en mayoría los viejos californianos. Todo el mundo se conocía y se saludaba en la plaza al salir de la iglesia o al pasear cerca del quiosco de la música. La bandera de las barras y de las estrellas resultaba extraña. En el juzgado, los norteamericanos necesitaban usar intérprete para hacerse entender. Se decía que *El Coyote* había muerto y, con él, las esperanzas de California.

Guadalupe quedó sorprendida cuando don César, respondiendo a la pregunta que ella había formulado, empezó a comentarle:

-Era un domingo de primavera. Papá y yo estábamos en el salón del rancho, cuando, interrumpiendo una de nuestras continuas discusiones, un criado nos anunció que don Heriberto Artigas deseaba hablar con don César de Echagüe. Con mi padre.

Capítulo II

Donde empieza la vieja historia

El anciano don César volvióse hacia el criado.

-Dile que espere un momento -ordenó.

En cuanto el servidor hubo abandonado el salón, el anciano se encaró de nuevo con su hijo, que estaba tumbado en una butaca, fumando con displicencia un largo y estrecho cigarro.

-¡Viene oportunamente! -exclamó-. Con él me entenderé mejor que contigo.

El joven, sonriendo, dijo:

-No comprendo cómo, con ese genio tan endiablado, no te has hecho matar por algún yanqui.

-Ninguno de ellos tiene valor para hacerme frente.

-Si no tuvieras por yerno al importante señor Greene, de Washington, habrías ya cambiado de opinión acerca de los norteamericanos.

-¡Delante de mí no los defiendas! ¡Lo que están haciendo es odioso! ¡Pero en California aún quedan patriotas! Les demostraremos...

-Eso es lo que están deseando, papá. Les daréis una alegría enorme. Os sublevaréis. Os colocaréis fuera de la ley. Ellos se incautarán de las haciendas y os irán cazando por los montes como si fuerais osos grises.

-¡Calla! ¡Calla! Desde que has vuelto de Cuba parece como si te hubieras propuesto amargarme la poca vida que me queda.

-¡Pero si no soy yo! -protestó el joven César-. Eres tú y nadie más que tú. No hago nada que no te parezca odioso. Todo lo que digo es despreciable. Incluso a la pobre Leonor le haces la vida imposible. La querías más cuando me miraba por encima del hombro.

-Es que nunca me explicaré satisfactoriamente el que se haya casado contigo. Debió de volverse loca al ver morir al *Coyote.* Sólo así se comprende que aceptase. ¡Y que hable de ti como si fueses lo mejor del mundo! No comprendo de qué se enamoró.

-No intentes comprender a las mujeres, papá. Sería más fácil resolver la cuadratura del círculo o el problema del movimiento continuo. Las mujeres tienen una lógica desconcertante. No la encontrarás en Aristóteles ni en ningún otro de los genios griegos...

-¡Como no sea que se enamorase de tí al verte en peligro de muerte a causa del estúpido tiro que te metiste en el cuerpo! |

-Piensa que pude haberme casado con otra muchacha más desagradable.

-Ya sé que le debo agradecimiento.

-Pues lo demuestras muy mal. De no haberse ido con su madre a recoger la herencia de su tía de Monterrey, habría estallado. Yo tengo paciencia, porque te conozco. Sé que tienes tu corazoncito. Ella, en cambio, sólo oye tus gruñidos...

-Si quieres que me excuse ante tu mujer, no lo haré.

-Eso sería una cosa sensata, y tú, papá, perdona que te lo diga, no eres sensato.

-Y tú lo eres demasiado. Te dan una bofetada y presentas la otra mejilla.

-Así lo ordena la ley de Dios.

-¡Qué ley de Dios ni que ocho...! Bueno. Me haces perder la cabeza.

-Lo creo. Te olvidas de que el todopoderoso señor Artigas está calentando el cuero de uno de nuestros sillones frailunos.

-¡Es verdad! -exclamó don, César. Agitó una campanilla de plata, y cuando se abrió la puerta del salón ordenó-: Lupita, haz entrar al señor Artigas.

La hija del mayordomo inclinó la cabeza y cerró la puerta. Un momento después la abrió de nuevo y, haciéndose a un lado, dejó pasar al visitante.

Heriberto Artigas era alto, recio tanto en lo físico como en lo moral. La más leve causa le hacía embestir como un toro a un trapo rojo. Iba siempre armado y aprovechaba la menor oportunidad para demostrar que sabía utilizar sus armas. Vestía un traje de gruesa tela, de hombre que está más atento a la solidez que a la elegancia, aunque ésta no faltaba en el corte de sus calzoneras, de su chaquetilla y de su limpia camisa.

-Buenos días, don César -saludó al dueño del rancho de San Antonio. Dirigiéndose al más joven de los Echagüe, agregó-: Hola, muchacho.

Éste, acariciando el cigarro que sostenía entre los dedos, replicó:

-Buenos días, don Heriberto. ¿Cómo está usted?

-Bien, gracias -replicó, secamente, el visitante.

Como a otros muchos, le irritaba aquel muchacho de exagerado atildamiento en el vestir. Usaba perfumes que a él le parecían femeninos, quizá porque, en su opinión, el hombre sólo debe oler a sudor y a caballo. Pero sobre todo le molestaba porque sabía decir las más insoportables impertinencias a la vez que se mostraba tan poco enérgico, tan calmoso, tan inofensivo, que uno no podía darle lo que se merecía.

-¿Qué le trae tan de mañana por nuestra casa?-siguió preguntando el joven.

-He venido a hablar con tu padre.

-Pues, por mí, adelante. Seguramente me dormiré en seguida. Lo único que se nos ha contagiado de los yanquis ha sido lo de levantarnos pronto. Me han dicho que usted ya no hace ni siquiera la siesta. ¿Es posible?

-Tengo asuntos muy graves en que ocuparme. No puedo perder el tiempo durmiendo.

-Dormir no es perder el tiempo, don Heriberto. Leí en el libro de un filósofo de Atenas que el sueño es lo único que nos acerca a Dios, pues libera el alma de...

De buena gana Artigas habría librado para siempre a César de su

alma. El dueño del rancho intervino para calmar a su visitante.

-No haga caso de mi hijo -aconsejó-. Le gusta burlarse de todo.

-Podría emplear mejor su inteligencia -replicó Artigas.

-¿Mejor riéndome de los que en esta vida se afanan por obtener beneficios que durarán menos que ellos? -preguntó César.

-¿Es que te refieres acaso a mí? -preguntó Heriberto.

-¿Se da por aludido? -preguntó a su vez e! hijo de don César.

-No soy de los que, si se me ofrece, rehuyen una lucha. Me doy por aludido siempre que pretenden ofenderme, con razón o sin ella. Opino que me ofende todo aquel que quiere ofenderme.

-O sea que para usted lo que vale no es la ofensa, sino el deseo de ofender.

-Eso es, muchacho. Ahora, tú tienes la palabra. Si has dicho algo con intención de que yo me disgustase, tanto si acertaste como si no, me daré por aludido y estaré a tu disposición.

-¿Y qué quiere que haga yo con usted, don Heriberto? -preguntó el joven-. No sabría en qué emplearlo.

-He querido decir que estoy dispuesto a partirte el corazón con las armas que tú desees.

-Prefiero conservar mi corazón entero, don Heriberto -sonrió César-. ¿No cree que esta mañana su mayordomo se confundió al servirle el vino del desayuno y le sirvió vinagre?

-¡Si no estuviese en tu casa y delante tu padre...! -gritó Artigas.

El señor Echagüe intervino con firmeza:

-Artigas: puede usted hacer de mi hijo lo que quiera, como si no estuviese en mi casa. Luego, cuando haya terminado, empezaré yo con usted. Me molestan las impertinencias de mi hijo; pero no olvido que soy su padre.

-Entonces, ¿apoya su actitud?

-No hago mías sus palabras; pero, con razón o sin ella, le apoyaré en todos los casos que se presenten. Es mi deber hacerlo así.

-Gracias, papá -sonrió César-. El señor Artigas no se atreverá a enfrentarse con dos Césares pertenecientes a la vieja dinastía de los Echagüe, en cuyo escudo se lee: «De valor siempre hizo alarde la casa de los Echagüe».

-No tengo nada contra usted, don César -dijo Artigas, volviéndose hacia el viejo-. He venido a buscar su amistad y por ello borraré de mi memoria las palabras de su hijo.

-No las borre del todo, don Heriberto -aconsejó César desde su sillón-. Algunas de las cosas que he dicho son dignas de Sócrates. ¿Sabe quién fue Sócrates?

-No me interesa.

-Pues fue un genio de la antigüedad. Platón, otro genio, ha escrito sus diálogos. Si quiere, le dejaré el librito. Es muy instructivo. Por más que a usted la instrucción le tiene sin cuidado, ¿verdad? Se advierte en seguida que prefiere laacción a la instrucción.

-¿No podríamos quedarnos solos, don César? -preguntó Artigas, dirigiéndose al mayor de los Echagüe.

El anciano cerró los puños y dirigió una fulminante mirada a su

hijo. Éste había entornado los ojos y, con los pies encima de un escabel, parecía dispuesto a dormirse con toda placidez.

-Lo lamento -replicó el anciano-. Me quedan pocos años de vida, mi hijo se ha casado y debe conocer los asuntos concernientes a mi hacienda, así como mis decisiones en todos los problemas que se presenten.

Después de dirigir una mirada a César, Artigas observó:

-No parece que esté muy dispuesto a escuchar.

-Les escucho con el mayor interés -aseguró el joven, a través de un bostezo-. Vayan hablando y yo rumiaré lo que digan. Estoy seguro de que serán materias muy sustanciosas.

Llevóse el cigarro a los labios, chupó varias veces de él, en vano, pues estaba apagado, y acabó tirándolo a la chimenea. Bostezó con más fuerza, cruzó las manos sobre el vientre y lanzó un profundo suspiro, tras el cual pareció alejarse de este mundo.

-Le compadezco, don César -dijo Artigas-. Con un hijo así...

-Cuando necesite su compasión se la pediré, Heriberto -dijo, secamente, el hacendado.

César, que había entreabierto los ojos, guiñó uno a su padre, que no lo advirtió, y acentuando su sonrisa volvió a cerrarlos.

-No he querido ofenderle, don César -excusóse Heriberto Artigas-. Lamento que haya ocurrido este incidente. He venido en busca de su apoyo.

-¿Para qué lo necesita?

-Para el bien de California.

-Para eso siempre estaré dispuesto a dar mi fortuna y mi vida.

-Lo sé, don César -dijo, con profunda voz, Artigas-. Usted es de los nuestros, de los que no podemos tolerar las injusticias. He tenido conocimiento de que en breve, quizá hoy o mañana, se procederá a la incautación de mi hacienda.

-¡No es posible!

-Es la mejor de California. La más rica. La que contiene mayor número de ganado. Por eso la quieren.

-¿No ha recurrido al juez Salters?

-Él es quien ha firmado la orden para el *sheriff.* Koster la ejecutará tan pronto como reúna un grupo suficiente de hombres capaces de apoyarle. No puedo recurrir al juez.

-¿Qué piensa hacer?

-Defenderme. Resistir contra todos. Solo o acompañado.

-Cuente con mi apoyo material, Artigas. El moral ya lo tiene.

-Sabía que usted no me fallaría, don César. Espero que los demás hacendados hagan lo mismo. En la unión está la fuerza. Si todos permanecemos unidos, los yanquis tendrán que anular sus órdenes. No pueden despojar de sus bienes a la totalidad de los californianos.

-A veces me asalta el temor de que sean capaces de eso y de mucho más -expuso don César.

-No. No pueden ir contra todo el pueblo. Provocarían una rebelión.

-Eso es cierto. Nuestra raza no se deja avasallar sin defenderse.

-Yo le avisaré del momento en que vayan a incautarse de mi hacienda, don César. Tenga usted dispuestos los hombres que pueda prestarme. Así que reciba mi aviso envíelos a mi rancho. Confío en que algún día me sea posible pagarle este favor.

-Los favores no se hacen con usura -objetó don César-. Para que sean favores han de ser desinteresados.

-Gracias. Es usted un caballero.

-Permítame que le acompañe hasta la puerta.

-No es necesario, don César. No se moleste.

-Insisto, Heriberto.

-Entonces... -Artigas se volvió hacia el sillón donde se hallaba César de Echa-güe y le dirigió un breve-: Adiós.

El joven respondió con un ronquido. Parecía dormir como un tronco. No obstante, cuando su padre regresó al salón le encontró fumando un nuevo cigarro.

-Creí que dormías -dijo don César.

-Me desperté hace un momento.

-Eres mi hijo y creo mi deber apoyarte, incluso cuando no tienes razón; pero te agradecería que, en adelante, evitaras las escenas como la que acaba de terminar. Si tienes sueño, en la cama dormirás mejor y no pecarás de ineducado.

En vez de responder, César preguntó:

-¿Piensas apoyar a Heriberto Artigas?

-Sí. He dado mi palabra.

-No oí que prometieras nada apoyándolo con tu palabra de honor.

-La palabra de un Echagüe ha sido siempre palabra de honor. No tenemos dos palabras. Por lo menos, no las tuvo mi padre ni las he tenido yo. Ruego a Dios que tú no seas la excepción.

-No lo seré, papá -respondió, con una seriedad que resultaba desconocida para el anciano-. Lo único que haré será tener más cautela que tú. Un caballero debe evitar comprometerse con un sinvergüenza.

-¡No toleraré que insultes a Heriberto!

César se echó a reír.

-Ya ves que, sin citar nombres, le has identificado sólo por el calificativo de sinvergüenza. Eso te demostrará que no estoy en un error.

Don César quedó un poco desconcertado ante la aguda réplica que le dio su hijo.

-He comprendido que te referías a él porque de él estábamos hablando -dijo, por fin.

-Si es así, disculpa mi respuesta, papá; pero, ya que hablamos del señor Artigas, analicemos su actuación. Lo primero que ha hecho ha sido afirmar que coloca el interés de California por encima de todo. Él le llama bien; para el caso es lo mismo.

-Y no miente. El interés de California exige que nos sacrifiquemos.

-Eso de que lo exige, papá, es muy relativo. ¿Lo exigen las montañas, los ríos, los bosques? ¿Lo exigen los infinitos pobres que habitan esta rica tierra? No. Ellos no exigen nada, y eso que son los más. Quien lo exige es el señor Artigas. ¿Recuerdas a Anselmo Salinas?

Él se sublevó, buscó ayuda y la encontró en muchos sitios; pero no en casa de Heriberto Artigas, que, poseyendo numerosos peones y abundantes armas, se negó, con estúpidas excusas, a luchar por California. ¿Lo olvidaste ya? No quiso comprometer su hacienda ni su vida. Sus intereses estaban por encima de todo mientras los demás, tú, por ejemplo, lo olvidabais. El amor a la patria se le ha despertado muy tarde a ese señor. Le llega con seis o siete años de retraso; claro que, como todas las infecciones que tardan en declararse, parece que le ha estallado muy fuerte. ¡Cómo odia la injusticia!

-No he pedido tu opinión. Haré lo que se me antoje...

-Lo puedes hacer todo menos exponerme a la ruina, papá. No olvides que la mitad de lo que posees es mío. Lo administras en mi nombre, pero forma parte de la herencia de mi madre.

-¿Cómo te atreves a hablarme así? -rugió el anciano.

-Estoy tratando de meter un poco de sentido en tu vieja cabeza. ¿Por qué te dejas manejar con tanta facilidad por un individuo como Artigas?

Don César temblaba de coraje y resistía difícilmente los deseos de precipitarse contra su hijo.

-Está bien -dijo al fin-. Desde hoy administrarás la herencia de tu madre. Haré extender los documentos necesarios y...

-No empieces, papá. A mí no me interesa administrar nada, aunque la verdad es que todo lo estoy administrando yo Sin embargo, me quieras o no, soy tu hijo. Tengo muchos derechos, y uno ellos es el de impedir que des un peligroso tropezón.

-No estoy ciego.

-Eres algo peor no quieres ver. Artigas es listo. El ser un pillo no impide ser inteligente. Te conoce y sabe que viniéndote a hablar mal de los yanquis, con tal de que exceptúe a tu yerno, te tiene ganado. Dice que ellos nos esquilman, roban lo que es nuestro, pisotean nuestras leyes y todo lo demás que se ha dicho ya tantas veces. Y tú, como un niño, le coreas con entusiastas aprobaciones. Lo cierto es que Artigas no gastó ni un peso en defender California. Pensó que los yanquis agradecerían su neutralidad. De raza viene al galgo ser rabilargo. El padre de don Heriberto hizo lo mismo cuando la guerra de la independencia contra España. Se mantuvo neutral, en tanto que tú y otros enviabais gente a Méjico a que defendieran la causa realista.

-Lo que hiciese el padre de Artigas no viene a cuento.

-¡Ya lo creo que viene a cuento! El padre de Artigas poseía un ranchito sin importancia donde cuidaba unos caballos, unas vacas y cultivaba un poco de trigo *y* maíz. La propiedad no valía ni diez mil pesos. ¿Qué ocurrió luego? Vino Méjico a California. Se secularizaron las misiones y... La hacienda de los Artigas creció como la espuma. Un puñado de tierras de San Luis Obispo, otro puñado de la Purísima, otro de Santa Bárbara. Un buen trozo de San Buenaventura, San Fernando, San Bernardino y San Gabriel. Con todas esas tierras misionales hicieron una hacienda única. Tú, y otros como tú, sentisteis repugnancia cuando se os ofrecieron dichas tierras. Eran santas y no queríais arriesgar vuestras almas. A los Artigas les tuvo sin cuidado el

infierno si en la tierra ganaban un paraíso.

-Exageras -dijo, vacilante, el viejo hidalgo.

-No. Digo la verdad. Y tú lo sabes, aunque te niegues a reconocerlo. ¿Por qué a ti se te han reconocido tus títulos de propiedad? En primer lugar, porque los tenías. En segundo, porque te apoyó Edmonds; pero el marido de Beatriz hubiese podido hacer, muy poco en nuestro favor si no hubieran existido títulos antiguos. Artigas no tiene ningún titulo de propiedad. Las tierras que posee se las quitó a los franciscanos. Eso lo sabe todo el mundo.

-Yo no aseguraría tanto y, en cambio, sé que los yanquis se las quieren robar. ¿O acaso te imaginas que lo hacen para devolvérselas a sus legítimos dueños?

-Desde luego, no lo hacen por eso. Admito que el juez Salters y unos cuantos más, tan canallas como él, quieren quedarse con la rica hacienda de Artigas. Pero, ¿debes tú defender a un ladrón contra los ataques de otro ladrón? Deja que los lobos se muerdan entre sí. Deja que Artigas plante cara al *sheriff.* Lo único que te ruego es que no te comprometas tú.

-He prometido...

-No has prometido nada, papá. Artigas se ahoga, y en vez de ahogarse solo, como haría un caballero, quiere que todos os ahoguéis con él. ¿Crees que a Salters no le alegraría hundir sus manos en nuestra hacienda? Lo hará tan pronto como le des la oportunidad de hacerlo justificadamente. Dijiste bien al expresar el temor de que los yanquis sean capaces de quitarles sus patrimonios a todos los californianos. ¿Cuántos somos nosotros? Unos miles muy escasos. ¿Cuántos son ellos? Millones. Y cada día serán más. Hasta que los californianos seamos, en California, los menos. Casi extranjeros. Sólo con prudencia conseguiremos mantenernos dueños de lo nuestro. A la más pequeña torpeza nos despojarán. Se apoyarán en la Ley. Imitémosles. Es nuestra mejor arma. La Ley. La nuestra y no la suya. ¿No le pagas los estudios a Covarrubias para que se convierta en un buen abogado? Llámale en cuanto termine y sigue sus consejos. Serán mejores y más desinteresados que los de Artigas.

-He dado mi palabra -replicó, con testarudez, don César-. Si querías evitar que la diese, debiste intervenir a tiempo.

-¡Pero si cuando te pidió ayuda se la ofreciste de toda clase! ¿Por qué no le prometiste ayuda moral? Es la más cómoda. Es la que el propio Artigas prestó a Salinas, a don Goyo Paz y a cuantos acudieron a él en busca de dinero, de hombres y de armas. Echándose la mano al pecho, les contestó lo mismo: «Mi corazón y mis simpatías están con ustedes. Yo les apoyaré. La razón está de su parte.» Y a no ser porque *El Coyote* intervino, los ahorcan a todos con la razón anudada al cuello.

-A veces hay que unirse incluso con los enemigos, César. Si por egoísmo dejo que arruinen a Artigas, mañana me puedo ver en su caso. En cambio, si todos nos colocamos junto a él y le defendemos con las armas en la mano, asustaremos a los yanquis...

-¡Por Dios, papá, no digas esas cosas! A los yanquis los pudisteis asustar cuando teníais el apoyo de Méjico. Pero ahora... ¿Qué

representan unos centenares de peones californianos frente a los muchos miles de soldados que llegarán de todos los rincones de Estados Unidos?

-Nuestra raza nunca ha vacilado en luchar contra enemigos superiores. Y cuando no hemos podido vencer, hemos sabido morir con tanto honor que nuestra derrota se ha convertido en victoria...

-En victoria moral. Nada más. Y en el caso que nos ocupa ni existe patria por la cual luchar, ni el honor se halla al lado de Artigas. ¿Sabes cómo se nos consideraría en América si nos pusiéramos al lado del hombre que se ha enriquecido con los despojos de las misiones, que compró con botellas de tequila las vacas y los campitos que se dieron a los indios, y que incluso asesinó a unos cuantos peones que se oponían a sus deseos? Pues se nos llamaría bandidos. Puedes estar seguro. Se diría que, habiendo sido ladrones, ahora no queremos soltar lo que robamos.

Don César era demasiado viejo para dejarse convencer por las palabras de su hijo, por muy razonables que éstas fuesen.

-Aunque tuvieras razón, yo apoyaría a Artigas porque se lo he prometido. Ya te he dicho que no tengo dos palabras.

César se encogió, resignadamente, de hombros.

-Has vivido demasiado para cambiar -suspiró-. Quieres coger una olla sin asas y llena de agua hirviendo. ¿Sabes lo que pasará? Pues que te abrasarás las manos, soltarás la olla y te escaldarás los pies.

-Correré esos riesgos.

-Está bien. Dicen que sarna con gusto no pica. Pero si veo que te rascas, pensaré que el refrán miente.

-Esta tarde te traspasaré tus bienes -dijo el anciano.

-Los de mi madre y la mitad de los tuyos. No lo olvides. No tienes derecho a exponer mi futura herencia. Al menos, déjame la mitad.

-Eres despreciable. ¿Y tú llamas egoísta a Artigas?

-Yo no ataco a don Heriberto sólo por el mal que ha hecho en su beneficio. Le ataco porque ahora quiere exponernos a todos a pagar las consecuencias de su egoísmo. Si creyese que él desea que nos ahoguemos todos a fin de seguir siendo dueño y señor de lo suyo, le admiraría, aunque le seguiría combatiendo. Lo que encuentro peor es que quiere que los demás se ahoguen con él. Sin beneficio para nadie.

-He dado mi palabra y no pienso seguir discutiendo. Adiós.

Y don César de Echagüe puso fin a la larga conversación con una orgullosa salida de la estancia en la cual había tenido lugar.

Capítulo III

Las inquietudes de don César de Echagüe

El más joven de los de Echagüe intentó seguir fumando como si lo ocurrido no le afectara; pero a los pocos minutos envió el cigarro a reunirse con el anterior y, levantándose, comenzó a pasear por el salón.

Su padre era terco. Lo había sido siempre, unas veces para bien; muchas más para mal. Cuando el anciano cerraba su comprensión, era inútil intentar disuadirle. Se podía llegar a hacerle ver la realidad; pero nunca se conseguía que lo admitiera. César estaba seguro de que su padre había salido del salón convencido de que al prometer su ayuda material a Artigas había cometido una insensatez; pero, al fin y al cabo, pertenecía a una raza que ha llevado adelante muchas insensateces convirtiéndolas en hechos gloriosos.

-¡Pero de esto no puede resultar nada bueno! -gritó César, encarándose con el retrato de su abuelo, el primer César de Echagüe californiano, uno de los fundadores del pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles, compañero de Rivera y Moneada, amigo de fray Junípero Serra, que desde la pared miraba, impasible, cuanto sucedía ante él-. En tu tiempo, abuelo, era distinto. El ser impulsivamente heroico tenía un sentido; pero ahora... ¡Bah! ¡Si no quisiera tanto a tu hijo, le daría una tanda de azotes! No es un hombre; es un niño.

Quien hubiera visto y oído en aquellos momentos a César no hubiese reconocido en él al atildado y lánguido jovenzuelo que era la indignación de los viejos y, desde su matrimonio con Leonor de Acevedo, también de las jóvenes casaderas y, sobre todo, de sus madres.

Una débil tosecilla indicó a César que no estaba solo. En seguida comprendió quién la había lanzado.

-Hola, pequeña -dijo volviéndose hacia la hija del mayordomo-. No te he oído entrar.

-Estaba usted tan distraído... Vine a arreglar un poco el salón. Si molesto, volveré luego.

-No. Quédate. Al menos, contigo se puede hablar. Luego llamarás a tu padre. Le necesito. Lupita, he de ayudar a mi padre. Lo malo es que él no se deja ayudar por nadie. ¿Sientes simpatía por las personas que, sin beneficiarse por ello, comprometen a los que llaman sus amigos?

-No, señorito -la muchachita se preguntaba adonde iría a parar su interlocutor.

-Lo suponía -rió César, sintiendo que se iba calmando su enfado.

Lupe guardó silencio, aunque sus ojos siguieron preguntando claramente al joven cuáles eran sus pensamientos.

-Voy a hacer una locura, chiquilla. Y critico a los locos. Con ello demuestro que soy más loco que ellos ¿no?

-Usted no puede pensar locuras, señorito. Usted siempre ha sido inteligente, bueno y sensato.

-Eso es lo que digo cuando no soy más que César de Echagüe, el heredero de este rancho y de otras muchas tierras; pero a veces me canso de ser lo que parezco y me porto como quien no parezco.

Reflejóse la inquietud en las brillantes pupilas de Guadalupe

Martínez.

-¡No, eso no, por Dios! -pidió-. Déjelo como está. Aquello ya pasó. Todos creen que ha muerto. Nadie merece que lo resucite.

-¿Cómo has adivinado mi propósito?

-No sé. Quizá no haya adivinado nada.

-Sí. Por eso quiero ver a tu padre. Y no intentes disuadirme. Soy tan terco como el criticado autor de mis días.

-Si la señorita estuviese aquí, se asustaría mucho.

-Pero no está aquí, sino en Monterrey -sonrió César-. Seguramente no me dejaría obrar y tendría razón. Será como una escapada.

-Pero le verán y se sabrá que el... -Lupe se contuvo. No se atrevía a pronunciar el nombre del *Coyote-.* Sabrán que no ha muerto y volverán a buscarle y a perseguirle.

-Procuraré tener cuidado y ser muy prudente. Además, sólo saldré esta noche para dar unas órdenes a unos amigos. Ellos saben que no he muerto. Son de toda confianza. Primero, porque son honrados; segundo, porque les pago bien, y tercero, porque no saben quién es, en realidad, *El Coyote* y, por lo tanto, temen que, si hablan, los castigue.

-¿No podría hacerlo yo? -preguntó la muchacha-. En mí nadie se fijará.

-No puedes hacerlo. Llama a tu padre y quédate en el vestíbulo para avisarnos a tiempo si viene alguien.

La muchacha salió a cumplir el encargo de César. Cuando, al cabo de unos minutos, entró en el salón Julián Martínez, el mayordomo, su rostro expresaba una inquietud que indicó a César que Lupe le había dicho algo.

-¿Qué desea, señorito? –preguntó el mayordomo.

Lupe había cerrado la puerta, dejando solos a los dos hombres.

-En parte ya lo sabes, según creo.

-La niña me ha dicho algo. No debe hacerlo, señorito. Déjeles que se arreglen sin usted.

-Sólo quiero ayudar a mi padre, Julián. Se ha comprometido con Artigas. Ya sabes cómo es él cuando se cree en la obligación de cumplir una palabra.

-¿Por qué no le dijo usted la verdad? Si él supiese que usted es...

-No. No. Demasiada gente lo sabe ya. No me refiero a ti, ni a tu hija; pero mi cuñado y..., sobre todo, mi mujer...

-La señorita nunca le descubrirá.

-A veces se habla mal de mí. Se dice que esto o aquello, y veo que Leonor está a punto de gritar. Mi padre sería peor que ella. Tiene el genio demasiado vivo. Sin embargo es muy bueno. Y cuando comprendo que, a pesar de los defecto que me supone, me quiere, yo le quiero más. Hoy ha prometido a Artigas que le proporcionará hombres armados para defender su rancho cuando el *sheriff* vaya a embargarlo.

-¡Dios mío!

-¿Te das cuenta de lo que eso significa? Comprometerse él y arruinar su hacienda. No creas que ese peligro me importa a mí. Tengo

aparte mucho dinero más; y aunque no lo tuviese, no me importaría. Lo que temo es la reacción de mi padre si se viera despojado de estas tierras. Él no las ama sólo por lo que valen materialmente, sino por lo que significan.

-¿Qué se puede hacer?

-Mi padre te encargará de elegir los peones que han de apoyar a Artiga. Quiero saber a quiénes elegirás.

-¿Ahora?

-No es necesario que sea ahora mismo. Pero esta noche, a las diez, necesitaré sus nombres. Cuando mi padre te ordene que prepares a los peones, dile que sólo puedes disponer de seis.

-¿Y si pide más?

-Insiste en que seis ya son demasiados, pues la cosecha próxima no deja disponibles a más. Verás cómo se conforma. Y puede que se conformase también si le dijeses que sólo puedes disponer de uno; pero entonces quizá sospechara mi intervención. En realidad está convencido de que ha cometido una ligereza; pero es incapaz de admitirlo.

-¿Y usted no va a cometer una ligereza al resucitar al...?

-Sí; pero yo, al menos, lo reconozco.

-¿Y eso no cree que es peor que lo de su padre?

César dio unas cariñosas palmadas en la espalda del mayordomo.

-Eres inapreciable, Julián; pero si quieres seguir siendo mi amigo predilecto, fíjate en lo que bien digo y no en lo que hago mal. Es un refrán muy antiguo. Lo leí en un viejo libro titulado... pero tú no lo leerías, ¿verdad?

-No, señorito.

-Entonces será preferible que no te lo diga. A los hombres que elijas los irás preparando de manera que, cuando les llegue el momento de entrar en acción, estén muertos de miedo. No se te ocurra escoger gente brava, ¿eh?

-No tema. ¿De modo que está decidido a salir esta noche?

-Sí.

-¿Y qué dirá la señorita cuando lo sepa?

-Si lo sabe, dirá muchas cosas, Julián; pero tú no las oirás.

-¿Qué quiere decir?

-Que si tu hija y tú no habláis, nadie se enterará de mi resurrección. Y si habláis, no estaréis aquí para oír lo que diga Leonor.

-Me ofende que dude usted de mi lealtad.

-Sólo te aviso. Soy terco, lo sé; pero lo soy con motivo.

Julián salió del salón moviendo, preocupado, la cabeza. Durante un año había vivido tranquilo, sin temer por la suerte del joven. Y ahora volvía a renacer *El Coyote* y, con él, los riesgos y las inquietudes.

* * *

La comida, en el amplio comedor que utilizaba siempre don César, transcurrió en silencio, roto en breves ocasiones para rechazar tal o cual plato o pedir un vino u otro.

Padre e hijo, muy separados por la larga mesa, se miraron varias

veces con intención de decirse algo; pero terminaron de comer sin que ese algo llegara a ser pronunciado.

Lupe sirvió el café en el salón. Los dos Echagüe coincidieron en hacer uso del azucarero.

-No, no. Sírvete tú -pidió César al ver que su padre retiraba la cucharilla.

-Gracias -replicó el anciano.

Azucaróse el café y mirando a su hijo anunció, con voz temblorosa:

-Luego acompáñame al pueblo. Aunque es domingo, podremos arreglar lo tuyo.

-No es necesario, papá. Si hablé como lo hice fue para disuadirte.

-Como quieras -replicó el anciano-. Iré yo solo. Ya te advertí que no tengo más que una palabra. Tú debieras imitarme. Si pediste lo que te corresponde fue porque temías perderlo. Yo necesito muy poco para vivir. Sólo esta casa y lo que hay en ella. Será lo único que quedará mío. Todo lo demás te lo traspasaré esta tarde.

-Mientras tú vivas serás el dueño de todo.

-No opino lo mismo. A menos que reconozcas que hoy te has portado mal.

-¿Quieres que te pida perdón por haberte dicho unas cuantas verdades?

-Sólo quiero que reconozcas que te equivocaste.

-Lo lamento. Lo lamento más de lo que puedes imaginar; pero soy yo quien tiene razón. El ayudar a Artigas es una barbaridad.

Don César bebió su café, secóse los labios con una pequeña servilleta y, levantándose, salió del salón sin volver a dirigir la palabra a su hijo. Éste tabaleó nerviosamente con las uñas sobre la mesa. A poco también se levantó.

Un cuarto de hora después estaba en el sótano de la casa, que había utilizado años antes su tío para ocultar armas y dinero, así como caballos.

Encendió una lámpara de petróleo y yendo hacia un arcón de roble levantó la tapa. Dentro estaba el traje que había vestido el día en que MacAdams le hirió en casa de Leonor. Ésta había lavado la sangre y zurcido el agujero abierto por la bala. Sin embargo, desde entonces aquel traje había permanecido allí. Tanto Leonor como él imaginaron que no volvería a ser necesario; pero si Heriberto Artigas no entraba en razón, lo cual no era probable, habría que usar, no sólo aquel traje, sino también los dos revólveres que en sus fundas, y pendientes de un ancho cinturón, se hallaban debajo de las prendas de vestir.

César había bajado especialmente por aquellos revólveres. Los sacó de sus fundas. Eran dos Colts de Caballería, de largo cañón y calibre 44. Estaban descargados. Antes nunca lo estuvieron. Maquinalmente, mientras su pensamiento estaba muy lejos de lo que hacía, el joven cogió un frasco de pólvora y unos tacos y balas de plomo. Con lenta meticulosidad fue cargando los departamentos de los cilindros. Después aplicó los fulminantes de cobre y con los pulgares levantó y bajo suavemente los percutores. Las dos armas no habían

envejecido. Seguían tan eficaces como el día en que disparó una de ellas contra la espalda de Charlie-MacAdams.[1]

Enfundando de nuevo los revólveres, César cerró el arcón y regresó al vestíbulo. Luego, sin hacer caso del café que había tomado, se acostó, durmiéndose en seguida. Sabía administrar sus energías y aquella noche podían hacerle falta.

Capítulo IV

Un jinete enmascarado

Ayudado por Julián, César terminó de vestirse en el sótano. Se ciñó a la cintura los dos revólveres, después de repasarlos por si se había caído alguno de los fulminantes, y riendo ante el abatimiento de su fiel mayordomo, cubrióse el rostro con el antifaz de seda negra.

-No voy de aventuras, Julián -dijo-. Sólo a ver a unos amigos y a darles unas órdenes. Volveré en seguida si, como espero, los encuentro en casa.

-¿Y es necesario ir así?

-Si fuese como César de Echagüe, cuatro o cinco personas se enterarían de quién es *El Coyote.*

-¿Y si alguien lo ve por las calles de Los Ángeles?

-Tendría que ser gato para poder verme en medio de las tinieblas. No temas.

-Eso es más fácil aconsejarlo que cumplirlo. Bueno, ya sé que usted no tiene miedo; pero yo sí lo tengo por usted.

-Y yo por mi padre. Adiós, Julián. Ve a abrir la puerta secreta.

El Coyote montó en el caballo que estaba atado a una de las anillas que colgaban de la pared y comenzó a subir la rampa que conducía a la salida secreta que daba al jardín del rancho. Salió al exterior y aspiró el penetrante aroma de la primavera. Nunca huele tanto la primavera como en las noches. De día se va; pero de noche se adivina.

Mientras se dirigía a un moderado galope hacia Los Ángeles, *El Coyote* volvió a pensar en don César de Echagüe. El viejo había cumplido lo que prometió. Toda la hacienda había sido traspasada aquella tarde a su hijo. Él se quedó sólo con la casa. Al volver hizo llevar los documentos a César, y cuando éste quiso hablarle de ello, le atajó con un:

-Prefiero no hablar de eso. Ya está arreglado y no se puede deshacer. Moral-mente seguiré siendo el dueño de mi casa; pero si prefieres que no lo sea, dímelo.

-Para mí nada ha cambiado -replicó el joven.

[1] Uno de los principales personajes de *Llega El Coyote.*

Pero en los ojos de su padre temió ver que para él todo era ya distinto.

Penetró en Los Ángeles por el lado del barrio indígena y al llegar ante una casa de pobre aspecto inclinóse hacia la puerta y dio tres recios golpes espaciados y otros dos muy seguidos. Hasta aquel momento no se había cruzado con nadie; pero aunque hubiera ocurrido lo contrario, la noche era muy oscura y nadie hubiese podido ver otra cosa que un jinete mejicano, encuentro nada anormal en aquella tierra.

Oyó por fin el pesado caminar de Adelia, la india que había sido una de sus mejores colaboradoras. Abrióse la puerta y *El Coyote,* inclinándose para no tropezar con el dintel, penetró en el zaguán de la casa. La gruesa india cerró en seguida la puerta y, levantando la lámpara, miró, sonriente, al *Coyote.*

-Temí que no volviera más, patrón -dijo.

-¿Es que no has recibido tu dinero cada mes?

-Claro; pero... como no le veíamos...

-He estado fuera. Pero os volveré a necesitar a todos. ¿Están en casa los Lugo-nes?

-Leocadio, sí. Juan, Evelio y Timoteo han ido a vigilar las tierras de don Goyo Paz.

-Dile a Leocadio que venga y vuelve tú también. Hemos de hablar un ratito.

Salió la india, tras dejar la lámpara sobre una mesa de pino, y regresó a poco acompañada de Leocadio Lugones. Éste traía el sombrero en la mano y lo manoseaba nerviosamente.

-¿Cómo está, patrón? ¡Cuantísimo tiempo sin saber de usted! Teníamos miedo que fuera verdad lo de su muerte, aunque sabíamos que aquel Lukas Starr no era usted.

-No perdamos el tiempo recordando cosas pasadas. ¿Sabes si Heriberto Artigas estuvo hoy en el rancho de don Goyo?

-Claro que estuvo -contestó Leocadio.

-¿Le fue a proponer que le ayudara si el juez Salters ordenaba que le quitasen la hacienda?

-No sé si le propuso eso, patrón -replicó Leocadio-; pero debió de ser algo por el estilo, porque casi en seguida que se fue nos llamó don Goyo y nos dijo que preparásemos los rifles y que estuviéramos dispuestos a marchar hacia el rancho de don Heriberto.

-No dijo cuándo, ¿verdad?

-No; pero nos pidió que en vez de ir sólo por las noches a su casa, pasásemos también los días allí. Dijo que pronto les daríamos una lección a los yanquis.

-¡Qué colección de locos! -refunfuñó *El Coyote-.* Estoy seguro de que ninguno más le ha prometido ayuda. En fin, ya lo arreglaremos. Toma este papel. He escrito en él mis instrucciones. Seguidlas al pie de la letra. Por muy extrañas que os parezcan, obedecedlas. No quiero que paguen justos por pecadores.

-Ya sabe, patrón, que siempre le hemos obedecido sin preguntarle nada. Lo que usted hace está bien hecho y nosotros no somos quiénes para discutir órdenes. ¿Vamos a darles una lección los yanquis?

-Todo lo contrario. Esta vez iremos a su favor.

-Pero...

-Hasta cierto punto nada más. Lee las instrucciones y ya comprenderás. Ahora he de hablar contigo, Adelia. No es necesario que te marches, Leocadio. Puedes oírlo todo, pues las órdenes inmediatas las recibirás de Adelia.

-Dígame, patrón -pidió la obesa india.

-El juez Salters ha dado ya al *sheriff* la orden de proceder a la incautación de las haciendas de don Heriberto Artigas. El *sheriff* no la ha ejecutado aún porque no ha podido reunir el suficiente número de comisarios que le ayuden a ponerla práctica. Él sabe, como todos, que Artigas se resistirá, y no puede ir con dos o tres alguaciles, como ha hecho en otros casos. Necesita, por lo menos, veinticinco hombres, y aun así no le sobrará ninguno. Puede, incluso, que solicite refuerzos militares. Si los consigue irá a ver a Artigas con trescientos hombres o más. En el Juzgado se hablará de todo ello. Aguza bien el oído, y en cuanto averigües el momento en que se va a poner práctica el plan, avisa a Leocadio. Él sabe lo que debe hacer. Después, si es de noche, enciende una luz en la ventana más alta, y si es de día, enciende fuego el hogar, echa hierba verde y haz que humo salga a intervalos. Así yo sabré que va a ocurrir. ¿Me has entendido bien?

-Perfectamente, patrón. ¿Quiere que se lo repita?

El Coyote asintió. La india repitió detalladamente las instrucciones recibidas. Cuando hubo terminado, el enmascarado aprobó con unos movimientos de cabeza, después sacó una bolsa de gamuza y de ella extrajo cinco monedas de veinte dólares. Dio una a la india y otras cuatro a Leocadio.

-Para vosotros -dijo-. Al final, si todo sale bien, recibiréis el triple...

El Coyote acalló las expresiones de agradecimiento de la india y de Leocadio, y en cuanto Adelia le informó de que la calle continuaba solitaria, salió de la casa.

El regreso al rancho lo hizo *El Coyote* al galope. Julián, que le había oído, abrió la puerta secreta y en seguida le ayudó a quitarse el traje.

-Calma tu miedo -le dijo César-. Nadie me ha visto, excepto los que debían verme. Ahora a esperar los acontecimientos. Avisa a Lupita. Tengo que darle un trabajo.

Salió otra vez al jardín y entró en la casa como si regresara de pasear por las tierras del rancho. En el despacho de su padre había luz; pero el joven no intentó hablar con el anciano. Contra su voluntad se veía obligado a mantener entre su padre y él un muro de incomprensiones. No podía decirle, siquiera, lo que había preparado para salvarle.

Marchó a su habitación y en la puerta encontró a Lupita, aguardándole.

-Mi padre me dijo que deseaba usted darme unas órdenes -dijo la joven.

-Sí. Entra.

Entraron los dos en la sala a la que daba la alcoba de César. Éste abrió un armario y sacó de él un catalejo de latón. Tendiéndoselo a la joven, explicó:

-Desde mañana subirás al desván y pasarás todo el tiempo que te sea posible observando la casa de Adelia. Ya sabe cuál, ¿no?

Lupe asintió.

-Si de noche ves brillar una luz, me avisas en seguida. Y si de día ves salir de su chimenea un humo blanco y denso que a intervalos dejara de verse, avisame también. Para que nadie se extrañe, de cuando en cuando yo subiré a relevarte. Con este catalejo lo verás todo perfectamente.

Lupe tomó el catalejo y salió del cuarto. César cerró la puerta. Volvió luego hacia el tocador de su mujer. Encima d fino mármol del mueble se encontraba una artística miniatura de Leonor de Echagüe. En aquellos momentos ella debería de estar pensando en él, bajo el puro cielo de Monterrey, tan igual a aquél y sin embargo, según decían muchos, tan distinto. Quizá porque el mar estaba allí más cerca y, como dicen los poetas, el cielo nunca es tan puro como cuando puede cambiar un beso con el mar.

Por primera vez en varios días se alegraba de que Leonor no estuviese allí. Le habría sido muy difícil ocultarle su nueva actuación, aunque tal vez ella le hubiese comprendido y animado a seguir adelante.

Tal vez, al fin, todo se arreglara sin necesidad de que él interviniese. ¡Ojalá!

Capítulo V

Heriberto Artigas pide auxilio

Transcurrieron cinco días sin que ocurriera nada. Por dos veces *El Coyote* acudió a casa de Adelia, sin que se le llamase, sólo con el fin de averiguar si la india cumplía sus órdenes. Adelia le pudo informar así de dos detalles muy importantes. El primero era el de que, poco a poco, el *sheriff* iba reuniendo los hombres necesarios para llevar a cabo el embargo. Los californianos se negaron a alistarse a sus órdenes; pero de diversos lugares fueron llegando norteamericanos dispuestos a todo a cambio de los cien dólares que prometían a cada uno. Ya tenía unos quince y esperaba para antes del domingo tener los que le faltaban. El segundo detalle fue el de que Artigas tenía también un espía en el Juzgado. Adelia, tras cuyo inexpresivo rostro se ocultaba una aguda inteligencia, lo había descubierto casi en seguida, ya que el hombre no sospechaba que la encargada de la limpieza pudiera sentir algún interés

por lo que él estaba haciendo.

-Eso quiere decir que no le cogerán desprevenido -se dijo *El Coyote.*

Por Leocadio y sus hermanos averiguó, también, que los demás hacendados no se atrevieron a apoyar a Artigas y sólo le prometieron su apoyo moral. Don Justo Hidalgo era el único, además de don Goyo y don César de Echagüe, que le ofreció alguna gente; pero en vez de ofrecérsela de la que estaba a su servicio, le propuso darle el dinero necesario para contratar a un par de indios o mejicanos de los que rondaban, sin oficio ni beneficio, por la plaza. Artigas rechazó la oferta. A él le interesaba agrupar a su alrededor los intereses completos del mayor número posible de hacendados, a fin de que éstos, para defenderse, le defendieran.

Artigas era, como había dicho César de Echagüe, un hombre inteligente. Carecía del lastre de los escrúpulos de conciencia y estaba dispuesto a traicionar a todos si con semejante traición podía obtener un beneficio material, por pequeño que fuese.

Su principal interés al acudir a don César no fue sólo, como creyera el joven Echagüe, obtener una ayuda material en hombres. Estaba enterado de la gran influencia política de Edmonds Greene, el yerno del viejo hacendado, y confiaba en que si las cosas se complicaban, Greene, para salvar al padre de su mujer, se vería obligado a salvarle también a él. No ignoraba que sus títulos de propiedad carecían de valor, de acuerdo con las estipulaciones del tratado de Guadalupe Hidalgo entre mejicanos y norteamericanos que puso fin a la guerra entre ambas naciones. En dicho tratado se garantizaba a los habitantes de los territorios cedidos a la Unión el libre usufructo de los bienes que legalmente poseyeran. El despojo de las misiones franciscanas se hizo con amplias violaciones a la Ley, especialmente por lo que hacía referencia a los títulos de propiedad concedidos por España a los que se instalaron en California. Así se había hecho en el caso de Suttler, que, por cesión del Gobierno mejicano, era dueño de la mayor parte de California. No se podía admitir que un solo hombre poseyese tantísima tierra. Y lo mismo ocurría en su propio caso, ya que los propietarios legales de las tierras que él había usurpado eran los franciscanos, únicos que podían presentar títulos de cesión otorgados por el Gobierno español. Washington y luego Monterrey no podían aceptar como legítimo el saqueo de las misiones, aunque también es cierto que no hicieron nada por devolver a los misioneros sus tierras. Seguían la táctica de dividir para vencer, y Artigas era uno de los que debían ser divididos. Pero ante el peligro en que se hallaría su suegro, comprometido tontamente en la empresa de Artigas, seguramente Greene influiría para que se echara tierra al asunto y, todo lo más, se despojase al hacendado de una parte de sus tierras.

-Vale la pena perder cinco si conservo veinte -decidió Artigas.

Entretanto había escondido en sitio seguro todo cuanto de valor poseía, especialmente en dinero, joyas y objetos de oro y plata. Había contratado a un grupo bastante numeroso de mejicanos e, incluso, yan-

quis fugitivos de otros Estados, y contaba con unos cuarenta hombres a quienes creía decididos a todo.

Luciano Praderas, uno de sus más seguros ayudantes, estaba en el pueblo, atento a lo que ocurría allí y con un plan bien meditado para poderle avisar a tiempo.

El sábado por la tarde, cuando ya el sol desaparecía, tras una masa de enrojecidas nubes, Heriberto Artigas supo que al fin le iban a atacar. Una paloma llegó volando desde Los Ángeles y metióse en su palomar. La simple llegada de dicha paloma mensajera debía indicar al hacendado que, por fin, reunidos los hombres necesarios, Koster se disponía a tomar posesión del principal de sus ranchos. No obstante, Artigas subió al palomar y de una de las patas de la paloma recién llegada sacó un fino papel en el que leyó:

Están a punto de salir hacia ahí. Treinta y cinco (35) hombres. También va el juez Salters.

Artigas hizo pedazos el papel y dejó que el viento se los llevara; después bajó al corral, donde esperaban dos de sus peones, y les ordenó:

-¡Ya podéis marchar a hacer lo que os dije!

Mientras uno de los jinetes se dirigía al rancho de San Antonio y el otro al de don Goyo, Artigas golpeó con un martillo el gran aro de hierro que servía para llamar a los peones para la comida.

A la convenida señal acudieron de todas partes los hombres elegidos para la defensa del rancho. Artigas abrió su armero y comenzó a distribuir los rifles que había acumulado. A cada hombre le dio cien cartuchos de papel y una bolsa con ciento veinte balas, así como otra cajita con fulminantes. Por muy bien armados que fueran los ayudantes del *sheriff,* Artigas estaba seguro de que los suyos los superaban.

En cuanto hubo recibido su rifle, cada uno de los hombres de Artigas dirigióse al puesto que le había sido asignado de antemano. El muro que limitaba el rancho había sido abundantemente aspillerado en la parte que daba al camino. En unos instantes quince rifles asomaron por aquellas aspilleras, dominando el principal acceso al rancho. En otros lugares, por los que también era fácil penetrar en la hacienda, se situaron tiradores en grupos de dos o tres.

Cuando aún los mensajeros de Artigas no habían llegado a sus respectivos destinos y los hombres de Koster todavía estaban organizándose en Los Ángeles, esperando que llegase la noche para actuar con más facilidad y ofrecer menos blanco si, como se temía, Artigas hacía resistencia, éste tenía ya perfectamente organizada la resistencia.

El mensajero que iba a casa de don Goyo llegó a la hacienda del caballero y enseguida se vio rodeado por tres de los Lugones.

-Iremos inmediatamente -dijo Timoteo al enviado-. Puedes volver. Te alcanzaremos antes de que hayas galopado media legua.

El mensajero se hubiese quedado allí de muy buena gana; pero había recibido orden de regresar cuanto antes al rancho Artigas. Hizo

volver grupas a su caballo y emprendió el camino, sin apresurarse mucho con el fin, como se dio por excusa, de que los Lugones le alcanzaran.

El no ir de prisa le salvó, de momento, de las graves consecuencias que le esperaban a un cuarto de legua del rancho de don Goyo. Seguía el mismo camino, aunque al revés, que siguiera para ir a llevar su mensaje; pero algo había cambiado. Este algo era una fina pero fuerte cuerda tendida de un lado a otro del camino *y* sujeta a dos recios robles. Contra aquella cuerda, invisible en la penumbra del anochecer, dio con su pecho el jinete, saltando despedido hacia atrás. De haber galopado más velozmente su caída hubiera sido mucho peor, mas a cambio de ello se hubiese librado de lo que entonces le ocurrió.

El correo quedó sentado en el suelo, moviendo la cabeza para despojar a sus ojos de las masas de telarañas que los llenaban. Alguien que le observaba desde detrás de otro roble hizo un gesto de disgusto al ver que el hombre no había perdido el conocimiento y sacando de la faja que llevaba ceñida a la cintura una pistola de dos cañones, la cogió por éstos y en cuatro zancadas estuvo junto al caído, a quien golpeó con seco y recio golpe en la cabeza.

El infeliz sintió que los ojos le saltaban fuera de las órbitas, vio mil luces y luego se derrumbó como si lo hubiesen desinflado.

Un momento después llegaron tres jinetes y uno de ellos preguntó al de la pistola:

-¿Has tenido que convencerle, Leocadio?

-Sí. Iba tan despacio que por poco no cae. He tenido que darle en la cabeza. A lo mejor lo he matado.

-No te apures -dijo Evelio Lugones-. Cuando se marchó parecía ir rezando y encomendando su alma a Dios.

-Eso me tranquiliza -replicó Leocadio, guardando la pistola.

Después, con el propio lazo del correo, ayudado por sus hermanos, ató al enviado de Artigas a un roble algo apartado del camino. Le amordazó para que no pudiese gritar al despertarse, si se despertaba, y, por último, dio un latigazo al caballo, haciéndole escapar de allí después de soltar al aire un par de enérgicas coces.

Juan Lugones había desatado la cuerda que cruzaba el camino y los cuatro hermanos partieron al galope tendido, atravesando el bosque de robles en dirección al punto fijado por *El Coyote.*

Mientras tanto, el otro mensajero de Artigas llegaba al Rancho de San Antonio y fue conducido a la presencia de don César.

-Me envía don Heriberto, señor -anunció-. Le han dado aviso de que el *sheriff* va hacia allí con mucha gente.

-Está bien -replicó el anciano-. Aguarda un momento y marcharás con mis hombres.

Don César agitó una campanilla, a cuyo sonido debía acudir Julián; pero Julián no estaba en casa. Le habían visto marchar bastante antes hacia los maizales, pues aquella noche debían ser regados. Fue necesario enviar a un peón en busca del mayordomo. En todo esto se perdieron unos quince o veinte minutos, que por parte del señor de Echagüe fueron invertidos en animar un violento malhumor.

-¿Qué has estado haciendo? -gritó a Julián-. ¿No te dije que tuvieses preparados a los hombres que han de ir al rancho de don Heriberto?

-Ya los tenía, señor -se excusó el mayordomo, con un miedo que no era fingido-. Ya los tenía; pero como hay que regar el maíz...

-¡Déjate de maíces y llama a la gente! Que vayan al rancho en seguida con este hombre. Y, mientras se preparan, ordena que le den un vaso de vino o de aguardiente.

-En seguida, señor, pero creo que ya se han acostado. Como no creí que los necesitara de noche, les dije que se podían marchar.

-¡Date prisa y no pierdas el tiempo en explicaciones que no resuelven nada! Si no terminas pronto, iré yo en persona a buscarlos. Que se lleven los fusiles.

-Sí, señor. Vamos, muchacho.

Lo primero que hizo Julián fue llevar al mensajero de Artigas a la cocina y dejar a su discreción el uso de una botella de aguardiente catalán. Esto era una imprudencia que normalmente jamás hubiese cometido Julián; pero aquellas circunstancias no eran normales para nadie.

Después de dejar al hombre frente a la mayor cantidad de licor gratuito con que se había visto en su vida, Julián marchó, sin ninguna prisa, a despertar a los seis hombres que había elegido para aquella faena.

Los encontró jugando al monte y tuvo la condescendencia de aguardar a que terminasen la partida; entonces les anunció:

-Vamos, muchachos. Ya ha llegado el momento de irse a jugar la cabeza en el rancho de don Heriberto. Recoged lo que necesitéis. Los fusiles, los cartuchos y, sobre todo, vendas y urgüentos por si os hieren. Si alguno quiere dejar escrita una carta para la familia, que se dé prisa.

Las caras de los seis escogidos se habían alargado extraordinariamente. Ninguno tenía prisa, y si Artigas no contaba con gente más brava para defenderse, no cabía esperar que su rancho fuera ninguna Numancia.

Media hora tardaron en llegar los seis con sus caballos ante la casa. El señor de Echagüe les esperaba impaciente.

-¿Es que los has tenido que ir a buscar a la Luna? -gritó a Julián.

Éste no respondió, sobre todo porque no estaba muy seguro de las consecuencia que para él podría tener todo aquello.

-¿Dónde está el peón de don Heriberto? -siguió preguntando el anciano.

-Quedó en la cocina, bebiendo el aguardiente que el señor me ordenó que le sirviera -dijo Julián.

-Ve a buscarlo... -empezó el señor de Echagüe-. O, si no, ya iré yo.

Entró en la casa, seguido por Julián, y por el corredor que conducía a la cocina llegó a ésta. Apenas abrió la puerta le dio en el rostro una densa vaharada aguardentosa. El mensajero de Artigas había dado fin a las tres cuartas partes del contenido de la botella y en aquellos momentos estaba sentado en el suelo, hipando y tratando de

agarrar alguno de los fantásticos objetos que pasaban ante él.

-¿Qué significa esto? -rugió el mayor de los Echagüe, zarandeando al enviado dé ranchero.

El pobre hombre, perdido su inestable equilibrio, cayó de lado y se abrazó al suelo de la cocina, que a él se le antojaba, por lo menos, el puente de un barco sacudido por un furioso temporal.

-Se ha emborrachado -suspiró Julián.

-No necesito que me lo digas -bufó su amo-. ¿En qué pensabas al dejarlo solo con tanto aguardiente? Milagro será si no revienta.

-¿Quiere que le eche un jarro de agua? -preguntó el mayordomo.

-Ni aunque le echases todo el océano Pacífico lo despertarías. Dile a la gente que vaya al rancho de don Heriberto. Supongo que encontraran el camino.

-Supongo que sí. Han nacido aquí y conocen todos los caminos.

Julián corrió a dar la orden, agregando, para tranquilidad de los nerviosos peones:

-Mucho cuidado, no os crucéis con la gente del *sheriff.* Van con mala intención.

Los seis hombres salieron del rancho con tan poca prisa como entusiasmo, maldiciendo en voz baja a Julián mientras este pudo oírles, y en voz más alta cuando estuvieron lo bastante lejos.

-¡Condenada suerte la nuestra! -comentó uno de ellos-. Si el *sheriff* nos coge por el camino es capaz de ahorcarnos. -Y se pasó una temblorosa mano por el cuello, como si ya sintiese el roce de la última soga.

-Pudo haber ido él -replicó otro de aquellos valientes.

-Yo no me contraté para hacer de soldado -refunfuñó el tercero.

Y los otros tres no dijeron nada porque sus gargantas estaban tan atascadas como si se hubiesen tragado un kilo de serrín.

El camino aparecía solitario, pero lleno de ruidos a cual más erizante. Muy lejos aullaba un coyote. En los árboles aleteaban las aves nocturnas. Un búho lanzaba bastante cerca su fúnebre grito y un jaguar cruzó el sendero, asustando un poco a los caballos y un mucho a sus jinetes. Mas lo peor fue cuando varias voces (a ellos les parecieron cien o más) les ordenaron, en un español que sin duda salía de gargantas norteamericanas:

-¡Quietos todos y levantad bien altas las manos!

Los seis peones eran gente obediente y en aquel momento lo demostraron. Doce manos se levantaron a la vez, mientras seis temblorosas voces proclamaban que ellos eran gente de paz.

Dos hombres a caballo salieron de entre los árboles y desarmaron con pasmosa rapidez a los peones del Rancho de San Antonio; luego les obligaron a desmontar y, ayudados por otros dos diablos (por lo menos eran diablos, si es que no eran algo peor), los ataron y, por fin, los amarraron a un par de árboles que estaban allí desde mucho antes de la conquista de California por los soldados de Carlos III.

-Os deberíamos ahorcar -dijo uno de los asaltantes.

Los seis peones habían observado ya que sus enemigos llevaban el rostro tapado con grandes pañuelos, lo cual no contribuyó a levantar

sus decaídos ánimos. Todos a la vez comenzaron a suplicar por sus vidas, inventando, incluso, un número considerable de hijos que morirían de hambre si ellos faltaban.

-Dejadlos ahí -ordenó un quinto jinete, de quien sólo percibieron la voz-. Artigas los esperará en vano.

Los cuatro asaltantes se reunieron con su jefe, y cuando los peones les oyeron alejarse pensaron que volvían a nacer.

Cuando estuvieron a cierta distancia los cinco jinetes se echaron a reír.

-Ha sido fácil, patrón –dijo Leocadio.

-Ahora faltáis vosotros -replicó *El Coyote-.* Os va a tocar pasar una mala noche; pero no conviene que se sospeche.

Una hora después, *El* C*oyote* terminaba de amarrar a los cuatro hermanos a unos árboles, no muy lejos de donde estaba el hombre que Artigas enviara al rancho de don Goyo.

-Así está bien -dijo-. No olvidéis que fuisteis derribados por unas cuerdas cruzadas en el camino y que unos hombres enmascarados cayeron sobre vosotros antes de que pudieseis defenderos. Preferiría no tener que amordazaros; pero si no lo hiciera, lo lógico sería que os pasaseis la noche gritando y pidiendo socorro. Eso os cansaría más que la mordaza.

Con unas tiras de tela, *El Coyote* amordazó a sus cuatro ayudantes y después de despedirse de ellos con unas amistosas palmadas, les prometió enviarles al día siguiente el dinero prometido; luego alejóse al galope hacia el Rancho de San Antonio.

* * *

Cuando el señor de Echagüe se retiró a su dormitorio detúvose un momento junto a la puerta del cuarto de su hijo. Oyó la acompasada respiración de un durmiente y un ligero e intermitente ronquido.

El heredero del rancho no tenía remedio. Mientras don Heriberto Artigas defen-día el honor de California en su rancho, aquel hombre joven y fuerte dormía como un tronco.

Pero si la puerta, en vez de ser de espeso roble, hubiera sido de cristal, el señor de Echagüe se hubiera sorprendido mucho viendo que su hijo estaba sentado en un sillón, con un libro entre las manos y lanzando los suspiros y lo demás que él estaba oyendo, pero con los ojos tan abiertos como pudiera tenerlos el hombre más despierto del mundo.

Capitulo VI

El proscrito

Heriberto Artigas esperó en vano la llegada de los hombres de don César de Echagüe y don Goyo. También esperó en vano que regresaran los dos mensajeros que les había enviado. En cambio, no esperó en vano a la gente de Koster. Cuando desde la iglesia de Nuestra Señora llegó el débil sonar de las once de la noche, uno de los que estaban apostados junto a la entrada anunció con un disparo demasiado alto que llegaban los comisarios del *sheriff.*

Éste ordenó a gritos a los suyos que se dispersasen para no ofrecer un blanco demasiado fácil, y dejando a los caballos entre los árboles, se comenzó a replicar al fuego que se hacía desde el rancho. Del muro de adobes de éste partían continuos fogonazos. Las balas zumbaban, rabiosas, sobre las cabezas de los hombres de Koster. Otras, de rebote, llenaban el aire de largos plañidos, en tanto que los disparos que se hacían contra la hacienda arrancaban del muro trozos de mortero y estuco. Muchas daban en los barrotes de la verja, produciendo agudas notas metálicas.

-Se ha vuelto loco -dijo Koster a Salters, que se hallaba acurrucado en el fondo de una seca acequia.

-Hubiera sido mejor traer un cañón del Fuerte -dijo Salters.

-El comandante no me lo quiso prestar -replicó Koster-. Dijo que Artigas no se defendería; pero ahora va a tener que dármelo, quiera o no.

-Iré yo a buscarlo... -empezó Salters. Iba a agregar que el *sheriff* hacía falta en aquel lugar, pero, en el momento en que asomaba la cabeza fuera de la acequia, una bala le atravesó el sombrero de copa, dejándole durante unos segundos en la duda de si también le había atravesado la cabeza-. Qui... Quizás sea mejor que... que vaya otro -tartamudeó, regresando al fondo de su improvisada trinchera.

Koster, más habituado a aquellos trances, se deslizó diestramente hacia donde estaban los caballos y ordenó al que los cuidaba que volviese a Los Ángeles y pidiera refuerzos al comandante del Fuerte Moore.

-Dile que con una batería tendremos suficiente. Y explícale que Artigas se ha hecho fuerte en su rancho y que ni un regimiento de Infantería podría desalojarlo.

Partió el enviado de Koster, y el *sheriff* volvió a su puesto, a seguir disparando contra el rancho, aunque sin esperanzas de causar grandes daños a sus defensores.

Éstos, en efecto, no habían sufrido ninguna baja. Tan sólo uno de ellos fue herido en la cabeza por una esquirla de granito. Artigas recorría las defensas lanzando maldiciones a los cobardes que le habían abandonado en aquel trance.

Dieron las doce de la noche sin que hubiera cambio alguno en la situación. Desde fuera seguían disparando contra los de dentro, quienes, a su vez, replicaban con nutridas descargas; pero ni unos ni otros hacían cosa mejor que gastar pólvora y balas inútilmente.

El rancho no estaba, ni mucho menos, cercado, ya que Koster había reunido a todos sus hombres frente a la entrada principal. Por propia experiencia sabía que si dejaba a los de Artigas la posibilidad de salvarse huyendo, lucharían menos enérgicamente que si los rodeaba por completo. Además, carecía de las necesarias fuerzas para hacerlo.

A las dos de la madrugada el tiroteo había menguado mucho. Ya sólo se hacían por una y otra parte disparos sueltos. Los de Artigas recibieron abundante café y carne frita. Los de Koster tuvieron que conformarse con la humedad exterior y las incomodidades de su posición. Pero ni unos ni otros tenían heridos graves, y mucho menos, ningún muerto.

-Podemos resistir un año -comentaba Artigas.

No mentía. En su rancho había víveres y municiones para mucho más. No faltaba el agua, ni la leña; ni, el vino y los licores; pero la resistencia no iba a durar tanto.

Cuando el viento trajo las campanadas de las tres de la madrugada, con él llegó una paloma mensajera, cuyo aleteo fue percibido por Artigas debido a que en aquel momento no sonaba ningún disparo.

Como había supuesto, la paloma traía un mensaje de Luciano Praderas. Decía así:

> *Comandante del Fuerte ha recibido de Koster petición auxilio. En estos momentos engancha dos cañones que saldrán hacia ahí. También van veinticinco artilleros y soldados.*

Artigas hizo pedazos la nota. ¡Todo estaba perdido! Unos cuantos cañonazos bastarían para hacer pedazos el muro y la casa y a todos los que estaban allí. Pensó en parlamentar, pero comprendió que ahora ya no se conformarían con que entregase el rancho. Además querrían que se entregase él, para juzgarlo por haber hecho armas contra el *sheriff.*

Calculó mentalmente el tiempo que invertirían los artilleros en llevar los cañones hasta allí. Por lo menos una hora, quizá mucho más. Luego tendrían que emplazarlos y pasaría un cuarto de hora o media antes de que pudiesen batir los muros. Disponía, por lo tanto, de tiempo suficiente para huir. Al fin todo se había perdido. ¡Pero no disfrutarían de su casa! No les dejaría piedra sobre piedra.

Regresó al exterior y llamó a sus hombres, limitando a cuatro los que defendían las aspilleras de la puerta.

-He recibido un aviso de Los Ángeles -anunció-. Vienen soldados contra nosotros y es posible que vengan con artillería. No podemos resistir y sería una locura esperarles. Ya que no hay más remedio, debemos huir. Pero no es necesario hacerlo en seguida -agregó al advertir que algunos ya se disponían a escapar- Disponemos de más de hora y media y debemos emplearla bien. Sería una tontería que cada uno se fuese por su lado. Juntos podemos hacer muchas cosas. Podemos ganar muchísimo dinero. Sé que a ninguno de vosotros os repugna esa idea, ¿verdad?

No. A ninguno le repugnaba ganar dinero, ni le repugnaba valerse

para ello de medios que a ciertas personas hubieran parecido terribles. Todos los hombres contratados por Artigas habían pertenecido en tiempos más o menos remotos a pandillas y bandas de cuatreros o salteadores de diligencias. Algunos habían huido de Tejas, ante los Rurales. Otros llegaron de Méjico, también huyendo de otros rurales. Y la mayoría procedía de las minas de Sierra Nevada, de Utah, Wyoming y las tierras ribereñas del Mississippi.

Sonriendo complacido ante la aceptación de su oferta, Heriberto Artigas dio el paso definitivo en su carrera. Dejó de ser un hacendado, un hombre decente, un caballero y, como más tarde haría en Tejas Juan Cortinas, dejó de ser lo que era y había sido y convirtióse en bandido. En un proscrito por cuya cabeza se daría un premio cada vez mayor. Un premio que nadie cobraría.

Comenzó a dar breves y enérgicas órdenes, como lo hubiese hecho cualquier militar profesional. En primer lugar fue vaciado el armero. Los rifles, revólveres y escopetas, así como los cartuchos, los barriles de pólvora, los lingotes de plomo y los moldes para hacer balas, fueron cargados en numerosos caballos. También se cargaron los víveres, los enseres culinarios, algunas ropas, muchas mantas y, por fin, medicinas y vendado de hilo de algodón.

Todo esto se hizo en media hora, mientras los centinelas iban cambiando disparos con los atacantes y los peones del rancho que no contribuían a su defensa se guarecían, temorosos, en sus alojamientos.

Koster permanecía más atento a los ruidos que llegaban de Los Ángeles que a los pocos que percibía en el rancho. No dejaba de sospechar que Artigas podía intentar la huida; pero esto le tenía sin cuidado, ya que sabía positivamente que el ranchero se lo podría llevar todo menos sus tierras y su casa. ¡Y esto era lo que el *sheriff* debía retener!

Por su parte, Artigas, armado con dos revólveres y un pesado fusil, recorría por última vez su casa. Aún recogió algunos objetos que deseaba conservar y, por último, entró en un cuartito colocado debajo de la gran escalera de encerado roble en el cual había hecho meter un barril de doscientos litros de petróleo.

Con un berbiquí abrió un pequeño agujero en el barril dejando que saliera un chorrito de petróleo que fue a caer en una palangana de loza. En esta palangana colocó tres palmatorias con sus correspondientes velas. Encendió éstas y se apresuró a salir del cuartito, que cerró con llave. La palangana se iría llenando de petróleo, hasta rebosar, y como las velas eran muy cortas, en unos veinte minutos las tres llamas alcanzarían el nivel del inflamable líquido. Luego...

Los treinta hombres de Artigas abandonaron el rancho por el lado opuesto al que ocupaban los de Koster, dirigiéndose hacia los montes de Peñas Rojas. Artigas se reunió con ellos después de hacer abandonar sus puestos a los centinelas que quedaban junto al muro. En aquellos momentos ya no se cambiaban disparos, pues todos consideraban inútil y aburrido aquel intercambio de plomo.

Koster había descendido a la carretera al oír un caminar de

caballos. Pensó que serían los soldados; pero al poco rato dejó de oírlo. Cuando empezaba a sospechar que Artigas hubiese levantado el campo, oyó de nuevo galope de varios caballos y, casi al mismo tiempo, el recio rodar de la artillería.

Llegaron los dos cañones y con mucha más rapidez de la calculada por Artigas se prepararon las piezas. El teniente que las mandaba no se entretuvo en hacer proponer a los que estaban en el rancho que se rindieran. Decidió que lo más eficaz sería demostrarles la potencia de sus cañones y después enviarles un par de pelotas de hierro llenas de explosivo y preguntarles si querían más medicina de aquélla. Era joven, no había intervenido más que en algunas escaramuzas con los indios, contra los cuales disparó unos inútiles proyectiles rompedores, y estaba deseando gozar de la emoción de ver derrumbarse los muros de una fortaleza. A falta de cosa mejor, aquellos muros podían servir para el experimento.

La casualidad quiso que el teniente George Crisp experimentase, de momento, la impresión de que sus cañones disparaban unos proyectiles de excesiva potencia. Mientras una de las piezas era apuntada contra la verja que cerraba la entrada al rancho, la otra fue dirigida contra la casa. Los dos dispararon a la vez, y en tanto que el proyectil de la primera arrancaba de sus goznes la verja, el otro dio contra una de las paredes de la casa. Ésta se estremeció hasta los cimientos y provocó la caída de una de las velas colocadas en la palangana del petróleo, que se inflamó en seguida. Su fuego comunicóse al barril, que reventó en llamas que a su vez se propagaron a la escalera, cuyas enceradas tablas comenzaron a arder en seguida. La luminosidad del incendio se percibió desde la batería y hasta mucho después, cuando ya el rancho de Artigas no era más que un montón de calcinados y humeantes escombros, el teniente Crisp estuvo tratando de resolver el misterio de que un solo proyectil hubiera sido capaz de producir tantos estragos.

Entretanto, desde las laderas de Peñas Rojas, Heriberto Artigas asistió al cañoneo de su casa y luego a su subsiguiente incendio. En su pecho ardía un odio más intenso que el fuego que devoraba su hacienda. Él haría pagar muy caro a sus enemigos aquella destrucción, aquella ruina y aquella vida a la cual le condenaban.

Capítulo VII

La persecución del bandido

Los Ángeles era un pueblo de pocas noticias. Se comprende, así, que el cúmulo de acontecimientos ocurridos en la noche anterior fuesen

devorados ávidamente por los lectores del *Clamor Público,* que en aquella ocasión llegó a tirar dos mil ejemplares, batiendo los *records,* como decían los norteamericanos, pues hasta entonces difícilmente había llegado a los mil.

Cuando el señor de Echagüe bajó a desayunar, encontró a su hijo abstraído en la lectura del diario de Los Ángeles.

-Me acabo de enterar de que ayer noche hubo un gran combate en el rancho de Artigas -dijo el joven.

-Si no tuvieras el sueño tan fuerte te hubieses enterado sin necesidad de leer el periódico -replicó el anciano-. Tuvieron la avilantez de emplear cañones.

-Sólo hicieron dos disparos -explicó César-. No fueron necesarios más. Artigas y sus valientes levantaron el vuelo. Aunque no aguardaba gran cosa de él, había alimentado una leve esperanza de que se hiciera matar entre las ruinas de su hacienda.

-¿No ha sido así?

-No. Escapó hacia el monte con toda su gente. Así lo explica el periódico. Enviaron a un periodista al lugar del suceso para que nos explicara lo sucedido.

-Serán mentiras y más mentiras.

-Eso es lo que yo creo. *El Clamor* dice que Artigas y su gente ofrecieron una encarnizada resistencia que los hombres de Koster no pudieron vencer. Dice que lanzaron unos veinte ataques a pecho descubierto y que en cada uno de ellos fueron rechazados con cuantiosas bajas que el *sheriff* trata de ocultar, pero que todo el mundo conoce. Un centenar de muertos es lo menos que *El Clamor* calcula, pues Artigas estaba prevenido y había ocupado ventajosas posiciones. La situación para Koster se hizo tan grave que, al fin, tuvo que enviar a por los soldados del Fuerte y dos baterías. Todo esto lo explica *El Clamor Público,* porque, en cambio, el muchacho que ha traído el periódico dice que sólo marchó al rancho una batería. Y Julián ha averiguado de fuente fidedigna que sólo se dispararon dos cañonazos. Uno por cada cañón. O sea que los ocho se reducen a dos.

-Dos cañones no hubieran bastado para rendir a Artigas.

-El diario añade que Artigas y su gente lucharon entre las incendiadas ruinas de su casa hasta que la resistencia se hizo imposible. Entonces rompieron el cerco a que los tenían sometidos los soldados y escaparon triunfalmente hacia Peñas Rojas.

-Lo creo.

-Pues yo no creo en las fugas triunfales -opuso César-. Estoy seguro de que Artigas escapó antes de que dispararan los cañones. Koster no tenía hombres suficientes para rodear eficazmente el rancho, y en el Fuerte tampoco hay bastantes soldados para eso.

-Pero el diario lo dice, ¿no?

-Lo dice porque le interesa vender dos mil ejemplares y sabe que halagando a los californianos los venderá. ¿De dónde iba a sacar Koster cien hombres que perder en un ataque y por lo menos otros cien para perderlos luego en torno al incendiado rancho?

-La hacienda de Artigas vale lo suficiente para pagar a tantos

mercenarios como se quiera emplear.

-Tal vez sea así. Ha sido una suerte que no enviaras a ninguno de nuestros hombres a ayudar a Artigas. Si lo hubieses hecho, ahora, a pesar de lo que diga *El Clamor Público,* tendrías aquí al *sheriff* a. pedirte explicaciones sobre tu conducta.

-Envié a seis de nuestros peones y ahora lamento no haber ido yo también.

César de Echagüe dirigió a su padre una fingida mirada de asombro.

-¿De veras lo hiciste? -preguntó, con un horror que parecía legítimo.

-Sí.

-Julián no me ha dicho nada.

-Habrá supuesto que a mi hijo no le interesan las acciones heroicas -contestó el señor de Echagüe, sentándose frente a su desayuno; pero rechazándolo casi en seguida.

-Entonces... hemos perdido a seis peones, ¿no?

-Es posible. Quizá no hayan muerto.

-Si no han muerto estarán por Peñas Rojas, con Artigas.

-No te inquietes por ellos.

-No me inquieto. Si fueron lo bastante locos para comprometerse en esa descabellada empresa, merecen andar fugitivos hasta que les alcance una bala. Dice el periódico que se han enviado soldados hacia las montañas para que capturen a los de Artigas. Pero, ¿no desayunas?

-Mientras mis compatriotas luchan contra los invasores, ya no puedo comer tranquilamente como... como tú.

-Inténtalo. Alguien me contó que casi todos los hombres que Artigas reunió para su locura eran bandidos norteamericanos perseguidos por la Justicia.

-Quieren mancillar el nombre de un héroe.

-¡Bah! Así se escribe la Historia. Quizás algún día alcance a ver a Artigas en lo alto de un monumento; pero ni aun entonces creeré que fue un héroe el hombre que robó a los indios, a los misioneros y a sus compatriotas, y que, además, comprometió tontamente a los verdaderos patriotas.

-¡Cállate! -ordenó el anciano, cuyo rostro estaba más blanco que sus cabellos-. ¡Cállate! ¡Te lo mando!

-Como quieras, papá. Y si prefieres que me marche, aprovecharé la oportunidad para ir a San Juan de Capistrano. Deseo ver unas tierras que allí se venden.

-Harás muy bien en marcharte. Yo te lo agradeceré más que nadie.

En este momento entró Julián y dirigiéndose al señor de Echagüe le anunció:

-Han vuelto los peones, señor. Están fuera. ¿Quiere verles?

-¡Hombre! -exclamó César-. No me pierdo por nada del mundo la vuelta de los héroes. Seguramente nos contarán cosas estupendas, hazañas increíbles, actos de valor inauditos...

-Hazles entrar -ordenó el señor de Echagüe-. Y en cuanto a ti,

César, quizá sea mejor que te marches. La emoción podría perjudicarte.

-No, no. Quiero oírles. Aunque no sea más que para envidiarles.

Julián dirigió al joven una implorante mirada que pasó inadvertida para el mayor de los Echagüe. Luego salió del comedor y a los pocos momentos hizo entrar a los seis peones, retirándose en seguida.

-No parecen muy satisfechos de su heroísmo -observó César, conteniendo difícilmente la risa ante el abatido aspecto de los seis hombres.

-Sentaos -invitó el anciano-. Debéis de estar agotados. Y no estéis tan tristes. Hicisteis lo posible por vencer. Contarme cómo ocurrió todo.

-Ellos eran muchos, patrón -dijo el más audaz de los seis.

-Ya lo sé. Sólo así pudieron venceros. Contádmelo todo.

-No hay mucho que contar, patrón.

-No cabe duda de que son modestos, como los verdaderos héroes -observo César.

-Déjales hablar a ellos -ordenó su padre. Y agregó, dirigiéndose a los peones-: Fue la artillería la que decidió el encuentro, ¿verdad?

-No sé si llevaban de eso, patrón.

-¡Caramba! Ni se dieron cuenta de que los atacaban con cañones -sonrió el joven.

-Puede que sí llevaran cañones -siguió el peón más hablador-. Cayeron sobre nosotros por sorpresa y no nos dieron tiempo para nada.

-Seguramente sólo les dieron tiempo para matar a cincuenta o sesenta yanquis -murmuró César.

-¡Te he dicho que te calles y les dejes contar a ellos! -ordenó, una vez más el anciano-. ¿Estuvisteis en el incendio del rancho?

-No, patrón. No...

César fue a emitir un burlón comenta-no, pero le contuvo la furiosa mirada de su padre. Encogiéndose de hombros, esperó a que el peón explicara la verdad.

-A cosa de una legua escasa de aquí nos atacaron, patrón. Nosotros resistimos todo lo que nos fue posible; pero ellos eran tantos y nosotros tan pocos que... Al fin nos cogieron y nos ataron a unos árboles.

-¿Qué estáis diciendo? Pero, ¿es que no llegasteis al rancho?

-No, patrón. Nos rodearon antes de que llegásemos, y aunque hicimos lo posible, todo resultó inútil.

El señor de Echagüe tuvo que sentarse porque sentía que las piernas se le doblaban.

-Entonces..., ¿no intervinisteis en la lucha?

-Pues... no. Luchamos contra ellos, pero eran muchos y nos hicieron prisioneros.

-Pero mataríais a unos cuantos, ¿verdad? -preguntó César, evitando que su mirada se cruzase con la de su padre.

-Tal... tal vez. Creo que sí. Yo vi caer a dos o tres...

-¿Dos o tres qué? -inquirió el joven-. No serán dos o trescientos soldados, ¿verdad?

-No, patroncito. Eran... eran... No sé.

-¡Cuenta de una vez, sin más rodeos, lo que os sucedió! -pidió el anciano-. Y tú, César, déjales hablar.

-Llegamos al bosque y ellos nos rodearon. Nos quitaron las armas, nos ataron a unos árboles y querían ahorcarnos. Por fin nos dejaron allí hasta que, hace un rato, Esther García, que venía a traer leche al Rancho, nos liberó.

-¡Qué prosaica es la realidad! -suspiró César-. Resulta más ameno *El Clamor.*

-¿No pudisteis llegar al rancho? -preguntó al señor de Echagüe.

-No, patrón. No pudimos, aunque lo intentamos.

-¿Os dejasteis detener y atar a los árboles sin defenderos?

-No pudimos. Cuando nos dimos cuenta nos rodeaban más de cien soldados, ¿verdad? -y el que hablaba volvióse hacia sus compañeros, que asintieron con la cabeza.

-¿Los contasteis? -preguntó César-. ¡Cuánta serenidad!

-En resumidas cuentas: no hicisteis nada de lo que se os ordenó, ¿verdad? -preguntó el padre de César.

-No pudimos...

-¡Salid de aquí y procurad que no os vuelva a ver! -les apostrofó su amo-. ¡Salid!

Los seis peones no se hicieron repetir la orden y escaparon atropelladamente del comedor. Detrás de ellos salió César, deseoso de evitar a su padre la violencia de su presencia.

En el jardín encontró a Julián, a quien ordenó:

-Envía a esos infelices a cualquiera de las haciendas donde mi padre no pueda verlos. Y a Bartolomé dale cinco pesos. Si no se los ha ganado por valiente, al menos los merece por ingenioso. Ha contado una historia maravillosa.

-Su padre se llevará un gran disgusto.

-Peor se lo hubiera llevado si no intervenimos a tiempo. Entra a contarle lo de los Lugones. Eso le calmará un poco. El mal de otros lo consolará. Luego prepárame el equipaje. Esta noche saldré hacia Capistrano.

-¿A qué va a ir?

-A comprar unas tierras que no nos hacen ninguna falta. Pero sobre todo...

-¿Es que piensa seguir usando el traje?

-Eso mismo. Y estoy temiendo que vuelva Leonor y no me deje seguir con el juego.

-Es muy peligroso.

-Me lo vienes diciendo desde que te enteraste de la verdad. Y hasta ahora no me ha ocurrido nada...

-La herida...

-Aquello fue cosa de poca importancia. Lo que más me interesa ahora es poder moverme con libertad. Aquí no puedo hacerlo, y si regresa Leonor, aún podré menos. Me vería obligado a dejar a medio terminar un trabajo que va a ser largo. Desde Capistrano fingiré pasar a Méjico.

-Pero, ¿qué trata de resolver ahora, señorito César?

-Lee *El Clamor Público,* Julián. En él verás cómo a un canalla, a un hombre que no tiene escrúpulos de ninguna clase, esos imbéciles le están transformando en un héroe californiano sólo para dar gusto a su clientela; para vender unos cientos de ejemplares más. Las nuevas leyes permiten decirlo todo. No importa que sea mentira. Es la libertad. En este caso, a pesar de que la persona alabada y ensalzada es compatriota mío, me indigna, como me indignaría si a un bandido norteamericano lo quisiesen presentar como héroe; aunque eso me indignaría menos, porque los peligros para nosotros serían menores. Ya sé qué no me entiendes. Artigas anda suelto por los montes, seguido de una cuadrilla de bandidos. La gente leerá el diario de Los Ángeles, que describe una fantástica batalla y unos heroísmos que no existieron, y todo el mundo llamará héroe sublime a Artigas. Algunos jóvenes ansiosos de aventuras y fama se unirán a él, creyendo una cosa y descubriendo otra muy distinta. Q sea que por una vez tendré que ayudar a nuestros enemigos. He de terminar con Artigas.

-¡Pero si lleva con él a más de treinta hombres! Y eso es verdad, porque me lo tu dicho quien lo sabe.

-Aunque llevase tres mil. Es una labor ingrata, pero no siempre podemos hacer lo que más nos gusta. Ve a contarle a mi padre que a los Lugones también los ataron a unos árboles y luego arregla mi equipaje. No te olvides de lo principal.

Aquel mediodía, Julián contó a Lupe que César iba a marchar hacia el Sur fingidamente y en realidad en pos de Heriberto Artigas.

-Está haciendo lo posible para que lo maten -dijo al fin-. ¡Y será capaz de conseguirlo y arruinar así esta casa que tanto espera de él!

Julián interrumpióse un momento al advertir que dos silenciosas lágrimas resbalaban por las mejillas de su hija.

-¡No seas así, mujer! -la reprendió-. A veces yo exagero un poco. No le ocurrirá nada, pues ha nacido con suerte y hasta ahora nunca le ha faltado. Pero aunque le ocurriese algo malo, no tienes por qué llorar por él. Eres demasiado impresionable.

-Perdona, papá; soy una tonta. Ya lo sé.

Julián palmeó suavemente la espalda de su hija.

-Claro que eres una tonta; pero a todos nos gusta que seas así. Cuando se lo diga a él se echará a reír.

-¡No! -gritó Lupe, con súbita e inesperada energía-. ¡No quiero que se lo cuentes! ¡No quiero!

Julián no entendió nada. No podía imaginar la verdad. No podía imaginar que en su corazón Lupe alimentase un amor sin esperanza. Un amor que ni ella misma se quería confesar, porque la horrorizaba. Fray Anselmo era el único que conocía una parte de aquel secreto de confesión. El franciscano confiaba en que el tiempo acabaría borrando aquel cariño que si era pecado llevaba en sí mismo la más terrible de las penitencias, porque Lupe tenía que vivir al lado del hombre a quien amaba y también al lado de la mujer que era dueña legitima del amor de César de Echagüe.

SEGUNDA PARTE

Capítulo VIII

Luis Martos

Luis Martos dobló cuidadosamente el periódico. Temblaba de emoción.

-¡No sé qué hubiese dado por no perderme esa batalla! -exclamó-. Tuvieron que utilizar cañones para vencerle. Y ni aun así lo consiguieron. Se les escapó limpiamente de entre las manos, haciéndoles una matanza tremenda. Don Heriberto es un gran hombre. Han hablado muy mal de él por lo de las misiones, pero ahora ha demostrado que todo fueron mentiras y calumnias. El hombre que es capaz de plantarles cara a los soldados del fuerte y que se deja hundir la casa encima sin rendirse, no es capaz de robar las tierras a los misioneros.

Esther García contemplaba con sus grandes y negros ojos al joven pastor. Tanto ella como Martos dependían del Rancho de San Antonio. Luis era uno de los ovejeros. El padre de ella era el capataz de todos los rebaños y el encargado de revisar que se ordeñasen las cabras y las ovejas y se hicieran los quesos para el consumo del rancho y, sobre todo, para su venta en el mercado. Todos los días enviaba por la mañana a su hija a la hacienda con un cántaro de leche de oveja. Estaba seguro de que aquella leche no era utilizada por los señores, pero muchos años antes, un día en que subió a inspeccionar sus ganados, el señor, después de probar la sustanciosa leche, le encargó: «Pedro, me vas a mandar todas las mañanas un cantarito de esta leche. Parece mentira que hasta ahora no me haya enterado de lo buena que es.»

Pedro no olvidó la orden. Y eso que le fue dada cuando la señora aún vivía, cuando el hijo mayor de los Echagüe era un niño y Beatriz aún no había nacido. Y, claro está, mucho antes de que él se casara y naciese su hija Esther.

Al principio la leche fue llevada al rancho por un zagal. Luego por Genoveva, la esposa de Pedro y, más tarde, así que pudo hacerlo, por Esther, su hija.

Luis Martos había nacido en el Rancho de San Antonio. Y como todos los que allí nacían, entró a servir a los «señores» desde que tuvo fuerzas para arrastrar un haz de leña. Recibió educación en la escuela del pueblo, después le dieron a guardar unas cabras y, por último, llegó a ser pastor de doscientas ovejas, recibiendo, para defenderlas, una pistola de dos cañones y un fusil de chispa más alto que él. También le

dieron un cuerno de pólvora, una bolsa de balas, otra de tacos y unos pedernales de recambio.

Dos meses antes, el hijo de don César subió a los pastos y, viendo el viejo fusil que arrastraba Luis, le preguntó si con aquel arma se podía dar a una puerta situada a tres metros de distancia. Por toda respuesta, Martos levantó el fusil, apuntó un instante y de un solo tiro derribó un cuervo que volaba a unos treinta metros de altura.

-¿Y eres tan diestro con la pistola como con el fusil? -le había preguntado el heredero del Rancho de San Antonio.

Luis tiró al aire dos piedras y de otros tantos disparos de pistola las hizo pedazos.

El joven César le felicitó por su destreza y luego siguió, hablando de asuntos relativos al ganado. Luis creyó que su exhibición de buena puntería no tendría mayores consecuencias que la muerte de un cuervo y la pulverización de dos piedras; mas unos días más tarde, Esther, al regresar del rancho, corrió hacia él, jadeante, sudorosa, pero llena de alegría. Traía entre las manos un largo paquete que puso en manos de Luis.

-Es de parte del señorito César -explicó-. Dice que te lo ganaste el otro día.

Antes de deshacer del todo el paquete, Luis Martos adivinó lo que contenía. En seguida le asaltó el miedo de equivocarse. Pero no se equivocó. El paquete contenía un modernísimo rifle *Sharps,* de largo alcance, y, maravilla de maravillas, el sueño que Luis no creía poder realizar jamás: un revólver *Colt* calibre 36, capaz de disparar seis tiros seguidos. También iba en el paquete una pistolera, dos libras de pólvora y todo lo necesario para fundir balas de plomo, así como tacos y fulminantes.

Durante dos meses Luis se estuvo transformando en un gran tirador, seguido siempre por la mirada llena de admiración de Esther. En Los Ángeles ganó, en reñida competición, un concurso de tiro en el que tomó parte, también, el teniente Crisp, al que venció. El premio fueron cinco dólares.

Luis consideraba a Esther como a una buena amiga. Y ella...

Se lo había confesado a Guadalupe.

-Estoy muy enamorada de Luis. -Lo decía con tristeza, como quien habla de una enfermedad incurable. Y aunque era muy joven, también Guadalupe la comprendía-. Pero él no se fija en mí. ¡Soy tan poca cosa!

Lupe, que era la encargada de recibir todos los días la leche, replicaba, caritativamente:

-¡Pero si eres muy linda! Tú verás cómo luego él se enamora de ti. ¿Dónde va a encontrar otra más hermosa?

Esther movía la cabeza negativamente.

-Ya sé que lo único que vale un poco son mis ojos y mi cabello. Eso creo que sí que lo tengo bonito; pero lo demás... ¡Estoy tan delgada! Tengo las piernas como las de una cigüeña... ¡Y no sé decir nada interesante! A veces, cuando él me habla, yo quisiera no ser tan tonta y responderle algo que le hiciera comprender lo mucho que me interesa

todo cuanto él dice; pero no sé más que escucharle embobada, como si el resto del mundo no existiera. Y cuando se me ocurre contestar a algo que él ha dicho ya ha pasado el momento. Las ideas me llegan con retraso, y en cambio a él le nacen como por encanto. Él siempre sabe contestar lo que debe. Y, en cambio, yo nunca sé qué decir. Me corto, parezco boba y cuando ya he dicho una tontería, entonces se me ocurre lo que debiera haber dicho. ¡Y si por lo menos fuese como esas mujeres que se describen en los libros! Todas son maravillosas. Saben hablar de todo. Y si alguna no es muy hermosa, en cambio es tan inteligente que eso sólo le basta para que los hombres se enamoren de ella.

-También tú tienes cualidades que valen mucho.

-No, Lupita. Él lee muchos libros y, como es natural, se enamorará de una mujer como las que pintan en las novelas. Estoy segura de que si le pidieran que dijese cómo soy, sólo sabría decir que soy como un pájaro zancudo. Siempre me recomienda que beba mucha leche, mucha leche. ¿Sabes por qué lo dice?

-Tendrá miedo de que te alimentes poco.

-No es por eso. Es que a él no le gustan las mujeres delgadas. Ni a nadie. Ya lo sé. A veces he visto en el pueblo señoras de la ciudad y todas eran muy llenas.

Guadalupe le aconsejó que bebiera mucha leche y comiera queso y pan; mas Esther continuaba lo mismo, con las piernas como palillos, delgadísima; pero toda el alma vibrando en sus grandes ojos.

Ahora los tenía fijos en Luis, quien terminaba de leer el periódico que ella le había subido desde el rancho.

-Cuando iba a llegar a la casa encontré a seis de los peones atados a unos árboles -explicó Esther-. Los desaté y me contaron que el señor les había enviado al rancho de Artigas para luchar con él; pero que les asaltaron unos bandidos y los ataron de aquella forma.

-¡A mí no me hubiesen atado! -proclamó Luis, con la mano sobre la culata de su revólver-. Les habría hecho huir.

-Estoy segura -declaró Esther.

-Puedes estarlo. Me habría defendido como un león. Así.

Desenfundando con veloz movimiento su revólver, Luis lo disparó contra una piedra blanca colocada a unos sesenta metros. A pesar de la distancia, el proyectil destrozó la piedra por su exacto centro.

En aquel momento ladró el perro de Luis, y éste, sin abandonar el revólver, volvióse hacia el camino, en el cual se hallaba un jinete, con un fusil entre las manos y una dura sonrisa en los labios.

-Muy bien disparado, muchacho. Te felicito.

-¡Don Heriberto! -exclamó Luis.

-¡Oh! -gritó, asustada, Esther.

Heriberto Artigas siguió avanzando. Por la exclamación de Luis comprendió que estaba entre admiradores.

-¿Disparabas contra la piedra? -preguntó.

-Sí, don Heriberto.

-¿Qué dice el periódico? ¿Habla de mí?

-Mucho, señor. Cuenta cómo los venció usted a todos y se escapó de entre sus manos.

Una despectiva sonrisa flotó por los labios de Artigas.

-Dame -pidió-. Me interesa leer esas tonterías.

Sin dejar de sonreír leyó todo el contenido del periódico referente a él.

-¿Hizo usted todo eso? -preguntó Luis.

-Los periodistas exageran siempre -replicó Artigas, con lo que Luis creyó un exceso de modestia.

-Pero cuando lo dice el periódico es que es verdad, ¿no? Nunca dicen mentiras.

-A veces sí -contestó el hacendado, que no quería privarse de un admirador, aunque de momento quizá tal admiración no le reportase ningún beneficio.

-¿Y no se vengará de los yanquis? -preguntó, ansiosamente, Martos.

-¡Claro que me vengaré! ¿Crees que voy a permitir que se imaginen que me han vencido?

-Ya me lo figuraba yo. ¿Le queda mucha gente?

-Preguntas demasiado, muchacho. Te llamas... No recuerdo.

-Luis Martos.

-¡Ah, sí! El señor de Echagüe me ha hablado muchas veces de ti. Tengo a mi gente muy cerca. Vine a explorar el terreno. Me persiguen los yanquis; pero van a tener mucho trabajo si quieren alcanzarme. ¡Y por Dios que estoy deseando verme de nuevo frente a ellos! Lo que hicieron con nosotros se lo devolveremos multiplicado. Sublevaré a toda California contra ellos. ¡Y los que se negaron a ayudarme pagarán muy cara su cobardía! No habrá piedad para los traidores. Los californianos no podemos ser blandos. Tenemos que ser duros como eran nuestros abuelos. Ellos conquistaron estas tierras y toda América. Lo hicieron exponiendo sus vidas por un ideal. A nosotros no nos falta el ideal. ¿Es que nos ha de faltar el valor?

-¡No! -gritó, impetuosamente, Luis-. ¡No nos falta! Yo iré con usted. Mi puesto lo puede ocupar otro, y el señor de Echagüe se alegrará cuando sepa que me he unido a usted... -Al llegar aquí Martos dudó. Su entusiasmo se hizo vacilante. ¿Y si Artigas no le quería por juzgarlo demasiado joven?

Pero Artigas le aceptó. Necesitaba muchachos como aquél. Idealistas que encubrieran su propia falta de idealismo.

-Puedes acompañarnos -dijo. Y agregó con un estudiado efectismo-: Al dar este paso entras en la gloriosa historia de California. Tal vez no en la historia que están escribiendo ahora los extranjeros que manchan nuestra patria; pero sí en la historia que algún día escribirán los californianos.

Martos se sentía sacudido moral y físicamente por una intensa fiebre patriótica. Estaba ansioso de empezar su lucha por la salvación de su patria.

-Te voy a encargar en seguida un importante trabajo -siguió Artigas-. Vas a recorrer los ranchitos de las montañas y reunirás a toda la gente que puedas. Ahora tenemos algunas docenas de hombres. Necesitamos formar un verdadero ejército, porque nuestros enemigos

son muchos y sólo con una perfecta organización podremos vencerles. Te nombro capitán de ese futuro ejército. Y lo serás efectivamente cuando reúnas a tu lado a otros veinte hombres. Armas no faltarán. Tengo muchas y sé donde encontrar más.

Quitándose el sombrero, Artigas saludó a Esther con una inclinación de cabeza. Luego, antes de marchar hacia donde había dejado a sus hombres, advirtió a Luis:

-En cuanto hayas formado tu compañía, dirígete a la ermita de San José. Allí estará uno de mis hombres que te guiará a nuestro campamento. Adiós. Adiós, señorita. Tiene usted un novio muy valiente.

Alejóse al galope, dejando frente a frente a los dos jóvenes. Esther tenía baja la cabeza y las mejillas arreboladas. En sus oídos vibraban argentinamente las palabras de don Heriberto. Era una ilusión que había empezado a cobrar forma, aunque sólo fuese la vaga forma de unas frases pronunciadas por un fugitivo de la Ley.

El silencio se prolongó tanto que Esther sintió a la vez el temor de que Luis no hubiera oído a don Heriberto y la esperanza de que estuviera tan turbado como ella. Pero Luis no se podía turbar. Era demasiado impulsivo, estaba demasiado pletórico de vida y de energías para permanecer callado.

Poquito a poco Esther fue levantando la cabeza. Luis no la miraba. No estaba sofocado. No pensaba en ella, porque era su pasado y su presente. Pensaba en su porvenir.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó la muchacha, con voz débil.

-Haré tantas cosas que tú te sentirás orgullosa de mí.

-Yo me siento orgullosa de ti ahora. Y también me sentía orgullosa antes.

-Pero yo no he hecho nada y, en cambio, ahora voy a hacer mucho.

-Estoy segura -respondió Esther

Y cuando Luis Martos se puso a recargar el revólver, sustituyendo la bala disparada, la joven pensó que debía haberle dicho que seguramente no sería feliz buscando fama en las violencias de una guerra civil. La felicidad estaba allí, en aquellas montañas, contemplando el lejano mar, acudiendo a la vieja misión, viviendo en la paz de la Naturaleza, cerca de Dios, que prohíbe matar. Mas tal vez eso fuesen también tonterías. Quizás había hecho bien en responder lo que había contestado.

-Vendré a verte a menudo -prometió Luis Martos-. Pero antes de marcharme quiero pedirte un favor.

-Haré lo que me mandes -aseguró Esther, sintiendo que los ojos se le hacían más grandes y temiendo que de súbito estallasen en un raudal de lágrimas. Pero no debía llorar. A Luis le disgustaba el llanto en la mujer. Lo había dicho una vez. Y la joven no olvidaba nunca los deseos de quien lo era todo para ella.

-¿Puedes bajar esta tarde al rancho y decirle al señor que... he tenido que marchar a unirme con don Heriberto?

-Sí. ¿Quieres algo más?

-No. No necesito nada. Adiós, Esther. Hasta pronto.

-¿Te vas así? -preguntó la muchacha, sintiendo que la despedida era demasiado fría, que faltaba algo que le diera a ella, por lo menos, un poco de calor en el alma.

-Un soldado sólo necesita sus armas -contestó Luis, equivocando el sentido de la pregunta.

-Al menos llévate una manta. Las noches son frías... Te daré una de las de mi padre.

Fue corriendo a la cabaña adosada a la gran quesera y volvió con una buena manta mejicana de vivos colores.

-Toma -dije—. La necesitarás. Y... este poco de tocino y pan. Cuídate mucho.

Luis se echó a reír alegremente.

-Gracias -dijo.

Marchó por la verde hierba que crujía suavemente bajo sus pies. No se volvió hasta que estuvo muy lejos, antes de descender de la loma cuya cumbre había alcanzado. Entonces agitó la mano hacia Esther. Luego, con el corazón alegre y el paso ligero, partió hacia su destino.

Esther bajó la mano con que había respondido al saludo de Luis. Aquella mano le ardía suavemente a causa del último contacto con la de él. Se la acercó a la mejilla y después la deslizó con suavidad hacia sus labios.

Las lágrimas comenzaron a fluir silenciosamente de sus ojos. Quizá ya no volviese a verle nunca más. Tal vez encontraría a otras mujeres más hermosas, más atractivas que ella. Seguramente la olvidaría, como dicen que se olvida todo lo que forma parte de la infancia. Cuando él llegó a la majada, nueve años antes, ella tenía diez y él catorce. ¡Qué hermosos fueron aquellos nueve años cuya continuidad se acababa de truncar porque a un hombre se le había antojado que no se podía seguir viviendo como hasta entonces!

Inició la vuelta al Rancho de San Antonio. El viento de la tarde, que olía a flores silvestres, le secó las lágrimas y le refrescó el rostro. Pero, aunque descendía hacia los valles, Esther sentíase como si bajara hacia un negro pozo, empujada por una fuerza odiosa y fatal.

Capítulo IX

La marcha de César de Echagüe

Esther encontró a César de Echagüe en el patio del rancho, conversando con Julián. Luis le había encargado que diera la noticia al «señor», y aunque para ella el «señor» era el mayor de los Echagüe, quizá Luis había querido indicar al hijo, es decir, al que le había regalado el rifle y el revólver que tan feliz le hicieron. Además todos sabían que,

desde su boda, el menor de los Echagüe era quien gobernaba la hacienda, con bastante más destreza que su padre. La joven decidió darle a él la noticia, segura de que César se la comunicaría también al señor de Echagüe. En cambio, si se la daba al anciano, quizás éste, que a veces tenía un carácter bastante atrabiliario, no informaría a su hijo, no cumpliéndose así la voluntad de Luis.

-¿Otra vez aquí, Esther? -preguntó Julián al ver a la hija del capataz.

-Traigo un recado para el señor -explicó la muchacha, mirando a César.

-¿Qué sucede? -preguntó éste, advirtiendo el nerviosismo de Esther. Y por si la joven prefería hablarle a solas, ordenó a Julián-: Ve a mi cuarto y acaba de arreglar mi equipaje.

Cuando el mayordomo estuvo lejos, acercóse a la muchacha y repitió:

-¿Qué sucede?

-Me envía Luis -contestó Esther-. Luis Martos. El pastor...

-Ya sé, ya. ¿Para qué te envía?

-Es que... Pues... Que subió don Heriberto a los pastos y le habló de lo que había hecho. Luis se ha ido con él para...

Aunque Esther sentía un gran respeto por los «señores», César siempre había sido bueno con ella y cariñoso. Además, Lupita le hablaba muy encomiosamente de él. Tal vez por eso no disimuló su emoción y de nuevo aparecieron las lágrimas en sus ojos.

-¿Le quieres mucho?-preguntó César.

-Nos... nos conocemos desde hace tanto tiempo...

-¿Él no se ha dado cuenta de que tú le amas? -preguntó suavemente César.

-No, señor. Él piensa en otras muchas cosas.

-Explícame todo lo ocurrido.

Esther se lo explicó detalladamente. Al terminar inquirió:

-¿Verdad que no se enfadará con él por lo que ha hecho? Luis estaba seguro de que usted se alegraría.

César pensó en lo poco que le conocía Luis Martos. También pensó en otras cosas; pero se abstuvo de decirlas.

-No, no me enfado con él -sonrió el joven-. Tiene la sangre impetuosa. Ya esperaba yo algo así. Puedes marcharte. Hazlo en seguida, no te sorprenda la noche por el camino.

-Lo conozco bien y no hay peligro, señor.

-Hay muchos lobos sueltos ahora, Esther. Dile a tu padre que te vigile. Y si no... Quédate esta noche aquí. Vuelve a los pastos mañana por la mañana. Julián enviara a alguien a avisar a tu padre. Vamos a ver a Lupita. Quiero encargarle algo. ¿Por dónde dices que llegó don Heriberto?

-Por el camino de Peñas Rojas. Por allí debía de tener a su gente.

-Gracias. ¿Te gustaría vestir un poco mejor?

-Tengo todo cuanto necesito.

-Pero a tu padre le faltará una manta. ¿No crees que se disgustará cuando sepa que se la has regalado a Luis?

-Creo que sí...

-Pero no te importa, ¿verdad?

Esther secóse las lágrimas y sonrió.

-No, no me importa -dijo-. Papá no me castigará mucho.

-Debemos evitar que te castigue, aunque sólo sea un poco.

Habían llegado a la casa del mayordomo. Lupe salió al encuentro de César, expresando también su asombro al ver allí a Esther. César le explicó brevemente lo ocurrido, terminando:

-El muchacho se unió a las huestes del bravo don Heriberto, el héroe de California. -Por el bien de Esther lo dijo como si lo sintiese de verdad-. Como los caminos no están muy seguros -agregó-, Esther pasará la noche aquí. Toma estos cincuenta pesos y llévala al pueblo. Cómprale un traje, botas y una buena manta para Pedro. Si hace falta más, di que lo vengan a cobrar aquí. Adiós.

-Buen viaje, señorito -deseó Lupe.

-Gracias. Te traeré algo de Méjico. Adiós, Esther. Y no te apures. Ya verás cómo Luis al fin se da cuenta de que te quiere.

Cuando César se reunió con Julián había perdido su sonrisa.

-Ya está sucediendo lo que temía -dijo-. Artigas ha empezado a reclutar gente y no le va a costar mucho formar un ejército para que los norteamericanos lo destruyan.

-Puede que sus intenciones sean buenas -opuso Julián.

-Eres un ingenuo, Julián. Y eres demasiado viejo para que el ser un ingenuo resulte lógico.

Había hablado con cierta acritud. Al darse cuenta de que el mayordomo le miraba con dolida expresión, sonrió, pidiendo:

-Dispénsame, Julián. Estoy con los nervios alterados. Ese Artigas ha venido a turbar mi paz. ¿Está todo arreglado?

El mayordomo asintió. El equipaje estaba listo en sus menores detalles. Ya sólo faltaba cargarlo sobre el caballo.

-Me marcharé ahora -siguió César-. Si saliese más tarde se extrañarían todos de que no aguardara a mañana en vez de salir de noche.

El equipaje de César fue cargado en un caballo. Luego Julián comenzó a preparar el otro caballo que debía utilizar el joven. Éste, entretanto, fue a despedirse de su padre. Le halló en el salón, hundido en una butaca, con un cigarro entre los dedos.

-Me marcho a Capistrano -dijo.

-Adiós. Que tengas un buen viaje -deseó con fría voz el anciano.

-Gracias, papá. No te inquietes si tardo un poco. Si vuelve Leonor, cuéntale que he ido a comprar esas tierras.

-Está bien.

-Quería decirte que Luis Martos se unió a la gente de Artigas.

-No me extraña en él.

-Es muy impetuoso.

-Sí, tiene ese defecto -replicó, mordazmente, el viejo.

-No he dicho que sea un defecto, papá. En él me parece lógico.

-Mucho honor para Martos. Si no tienes nada más que decirme...

-No, nada más. Espero que mi ausencia te siente bien.

-Puedes ahorrarte tus impertinencias. Adiós.

-Adiós.

Cuando cruzaba la casa en dirección a la cuadra, César pensó que tal vez llevaba demasiado lejos su aparente escepticismo. ¿Le beneficiaba el que su padre tuviera tan mala opinión de él? Sin embargo no podía hacer otra cosa. No podía contarle la verdad a su padre, porque en éste aquella verdad sólo redundaría en perjuicios. No comprendería que *El Coyote* en vez de ayudar a Artigas estuviera dispuesto a perseguirle implacablemente. Y como no era hombre que atendiese a razones, a los pocos días sentiríase tan en contra del *Coyote* como lo estaba de su hijo.

-¿Lo arreglaste todo? -preguntó a Julián, cuando llegó a la cuadra.

-Aquí están los dos caballos. ¿No se extrañarán de que viaje sin ningún criado?

-Procuraré no cruzarme con nadie.

-¿No sería mejor que le acompañase yo?

-Tú no estás para estas aventuras, Julián. Además eres muy conocido y si te viesen con *El Coyote* en seguida adivinarían mi identidad. Por otra parte me interesa mucho que te quedes aquí. Yo andaré por estas tierras y muchas noches vendré a pasarlas en la bodega. Y más que las noches pasaré los días. Arregla una cama abajo y dispón víveres abundantes. Y no digas nada a nadie de lo que sabes. Me refiero a lo de Artigas. Para todo el mundo debe seguir siendo un héroe. Incluso para tu hija. Seguid la corriente popular. Si se alaba a Artigas, alabadle vosotros. Y, sobre todo, alábalo delante de mi padre; pero sin dejar de comunicarle todo lo malo que haga.

-¿Qué va a hacer de malo?

-Ya lo verás. Mi padre es amigo de llevar la contraria y enemigo de que se la lleven a él. Yo no sé lo que hará en realidad Artigas; pero imagino lo que piensa hacer y sé lo que puede realizar. Si asalta un rancho y roba caballos para su gente, cometerá un robo. Si tú le dices a mi padre que Artigas ha robado unos caballos, él te replicará que se ha incautado de ellos para la causa. En cambio, si le dices lo de la incautación, al no recibir una explicación contraria a sus ideas, podrá meditar serenamente y, poco a poco, verá la verdad. Aunque a veces lo disimule, tiene buen juicio y sabe razonar; pero generalmente le ciega la pasión y, sobre todo, su gran corazón. Éste le juega las peores pasadas.

Julián prometió cumplir las instrucciones del hijo de don César de Echagüe y el joven, que vestía traje típico del país, montó a caballo y sin ninguna prisa, porque no la tenía por alejarse de aquellos lugares, partió hacia la carretera, con tan mala oportunidad que en el momento en que él cruzaba la puerta exterior del rancho pasaba ante ella el teniente George Crisp, seguido por veinticinco soldados de caballería.

Capítulo X

La verbosidad del teniente Crisp

El teniente Crisp sabía, como todos los oficiales de la guarnición del fuerte, que el único californiano importante que en Los Ángeles abrigaba sentimientos amistosos hacia los yanquis era el hijo del señor de Echagüe. Por lo menos era el único capaz de hablar en público con un militar, de reír con él, de invitarle a una copa y de aceptar las que quisiera ofrecer su interlocutor. Todos los demás, a excepción, al principio, de Heriberto Artigas, evitaban a los oficiales y soldados como si éstos se hallaran apestados.

-Buenas tardes -saludó el teniente.

Y como César, al salir, había tomado ya el camino del Sur, Crisp agregó:

-Veo que sigue usted mi camino.

-Sí, eso parece -respondió César, disimulando su malhumor por aquel inde-seado encuentro.

-¿Va muy lejos? -siguió preguntando Crisp.

-A Capistrano -suspiró César.

-¿Sin ninguna escolta?

-No. No llevo escolta.

-Hace mal. Estos caminos no están muy seguros. Aunque tal vez para usted sí lo estén.

-Dicen que Dios protege a la inocencia -sonrió César-. Tengo fe en los viejos adagios, porque todos están basados en la realidad.

-Los tiempos cambian -replicó Crisp-. No se fíe.

Avanzaban uno al lado del otro, seguidos a corta distancia por el corneta de órdenes, por un sargento y por el resto de los soldados, que también iban charlando entre sí.

-Los tiempos sólo parecen cambiar. En realidad, lo que ocurrió anteayer se repite pasado mañana. Dicen que no es bueno lo que es nuevo. Cada primavera es distinta del anterior invierno; pero idéntica a la primavera pasada. Si usted ha leído a los clásicos griegos habrá observado que varios cientos de años antes de Cristo ya existían los mismos problemas que se plantean ahora.

-¿Qué opina usted de Artigas? -preguntó Crisp.

-¿Cree que mi opinión puede servir de algo?

-¿Por qué no? Podría darme una idea acerca del hombre a quien debo prender.

César se volvió hacia la tropa que seguía detrás y después preguntó a Crisp:

-¿Lo piensa prender con veinticinco soldados?

-Sí, con estos veinticinco soldados. ¿Le parece que no podré conseguirlo?

-Estoy seguro de que no lo conseguirá.

-¿Duda del valor de los soldados norteamericanos? ¿O es que ha

tomado en serio la información publicada por *El Clamor Público*?

-No dudo de su valor ni tomo por completo en serio a los redactores del periódico.

-Entonces...

-Conozco esta tierra y ustedes no la conocen. Don Heriberto también la conoce. Claro que guerreando se aprende a hacer la guerra. Dentro de unas semanas o unos meses la práctica les habrá enseñado cómo hay que luchar. Si para entonces aún se halla usted vivo, quizá logre detener a Artigas; pero, entretanto, si se admitieran apuestas yo las haría a favor de él.

-Tendré mucho gusto en demostrarle que se halla en un error.

-Sería una suerte para usted que me lo pudiera demostrar.

-Usted es amigo nuestro, ¿verdad?

-Soy amigo de todos los que no son mis enemigos.

-¿Es enemigo suyo Artigas?

-Creo que no.

-Entonces... ¿es que se considera amigo suyo?

-No soy su enemigo -replicó César, maldiciendo mentalmente al hablador oficial.

-¿Quiere decir que en esta contienda se mantiene neutral?

-Mi deseo es ser neutral en todas las luchas violentas.

-Todo cuanto dice *El Clamor Público* es mentira.

-Yo no tengo ninguna fe en la letra impresa. Hay cosas que se comprenden en seguida.

-Me han ordenado que ahorque a Artigas en cuanto lo tenga en mis manos.

-Sospecho que él hará lo mismo con usted, si le coge.

-No me cogerá.

-Si penetra usted en las montañas detrás de él, Artigas tendrá más posibilidades de ahorcarle que usted de detenerle.

-No se puede comparar el arte militar con la improvisación guerrillera.

-No, no se puede comparar -replicó, irónicamente, César.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Crisp, advirtiendo la burla.

-Si a mí me preguntasen quién iba a vencer en una batalla entablada entre un buen general con pocos soldados y un mal general con muchos, diría que el triunfo sería del buen general; pero, en cambio, si la lucha estuviese formalizada entre un buen general y un buen guerrillero, diría que el vencedor sería aquel que más suerte tuviese. Es tan distinta la manera de pelear de unos y de otros, que sólo la fortuna puede decidir la victoria.

-¿Insiste en que Artigas me puede vencer?

-Sí.

-¿Se alegraría?

-No.

-¿Por qué?

-Porque perdería a un amigo.

-¿Puede darme algún consejo?

-Si lo hiciese dejaría de ser neutral.

-Esta noche la pasaremos en San Gabriel. Mañana daremos unas batidas por los alrededores. Ya hay otras fuerzas que persiguen a Artigas por las montañas; pero son poco importantes. Las hemos enviado para que Artigas las busque y termine por caer contra nosotros.

-Hermosa tarde, ¿no?

-¿Por qué lo dice?

-Porque es hermosa.

-Pero estábamos hablando...

-Usted hablaba de lo que le interesa. Yo hago lo mismo.

-Dicen que usted es amigo nuestro. Usted también lo ha dicho. Usted conoce estas regiones. ¿Por qué no nos ayuda?

-Cualquier indio les ayudará mejor que yo. Y sólo tendrán que darle una botella de licor y unos cigarros.

-No me fío de los indios.

-Hace mal. Son pocos los que sienten simpatía por don Heriberto. Le ayudarían muy bien.

-Me fío más de los blancos. Los indios no son buenos. En la academia nos decían que un indio sólo es bueno cuando está muerto.

-¿No cree, teniente, que viajaría más velozmente si se adelantara con sus hombres? Yo no tengo prisa alguna y me está usted haciendo marchar como si se hubiera incendiado mi casa.

-Iremos más despacio -replicó Crisp-. No quiero dejarle sin protección. Puede haber gente de Artigas por aquí y... ya me entiende, ¿no?

-Le entiendo, aunque está usted equivocado, teniente -replicó César-. ¿Sabe cuál es una de las medidas elementales de precaución contra los rayos cuando le sorprende a uno una tormenta en pleno campo? Pues no colocarse junto a ningún árbol. Los árboles atraen al rayo, y los uniformes azules atraerán a Artigas. La verdad es que no me siento seguro a su lado, a pesar del número de hombres que le acompaña. Estoy temiendo que de un momento a otro descargue el rayo.

-Si he tratado de acompañarle ha sido por su bien -respondió, altivamente, Crisp.

-Y yo agradezco su buena intención; pero... La verdad, preferiría viajar solo. Y no lo tome como una ofensa personal.

-No; lo tomaré como una muestra de aprecio. Buenas tardes, señor.

-Adiós, teniente. Hasta la vista. Y siga el único consejo que le puedo dar. No hable tanto. No explique a nadie lo que piensa hacer. Debieron habérselo advertido en la academia.

-Señor Echagüe: cuando fui destinado a California se me repitió hasta la saciedad que debíamos ser amables con los californianos, ganarnos sus simpatías y evitar los choques con ellos. Estoy tratando de cumplir esas órdenes; pero me cuesta mucho hacerlo.

-Lo imagino. Siempre ha costado más ser sensato que insensato. -Al decir esto, César sonrió alegremente.

-A usted no le cuesta mucho ser sensato.

-No. Es mi mejor cualidad.

-¿Sabe cómo llamamos en nuestra tierra a la sensatez?

-¿Cómo la llaman?

-Cobardía. -Y el teniente Crisp no sonrió al pronunciar estas palabras.

-¡Qué originales! -replicó César-. Son ustedes un pueblo muy curioso.

-Si quiere que le dé una satisfacción por mis palabras, estaré a sus órdenes cuando regrese con Artigas.

-Me ofrece usted una fácil oportunidad de mostrarme valiente; pero mi prudencia va muy lejos y, por si llegara a ocurrir un milagro, prefiero no aceptar su oferta. Adiós, teniente.

Crisp no respondió. Picando espuelas a su caballo adelantóse sin volver la cabeza. Los soldados hicieron lo mismo y César de Echagüe quedó atrás. Al poco rato los jinetes habían desaparecido camino adelante.

El teniente estaba tan furioso que obligó a su caballo y a sus soldados a avanzar a un paso vertiginoso, llegando ante el curioso y bajo campanario de San Gabriel, con sus seis distintas campanas, una hora antes de lo que había calculado.

El franciscano que tenía a su cargo la Misión salió al encuentro de los soldados, atraído por el galope de sus caballos.

-Necesitaremos alojamiento para esta noche, padre -dijo Crisp.

-No se lo puedo ofrecer muy bueno, teniente.

-No importa. Un techo que nos cubra es todo cuanto necesitamos.

-Tal vez estarían mejor en el pueblo.

-Sólo le molestaremos esta noche. Perseguimos a unos bandidos.

El franciscano vaciló. No podía hablar porque exponía la vida de unos hombres que eran de su propia raza; pero también le repugnaba exponer la vida de otros hombres que, si no eran de su raza ni de su religión, en cambio eran, según Dios ordena, hermanos suyos.

-Es mejor que siga su camino, teniente. Aquí carecemos de todo.

-Traemos víveres suficientes, padre -contestó Crisp. Después señaló un viejo edificio, aislado, a alguna distancia de la Misión-. Allí nos podremos instalar. Perseguimos a Heriberto Artigas.

El franciscano dirigió una rápida mirada a un hombre que, a corta distancia, estaba arreglando su caballo. Era un mestizo y no parecía sentir ningún interés por lo que hablaban el fraile y el teniente. El viejo fraile esperó unos instantes. El mestizo volvió al fin la cabeza y apartóse del caballo, como dispuesto a esperar.

Crisp no aguardó más. Le habían aconsejado que tuviera el mayor respeto posible con los ministros de la religión predominante en California; pero también le previnieron de que no debía dejarse dominar por ellos. Ya había pedido cortésmente. Ya había cumplido la orden. Ahora debía demostrar que si estaba dispuesto a ser cortés, no por ello dejaba de ser el amo. Había pedido alojamiento. Lo había elegido. Y ahora iba a ocuparlo. Saludando militarmente y con una ligera inclinación de cabeza al fraile, hizo que su caballo diera media vuelta y se dirigió hacia la casa en que se instalarían él y su gente.

El fraile miró al mestizo y éste le devolvió la mirada, luego avanzó

hacia él y en voz baja le advirtió:

-Si nos traiciona...

-Ya viste que no os traicioné.

-Pero estuvo a punto de decir demasiado.

-No. Dile a don Heriberto que no intente nada contra ellos.

-Don Heriberto vendrá a verle. Mírele.

Un jinete se acercaba sin prisa a la Misión. Se cubría con un ancho sombrero e iba embozado con una larga capa parda.

-Buenas tardes, fray Eusebio -saludó, desmontando.

El franciscano miró hacia donde estaban los soldados.

-No tema por mí -sonrió Heriberto Artigas-. No imaginan que me tienen tan cerca.

-Corres peligro.

-Seré prudente.

Artigas volvióse hacia el mestizo y agregó:

-Apártate un poco. Debo hablar con el padre.

Se alejó el mestizo y Artigas prosiguió:

-Le estuve viendo con el catalejo, fray Eusebio. ¿Por qué vacilaba?

-Temía por ti y por ellos.

-¿Por qué temer por ellos? Son nuestros enemigos.

-Nuestra religión nos obliga a amarlos mucho más por eso, porque son nuestros enemigos.

-¿Ha estado usted a punto de decirles que yo iba a llegar?

-Ño. Quise que se alejaran porque me das miedo. Has de prometerme que no intentarás nada contra ellos.

-Son mis enemigos y yo soy un hombre, no un santo. Existe una guerra entre ellos y yo.

-Pero que esa guerra sea noble, ya que no puedes evitarla.

-Pertenezco a una raza noble, fray Eusebio. Ellos han de decidir la clase de guerra que ha de haber entre nosotros.

-Ya que no les dije que tú estabas cerca, al menos prométeme que mientras estén aquí no los atacarás.

-¿Y si no lo prometiese?

-Mi deber es advertirles de que están en peligro.

-¿Sabe a lo que le expone una traición así?

-Debo evitar que se derrame sangre. Si no me das tu palabra de honor les diré en cuanto te hayas alejado, que Heriberto Artigas se dispone a atacarlos esta noche. Ya estás prevenido. Si atacas te recibirán con las armas en la mano. No habrá ventajas para ninguno de los dos. Ahora vete.

-Es usted un santo, padre. Creo que desaprovecha su bondad; pero usted gana. Le doy mi palabra de honor de que no les atacaré mientras estén aquí.

-¿Te atreverías a jurarlo sobre este crucifijo? -Y fray Eusebio mostró a Artigas el crucifijo de ébano y cobre que pendía de su cuello.

Por toda respuesta Artigas apoyó la mano sobre el crucifijo y declaró:

-Lo juro.

-Que el Señor te guíe, hijo mío -replicó fray Eusebio.

-¿Me puede dar las raciones que le envié a pedir?

-Sí. Acompáñame. Ya no nos queda mucho; pero podré ayudarte.

Seguido por el proscrito, fray Eusebio se dirigió al almacén de la Misión. Sesenta años antes en aquel almacén se amontonaban hasta el techo los víveres y los demás productos de la tierra. Ahora sólo una mínima parte del mismo estaba ocupada por unos sacos de fríjoles, otros de harina, varios barrilitos de vino y unas barricas de manteca. Del techo colgaba tocino curado.

Heriberto Artigas indicó lo que necesitaba. Luego, ayudado por el mestizo, cargó sobre un caballo un saco de harina y otro de fríjoles, así como unos pedazos de tocino y una barrica de manteca.

-Gracias, padre -dijo Artigas, besando la cruz sobre la cual había jurado.

-Adiós, hijo mío. Y que Dios te proteja.

Cuando se alejaba de la Misión de San Gabriel, Artigas pensó que si Dios debía proteger a alguien, este alguien debía ser fray Eusebio, cuya vida se hallaba muy en peligro.

-Basilio -llamó, dirigiéndose al mestizo, cuando ya habían dejado atrás la casa donde se estaban instalando los soldados.

-Dígame, patrón.

-¿Tienes confianza en fray Eusebio?

-No -replicó, el mestizo.

-Yo tampoco. Estoy seguro de que se propone descubrirnos a los soldados. Querrá ganar algún premio.

-Estoy seguro.

-Deberías evitar que hablase.

La mano del mestizo se acercó al lugar donde Artigas sabía que guardaba su cuchillo.

-¿Así?-preguntó.

-Es un buen remedio para los que hablan demasiado. Ya sabes que pago bien a los que bien me sirven. Pero no te des prisa. Aguarda a que se cierre la Misión. Entonces... ya sabes. Vuelve al campamento y habla conmigo. Sólo conmigo. Con una misma piedra mataremos dos pájaros.

Y Artigas soltó una alegre carcajada.

Luego comentó:

-Es para nosotros una suerte que *El Coyote* haya muerto. A él no le hubiese gustado esto.

Basilio sonrió mostrando sus amarillos dientes.

-Pero aunque viviese no me daría miedo -dijo.

-Claro que no; pero así te da menos miedo, ¿no es cierto?

Siguieron marchando y al llegar a las estribaciones de la sierra, Basilio se despidió de su jefe y regresó hacia San Gabriel.

Capítulo XI

El Coyote en campaña

Eran las ocho de la noche y la calle estaba desierta. Era necesario ahorrar cera y aceite, y los habitantes del barrio indígena se acostaban temprano. Tan sólo en unas pocas casas brillaban pálidas luces. *El Coyote* se detuvo ante la puerta de la casa de Adelia y llamó con los nudillos. Como si le hubieran estado esperando, la puerta se abrió y el jinete penetró en el zaguán. Adelia cerró tras él.

-¿Están los Lugones?

-Sí, patrón.

-Di a Evelio y a Leocadio que se preparen para acompañarme.

Desmontó *El Coyote* mientras Adelia marchaba a cumplir su encargo. Un momento después reapareció, inesperadamente, acompañada por los cuatro hermanos.

-Dicen que quieren acompañarle todos -declaró Adelia.

-Tres podemos pasar más inadvertidos que cinco -replicó *El Coyote-.* Además, no quiero que se sospeche de vosotros. Que Juan y Timoteo vayan a vigilar la hacienda de don Goyo. Evelio y Leocadio me acompañarán. Dentro de unos días vosotros les relevaréis. Preparadlo todo. Especialmente las armas. Vamos hacia San Gabriel y hemos de llegar lo antes posible.

Los dos hermanos necesitaron muy poco tiempo para estar listos. A las ocho y veinte minutos tres jinetes abandonaban la calle y poco después salían de Los Ángeles en dirección a San Gabriel.

* * *

Luis Martos había reunido veinte hombres en menos de tres horas. Pastores, pequeños rancheros, vaqueros y cazadores se unieron a él en cuanto les contó lo que había ocurrido en el rancho de don Heriberto. Eran gente brava, acostumbrada a la vida difícil, a comer y a resistir toda clase de fatigas sin perder el humor ni la alegría.

Dirigiéronse a la ermita que indicara Artigas y llegaron a ella antes que el mensajero que debía guiarles hasta el campamento del proscrito. Cuando apareció aquel hombre asombróse al ver ya reunida tanta gente.

-El patrón no esperaba que estuviesen listos tan pronto -dijo-. Les aguarda cerca de San Gabriel.

-¿Habrá armas largas para todos? -preguntó Luis-. Mi gente ya tiene, pero son armas antiguas.

-No se apuren. Hay de todo para todos. Y si llegamos a tiempo habrá choque con los yanquis. Han enviado a una patrulla hacia allí.

En California un caballo valía entonces muy poco. El tener uno estaba al alcance de cualquiera que supiese manejar el lazo. Los montes estaban llenos de potros salvajes a los cuales había que perseguir a

veces a tiros, pues llegaban a constituir un peligro para los rebaños. Por eso cada uno de los hombres que Luis Martos, con su impetuosidad, había unido a las fuerzas de Artigas iban bien montados, aunque mal armados.

En continuo galope descendieron hacia San Gabriel, llegando, cuando ya era de noche, al campamento que los de Artigas habían establecido a una legua de la Misión.

Artigas les recibió jubiloso.

-Bien, muchachos, bien -felicitó a Luis-. Veo que no me equivoqué al juzgarte. Quizás esta noche tengamos la oportunidad de enfrentarnos con nuestros enemigos. Estoy esperando los informes de uno de mis hombres a quien he enviado allí a que los vigile. Mientras tanto comed algo.

-He prometido a mis amigos que les proporcionaría usted armas buenas.

-Si todo sale bien, mañana tendrán armas excelentes -replicó Artigas-. Por esta noche no las necesitan. Con las que tienen les basta.

-Pero ¿las tendremos mañana?

-Sí. Aunque fallasen mis planes, las tendrán. Dejad descansar a los caballos, porque al amanecer pienso atacar a los yanquis.

Luis Martos y sus compañeros se instalaron alrededor de una hoguera después de recoger la comida que se había preparado para ellos, consistente en tortas de harina con tocino, fritas en manteca.

Cuando terminaban de cenar oyóse un vivo galope y a la luz de las hogueras se vio llegar a un jinete que desmontó de un ágil salto frente a Heriberto Artigas, con quien habló un momento en voz baja. Así que terminó, Artigas levantó las manos y, yendo hacia el grupo formado por los californianos de Martos, anunció:

-Ha ocurrido lo que me temía, muchachos. Un grupo de soldados al mando del teniente Crisp, que me persigue despechado por no haberme podido capturar cuando atacó mi rancho, llegó esta tarde a San Gabriel y se instaló en una de las dependencias de la Misión. Creyendo que fray Eusebio podía saber algo de nosotros le interrogaron, y luego, sin duda para apoderarse de alguno de los objetos de valor que aún quedan en la Misión, le han asesinado. Basilio lo ha visto.

Gritos de furor brotaron de las gargantas de los californianos.

-¡Venganza! ¡Venganza! -clamaban.

-Calma -ordenó Artigas-. Vengaremos a fray Eusebio; pero hemos de procurar que la venganza sea efectiva y eficaz. Atacaremos mañana al amanecer. A las tres de la madrugada saldremos hacia la Misión. Iremos despacio y sin hacer ruido. Antes de que empiece a clarear el día rodearemos la casa y a una señal atacaremos por los cuatro lados.

-Nosotros iremos en vanguardia -declaró Martos.

-Habrá un puesto para todos -replicó Artigas-. Ellos son veintiséis. Nosotros seremos más de cincuenta. No se han de hacer prisioneros. Quienes a hierro han matado a hierro han de morir. Descansad, si podéis. Pensad que os serán necesarias todas vuestras fuerzas.

Acompañado de Basilio y de otros dos de sus hombres, Artigas se

retiró a la cabaña que se había improvisado para él. Cinco centinelas mantenían a distancia a los curiosos.

Basilio anunció en voz innecesariamente baja:

-La diligencia se quedó en la casa que ocupan los soldados. El teniente insistió en ello.

Artigas frunció el ceño.

-Entonces habrá que retirar a los hombres que colocamos en el camino.

-Si quiere los iré a avisar.

-Es mejor. Ve en seguida y dirigios a San Gabriel por la carretera. Esperad nuestra llegada junto al álamo roto.

Partió Basilio para su nueva misión y Artigas se dirigió a los otros dos hombres. En defectuoso inglés explicó:

-Ya había yo previsto eso. Crisp no ha dejado que la diligencia siguiera su camino. Sin duda, llevaba órdenes de evitarlo.

-Entonces... no nos perseguía a nosotros -dijo uno de los dos hombres.

-Creo que no. En la diligencia se transportan doscientos mil dólares en oro desde San Diego a Los Ángeles. Es dinero del Gobierno y debía ir custodiado por cinco soldados y un sargento. Diez hombres hubiesen dado buena cuenta de ellos, pero al ocurrir lo mío han tenido miedo y, fingiendo que enviaban un escuadrón contra mí, lo que han hecho ha sido enviar una escolta más numerosa para proteger ese oro. Al mismo tiempo supusieron que yo, al enterarme de que me perseguían los soldados, me dirigiría hacia el monte y de esa forma dejaría libre el paso al oro. Se han equivocado.

-¿Y no sería mejor atacarlos por el camino? -preguntó el otro compañero de Artigas.

-No. Debéis tener en cuenta que en esta tierra nadie nos apoyaría si creyesen que no peleamos por la gloria de California. Asaltar diligencias es cosa de bandidos. Vengar a un fraile asesinado es una empresa propia de un californiano. Dentro de pocos días toda California sabrá que Artigas y su gente han vengado el asesinato de fray Eusebio.

Los dos norteamericanos se echaron a reír.

-Es una buena idea -dijo uno-. En todos los ranchos nos recibirán como liberadores.

-Nos darán todo cuanto necesitemos; pero hay que ocultar lo de la diligencia. No conviene que ese ingenuo de Martos lo sepa. Mientras él se bate con los soldados, nosotros nos llevaremos la diligencia a un sitio seguro y esconderemos el oro. Yo calculo que con un poco de buena suerte en un año seremos riquísimos. Luego, si todavía quedan algunos californianos entre nosotros, los haremos caer en una emboscada de los soldados y dejaremos que los exterminen. Pero no se lo digáis a nadie. Ni siquiera a lo» otros. La parte del león nos corresponde a nosotros. A ellos, con cien pesos por cabeza les pagamos de sobra.

-¿Y el resto?

-Tres partes iguales. Una para ti, Mark, otra para ti, Harries, y otra para mi.

-¿Y si uno de nosotros muere en el combate? -preguntó Mark.

-Debemos evitar que así suceda; pero si ocurriese, el que cayera no podría disfrutar de su parte, se sobreentiende. Ahora vamos a planear el ataque. No olvidemos que los soldados no son como nosotros. Ellos tienen una idea equivocada. Nos han visto huir una vez. Nos desprecian. Es una suerte para nosotros y será una desgracia para ellos.

Artigas estuvo detallando el plan a sus dos lugartenientes. A la una de la madrugada se despidió de ellos y se dispuso a dormir un par de horas antes de emprender la marcha hacia San Gabriel.

Hubo un momento en que le pareció oír un leve rumor de hojas movidas. Pero sin duda se trataba de un animal nocturno, ya que su cabaña estaba bien custodiada. Nadie se podía acercar a ella sin ser visto.

* * *

Leocadio contó detalladamente cuanto había oído. *El Coyote* cerró furioso los puños y vaciló unos instantes.

-Vayamos ante todo a la Misión Quiero asegurarme de que fray Eusebio ha muerto.

-Me dieron ganas de matar a Artigas -aseguró Leocadio.

-Hiciste bien en no dejarte llevar de tus impulsos -replicó *El Coyote-.* Ese hombre me pertenece. Vamos.

Montaron a caballo y galoparon por los lugares cubiertos de hierba, a fin de ahogar el batir de los cascos de sus caballos, dirigiéronse hacia la Misión. La puerta de la iglesia estaba cerrada; pero encontraron abierta la de la sacristía. Dejando los caballos al cuidado de Evelio, *El Coyote* y Leocadio penetraron en la vieja Misión. El enmascarado conocía perfectamente aquella casa. A la débil luz de una vela que encendió en la sacristía llegó recto a la humilde habitación de fray Eusebio.

Este se encontraba tendido en la cama, y, de momento, era tanta su palidez y tan abundante la sangre que manchaba las pobres ropas del lecho, que, efectivamente, parecía muerto. En su pecho se veía hundido hasta la empuñadura un cuchillo.

-Hay esperanzas -dijo *El Coyote* en cuanto vio cómo estaba clavado el cuchillo-. No le ha atravesado el corazón.

-Yo diría que está muerto -musitó Leocadio-. Eso lo ha hecho el canalla de Basilio, el mestizo de Artigas.

-No. Artigas es el verdadero culpable.

El Coyote se arrodilló junto a la cama y aplicó el oído al pecho del franciscano.

-El corazón todavía le late -dijo.

-Avisaremos a un médico... -empezó Leocadio.

-No lo hay aquí, ni cerca. Y si lo dejamos en la Misión, Artigas lo rematará. Hay que llevarle a Los Ángeles.

-¡Imposible! ¡Se nos morirá por el camino!

-Muerto por muerto vale la pena hacer la prueba. A las diez de la mañana puede estar en el rancho de San Antonio. Es el primero de

confianza que se encuentra. El señor de Echagüe le atenderá y le defenderá. Tu hermano y tú lo llevaréis allí. Va a ser difícil; pero no queda otro remedio. No me atrevo a arrancarle el cuchillo. La hemorragia podría ser fatal. Mientras el arma siga clavada impide la salida de la sangre.

-¿Lo llevamos en un carro? -inquirió Leocadio.

-No. Los traqueteos le matarían. En algún sitio de la Misión hay hamacas indias. Colgaremos una de ellas entre los dos caballos y a fray Eusebio lo colocaremos en ella. Marchando sin demasiadas prisas no le ocurrirá nada. Es lo único que se puede hacer. Dios le protegerá. Ven.

Recorrieron tres habitaciones y en la última hallaron un montón de hamacas de hilo tejidas muchos años antes por los indígenas que estudiaban oficios en la Misión. *El Coyote* eligió la que juzgó más resistente y más larga y salió con ella adonde esperaba Evelio, junto a los dos caballos. Con unas cuerdas la hamaca fue atada a la parte trasera de la silla de Evelio y a la delantera de la silla de Leocadio.

-Tendréis que mantener los caballos a la misma marcha. Tú, Leocadio, no debes ir más de prisa que tu hermano. Vayamos en busca de fray Eusebio.

Los tres entraron en la casa y con todo cuidado sacaron al herido. Era un milagro que no hubiese muerto, pues su palidez era tan extrema que se advertía, incluso, en la oscuridad de la madrugada.

Con unas mantas indias *El Coyote* arregló una colchoneta para el franciscano. Con otra improvisó una almohada. Por fin, fray Eusebio fue tendido en la hamaca, entre los dos caballos.

-Iré a buscar licor -siguió el enmascarado-. Cada hora le haréis beber un poco. Tan pronto como lleguéis al rancho de San Antonio uno de vosotros irá a buscar al doctor García Oviedo; él quizá pueda hacer algo por este pobre hombre. Decid que llegasteis aquí persiguiendo a alguna res fugitiva, o que ibais a ver a algunas chicas, o lo que os parezca. Y que al entrar en la Misión hallasteis a fray Eusebio malherido y que le llevabais a Los Ángeles; pero como teníais miedo de que muriese antes de llegar allí, pensasteis en dejarlo en el rancho.

-El hijo del señor de Echagüe quizás se enfade -advirtió Leocadio.

-No lo creo; pero aunque así fuera me tiene sin cuidado. Su padre es el amo y se impondrá. No mencionéis a Artigas para nada. Y mucho menos me nombréis a mí. Para todos debo seguir muerto, por ahora.

-Bien, patrón. No tenga miedo. Ya sabe que somos de confianza.

-Pues a demostrarlo. Buen viaje. Y pensad que de vosotros depende la vida de ese hombre que siempre ha sido bueno con todos.

Los dos hermanos montaron a caballo y, saludando con la mano a su jefe, emprendieron el camino de Los Ángeles, siguiendo un sendero que se unía con la carretera principal mucho más allá del álamo roto, junto al cual esperaban los hombres de Artigas que debían haber detenido la diligencia.

* * *

El teniente Crisp estaba muy inquieto. Tenía la seguridad de que

el plan que le confiaran sus jefes saldría a la perfección, pero, de todas formas, no se sentiría tranquilo hasta que se hallase de nuevo en Los Ángeles.

Había dormido un par de horas y ahora, a las tres de la madrugada, recorría los alrededores de la casa en que estaban sus hombres. Por su gusto hubiese regresado aquella noche a Los Ángeles; pero las órdenes habían sido categóricas. El regreso debería hacerse en pleno día, cuando pudieran vigilar los lados del camino y evitar una sorpresa.

Ahora, como ya había hecho otras dos veces, recorría el círculo de centinelas establecido en torno del edificio, comprobando que todos estaban en sus puestos. Sentía grandes deseos de fumar para calmar sus alterados nervios; pero se conformó con chupar un cigarro, sin encenderlo. Miró hacia Oriente. Aún faltaba bastante para que amaneciese.

-¿Puedo hablar con usted, teniente?

La voz sonó tan cerca de él que Crisp dio un respingo y buscó con nerviosa mano su revólver.

-Soy amigo, teniente -agregó la voz-. Si le hubiese querido hacer daño no necesitaba avisarle.

Crisp vio aparecer junto a él a un hombre cuyo rostro desaparecía tras el embozo de un oscuro sarape.

-¿Quién es usted? -preguntó, nervioso.

-Un amigo.

-¿Es usted californiano?

-A pesar de eso, en estos momentos soy su amigo. Mañana o pasado tal vez sea su enemigo.

-¿Le conozco?

-No.

-Entonces, ¿por qué se oculta el rostro?

-Porque podría reconocerme en otra ocasión. Se hallan ustedes en peligro.

-Ya lo sé.

-No, no lo sabe.

-¿Y usted sí?

-Sí. Entre otras cosas, sé que en esta casa tiene usted una diligencia cargada con doscientos mil dólares en oro que se envían desde San Diego a Los Ángeles.

-¿Cómo...? -empezó Crisp.

-No perdamos el tiempo en preguntas tontas. Lo sé y basta. Usted y sus hombres han sido enviados aquí, no a perseguir a Artigas, como usted ha querido hacer creer a todos los que le han escuchado, sino a proteger ese dinero del ataque de Artigas o de otros bandidos. Por eso ha hablado tanto de ahorcar a Artigas. Le ha querido dirigir hacia los montes, conservando así libre el camino en la parte más peligrosa del recorrido de la diligencia.

-Está usted soñando.

-Tal vez; pero, en ocasiones, soñando se adivina la verdad. Artigas también la conoce, y esta madrugada, cuando se haga de día, le atacará

con cincuenta o sesenta hombres.

-No lo creo.

-Ya ve que le doy pruebas de que estoy bien enterado de todo. Le atacarán en masa y ustedes les rechazarán fácilmente.

-Entonces...

-Les rechazarán fácilmente porque ése es el plan de Artigas. Y como usted se muere de ganas de ganar renombre, le perseguirá al frente de sus soldados. Entonces, en cuanto abandone la protección de la casa, Artigas dará media vuelta y todos serán aniquilados.

-Tiene usted una idea muy elevada de sus compatriotas.

-Y usted la tiene demasiado baja. Además, entre la gente de Artigas sólo hay unos treinta californianos. El resto son compatriotas de usted. Más astutos que sus soldados. Y quizá más valientes. Enciérrese en la casa, abra trincheras y limítese a rechazar los ataques sin abandonar sus posiciones.

-Yo no me encierro entre cuatro paredes como si me asustara un bandido cobarde que huyó cuando podía haber resistido fácilmente y muerto con heroísmo.

-Eso le demostrará que no es tonto. Podía haber resistido. Pudo haber encontrado una muerte gloriosa; pero lo cierto es que se le escapó con toda facilidad y que, en vez de dejar de ser un peligro, se ha transformado en un peligro mucho mayor.

-¿Pertenece usted a la banda?

-No. Yo no traiciono a mis amigos. Artigas es un canalla que va a comprometer el buen nombre de los californianos. Por eso estoy con ustedes, a pesar de que les odio tanto como a él.

-Extraña forma de demostrar ese odio.

-Tengo mis motivos.

-Pues yo le creo un traidor y le deten...

Mientras decía esto, Crisp llevó la mano a la culata de su revólver. Casi lo había desenfundado cuando en la oscuridad brilló el reflejo de una estrella en el cañón de un Colt apuntando a su corazón.

-No sea estúpido, Crisp -dijo el desconocido-. Le estoy dando una oportunidad de salvar el oro que le han confiado y de hacerse famoso. No me demuestre que es un imbécil que no sabe darse cuenta de cuando se le avisa por su bien.

El movimiento que el hombre había hecho al desenfundar el revólver hizo caer el sarape, y los ojos de Crisp, habituados ya a la oscuridad, vieron el antifaz que cubría la cara de su interlocutor.

-Parece usted... -empezó. Y en seguida desechó la idea-. No, *El Coyote* ha muerto.

-No ha muerto; pero si es usted un caballero no dirá a nadie que me ha visto vivo.

-¿Es posible...? Pero *El Coyote* odiaba a los norteamericanos.

-Les sigue profesando la antipatía lógica que todo californiano ha de sentir hacia ustedes. Pero, en la guerra, a los prisioneros se les respeta la vida y, en cambio, a los traidores, a pesar de que son de la propia nacionalidad, se les ahorca. Artigas es un traidor. Y voy contra él. Le mataré si no le matan ustedes. Luego, cuando él ya no exista,

seguiremos luchando nosotros. No olvide mis consejos. Adiós.

El Coyote dio dos pasos atrás y de un salto desapareció detrás de unos arbustos; luego se oyeron sus pisadas, alejándose, y Crisp vaciló entre seguirle o disparar contra él. Cuando decidió correr en pos del enmascarado comprendió que ya era demasiado tarde.

Regresó hacia la casa, muy perplejo e inquieto. ¿Y si el aviso era cierto? Mas, ¿y si se trataba de una añagaza de Artigas? Pero lo del oro era verdad. Sin embargo...

Existe una gran diferencia entre un teniente y un general. Al teniente se le exige valor. Al general se le exige serenidad. George Crisp no tenía serenidad. Le faltaban muchos grados para conseguirla. Debía ser capitán, comandante, teniente coronel y coronel. Y la experiencia que se adquiere con el curso de los años, experiencia que a él le faltaba por entero y que tanto necesitaba en aquellos momentos, debía pesar muy gravemente en sus decisiones.

Capítulo XII

La batalla de San Gabriel

Las nieblas del amanecer se pegaban al suelo, limitando la visión de los que avanzaban silenciosamente hacia la casa en que estaban albergados los hombres de Crisp. Artigas había dado las instrucciones necesarias a todos los suyos.

-Vosotros -dijo al grupo formado por sus veinte mejores tiradores- os colocaréis en la acequia de los frailes. Es una buena trinchera. Cuando ellos salgan en pos de nosotros, dispararéis sobre seguro. Conviene no desperdiciar ni un solo tiro.

A Luis Martos le indicó:

-Tenemos que asaltar la casa en que están los soldados. Aquí tienes veinte revólveres para tus hombres. La lucha será cuerpo a cuerpo y es el arma mejor. Llevad también vuestros cuchillos. Como ellos no esperan un ataque tan fuerte, seguramente no opondrán resistencia.

-Prefiero que la opongan -contestó Martos.

-Yo prefiero que la victoria sea fácil y cueste pocas vidas. La tuya, sobre todo, es muy valiosa.

Estaban junto a la Misión y Martos pidió:

-Quisiera ver el cadáver de fray Eusebio. Y que mis hombres lo vieran. Eso les enardecerá.

Artigas se dijo que era una buena idea y la aceptó.

-Entremos -dijo.

Seguido por Martos y los suyos, entraron en la Misión por la

sacristía. Martos le guió hasta el cuarto del franciscano.

-¡No está! -exclamó, al ver vacío el lecho-. ¡Pero esa sangre...!

-Lo habrán enterrado sus indios -dijo Artigas, algo inquieto por la desaparición del cadáver.

-Habrán querido curarlo -replicó Martos-. Pero no importa. Esa sangre será vengada. Vamos.

Artigas respiró, aliviado. Por un momentó había temido que parte de su plan se viniera abajo. La explicación que Martos había dado era lógica. Sin duda algunos indios de los que iban a primera hora a la Misión debían de haber llevado el cuerpo del franciscano a algún curandero de su tribu, para ver si podía curarlo. Artigas tenía demasiada fe en la firme mano de Basilio para dudar de que el fraile no estuviese muerto.

Salieron todos de la Misión y, siempre en silencio, fueron avanzando hacia la casa. A cincuenta metros de ésta debía de hallarse los centinelas. Convenía que no les descubrieran antes de tiempo. Instaló a sus tiradores en la acequia y a otros en puntos estratégicos desde donde pudieran disparar con toda facilidad sobre los soldados.

El sol naciente tiñó de rosa las altas nubes; pero la tierra seguía cubierta por el frío velo de la niebla. La casa se veía parcialmente entre los jirones de aquella niebla que pronto se iría levantando. Luis Martos sentíase dominado por un fuerte nerviosismo. Era, quizá, el miedo que sienten la mayor parte de los que van a entrar en combate y que se disipa al oír los primeros disparos y comprobar que no han sido fatales para uno.

Seguido por sus compañeros avanzó pegado al suelo, pisando suavemente, con silencio de lobos que se disponen a atacar. Cada uno empuñaba un revólver amartillado.

Unos pasos que sonaron frente a él le hicieron detener. Estaban ya en la línea de centinelas. Ángel Merino, uno de los primeros que se unieron a él y que ahora marchaba a su lado, le tocó en el hombro y, por señas, le indicó su deseo de encargarse de aquel trabajo. Enfundó el revólver y sacó un cuchillo de recia hoja; luego, agazapándose, aguardó unos segundos. Una vaga sombra surgió ante él, recortándose contra el cielo. Merino saltó como un jaguar y su mano descendió con vigoroso golpe. Oyóse un ronco estertor y el centinela se desplomó con el cuello atravesado por el cuchillo.

-Ya está -dijo Merino, secándose la mano en el uniforme del muerto-. Hay uno menos. Ha sido fácil. Y, sobre todo silencioso. Donde esté un cuchillo sobran todas las otras armas.

Merino había combatido en la guerra entre Méjico y los Estados Unidos. Habíase hallado en Chapultepec y en otros sangrientos encuentros. No era la primera vez que mataba a un hombre. Por ello sus nervios no sufrieron la menor alteración después de la muerte del centinela. En cambio, Luis Martos se había formado una idea muy distinta de la lucha entre los hombres. Contempló, espantado, el cadáver del centinela. No vio a un adversario feroz, sino a un muchacho de unos veinte años cuyo frágil cuello mostraba la dentellada del cuchillo de Merino. Sintióse vacilar, dominado por unas violentas

náuseas, y, más que por avanzar, por huir de aquel espectáculo, lanzóse hacia delante.

En todo encuentro guerrero hay una serie de imponderables que generalmente son los que deciden la batalla. Crisp había tomado algunas precauciones de acuerdo con los consejos del *Coyote;* pero no previo que uno de sus centinelas pudiera ser eliminado tan rápida y silenciosamente. Y por su parte, el azar quiso que muriera el centinela situado entre el final del parapeto que había hecho levantar frente a la casa y el ángulo norte de ésta.

Por la brecha abierta en la línea defensiva se deslizaron, sin sospechar lo que hacían, Luis Martos y sus veinte compañeros. Alcanzaron los muros de adobe de la casa, agrupándose debajo de un cobertizo de gruesos troncos de roble cubiertos de tejas. Encima de ellos, sin verles, en la azotea de la casa, estaban los mejores tiradores de Crisp. Desde allí debían dominar con sus tiros todos los accesos a la improvisada fortaleza. Todos menos aquel que habían alcanzado en pocos minutos los veintiún hombres.

Una larga y suave ráfaga de aire disolvió la niebla, dejando avanzar la cálida luz del sol. Martos y los suyos vieron ante ellos, apostados tras un parapeto hecho con adobes y sacos de trigo llenos de tierra, a unos veinte soldados con los fusiles apuntando hacia donde estaba el grueso de las fuerzas de Artigas. La distancia que les separaba de los más próximos era de unos cinco metros. Los más lejanos se encontraban a unos treinta. Todos miraban hacia donde estaban los de Artigas; pero nadie imaginaba que el enemigo se hallara ya a sus espaldas.

-¡Por fray Eusebio! -gritó Martos, saltando hacia los soldados.

Empezó a disparar y asombróse de lo fácil que era acertar a aquellos cuerpos tan grandes. Sus compañeros también disparaban. La confusión en el parapeto fue terrible. Desde la azotea partieron unos tiros. Luis sintió un roce caliente en el brazo izquierdo; pero ningún dolor. Siguió disparando pausadamente, y cuando se le terminó la carga del revólver recogió el de un sargento que había muerto sin tiempo para desenfundarlo.

Artigas se lanzó con toda su gente, incluso con los que estaban en la acequia, contra la casa. Sólo unos pocos disparos fueron dirigidos contra él. Dos de sus hombres cayeron por el camino. Uno muerto. El otro gritaba demasiado para que su herida fuese muy grave.

Saltaron el parapeto, que nadie defendía, y entraron en tromba en la casa. El teniente Crisp disparó tres veces y acertó una. Luego, un culatazo lo tumbó sin sentido. Los demás soldados se rindieron, a discreción.

El combate había durado cuatro minutos. Artigas tenía cuatro muertos y nueve heridos. Con Mark y Harries dirigióse a la diligencia y se aseguró de que el oro estaba en ella. Los tres se miraron satisfechos. Eran sesenta mil dólares para cada uno y el resto para los demás.

-Quedaos vigilándola -ordenó Artigas-. Voy a ver a los prisioneros.

-No olvides que las bocas más calladas son las de los muertos -recordó Mark.

Artigas se echó a reír.

-Estoy de acuerdo contigo.

Se dirigió hacia el grupo de prisioneros. De los treinta y dos hombres que se encontraban en la casa y en sus defensas, dieciocho habían muerto. Siete estaban heridos; el teniente Crisp empezaba a recobrar el conocimiento y seis estaban indemnes.

-El teniente nos servirá de rehén -dijo Artigas a sus hombres-. Los demás nos estorban.

De momento, Luis Martos no comprendió las palabras de Artigas; pero su significado no tardó ni diez segundos en ser evidente para él. Con sus largos cuchillos *bowie,* los mercenarios de Artigas se lanzaron contra los prisioneros y los heridos. Oyéronse horribles alaridos y carcajadas más horribles. En la casa ya no hubo heridos ni prisioneros. Sólo cadáveres. Y entre ellos el teniente Crisp, más lívido que los que ya habían muerto, se mordía los labios, incapaz de soportar tanto horror.

Luis Martos avanzó hacia Artigas. Su mirada se cruzó con la del teniente. Se habían visto algunas veces en Los Ángeles. Crisp le felicitó en una ocasión por lo bien que disparaba. Fue en el concurso de tiro donde el muchacho ganó cinco dólares. Ahora le miró fijamente. Luis comprendió que Crisp se arrepentía de haberle felicitado, de haber estrechado su mano. Los ojos de Martos expresaron un odio intenso; mas no contra Crisp, sino contra Artigas, el que había dado la orden de matar a los heridos y prisioneros. Pero Crisp no interpretó bien aquella mirada. Era un hombre impetuoso y se quiso abalanzar sobre aquel joven, a quien consideraba tan culpable como a los demás. Un golpe descargado por Artigas sobre su cabeza con el cañón del revólver que el proscrito empuñaba, dio en tierra con el teniente.

-¡Ha sido un crimen odioso, Artigas! -gritó Martos.

-No seas niño. ¿Crees que ellos hubieran tenido piedad de nosotros? ¿La tuvieron acaso de fray Eusebio?

-Pero ha sido un crimen.

-Es la guerra. Si no tienes corazón para hacerla, vuelve a tus ovejas. Nadie te ha obligado.

-Esto no es luchar noblemente.

-Es la única manera de luchar que nos está permitida. Ahora haz lo que te parezca.

Luis Martos comprendió que había calculado mal sus energías, incluso sus ideales. Él pensaba en un ejército brillante, con su bandera, sus jefes, su vistosidad, su heroísmo y su nobleza. No se detuvo a reflexionar que aquello no era posible luchando en los montes, como guerrilleros y, lo que era peor, como bandidos. Inclinó la cabeza y, sintiendo un peso horrible contra su pecho y su espalda, volvióse y se alejó poco a poco del escenario de la batalla. Artigas tenía razón. Debía volver con sus ovejas, a su vida de antes, junto a Esther.

Ninguno de sus amigos le siguió cuando, montado en su caballo, se dirigió hacia las montañas.

Artigas le vio alejarse y rió, despectivo.

-Los cobardes están mejor lejos que entre nosotros -dijo a los que estaban cerca de él.

-Yo ocuparé su puesto -dijo Merino-. Yo fui quien despenó al centinela. Luis siempre ha sido un idealista.

-Los idealistas se han hecho para ser derrotados -comentó Artigas-. Entre los vencedores no se sienten cómodos. ¿Cómo te llamas?

Merino dio su nombre.

-Pues tú serás el jefe. ¿Cuántas bajas habéis tenido?

-Sólo un muerto. Los sorprendimos tan por completo que sólo tuvieron tiempo de dejarse matar.

-La próxima operación será contra unos cuantos ranchos donde hay mucho dinero -siguió Artigas-. Son patriotas tibios a los que hemos de convertir en entusiastas contribuyentes de nuestro ejército. El rancho de los Echagüe nos tendrá de huéspedes por una noche, mientras los soldados nos buscan hacia la frontera, pues creerán que hemos pasado a Méjico. Ahora atad a ese teniente y metedlo en la Misión. Una de las celdas servirá de calabozo. Que se quede uno de centinela.

La orden fue obedecida inmediatamente. Artigas encendió un cigarro y, cogiendo el sable de Crisp, se lo ciñó a la cintura. Ya era un jefe glorioso. Ahora debía anunciar al pueblo de San Gabriel el motivo de la lucha y el porqué de la venganza.

Capítulo XIII

El héroe

Antes de alejarse hacia los montes, Artigas hizo atar los treinta y dos cadáveres, entre los cuales figuraban el del cochero de la diligencia y su ayudante, a otros tantos postes alineados frente a las campanas de San Gabriel. Sobre cada poste hizo colocar un cartel en el cual se leía:

Condenados y ejecutados por el asesinato de fray Eusebio, de la Misión de San Gabriel.

Hecho esto, Artigas y sus gente se alejaron del escenario de su victoria, llevándose en los caballos de la tropa las armas y el botín que habían ganado.

Desde un macizo de álamos, *El Coyote* les vio alejarse. Luego, dando un gran rodeo para no atravesar el sitio donde estaban los cadáveres, rodeados ya de curiosos, siguió, a prudente distancia, los pasos de las huestes del hombre que ya en San Gabriel recibía el calificativo de héroe de California.

* * *

La noticia del encuentro corrió por toda California como corre el fuego por un reguero de pólvora. Y aquella noche llegó al Rancho de San Antonio.

El anciano don César de Echagüe la escuchó de labios de uno de los que lo presenciaron.

-¡Les ha dado su merecido! -exclamó-. Quizá ha sido un poco demasiado duro al matar a los prisioneros; pero ellos hubiesen hecho lo mismo con él.

Dio unos pesos al que le facilitaba noticia y subió al cuarto donde fray Eusebio luchaba entre la vida y la muerte. Aquella mañana, a las once, lo dejaron allí los Lugones.

-Mi hermano y yo fuimos a ver a unas novias que tenemos en San Gabriel -explicó Leocadio-. Pero no nos esperaban y se habían ido con otros chicos. Entonces entramos en la Misión para pasar allí la noche y encontramos a fray Eusebio con un cuchillo hundido en el pecho. No sabíamos qué hacer, pero no hubiera sido cosa de cristianos dejarlo que se muriera como un perro. Como allí el único médico era fray Eusebio, y Capistrano o Bernardino estaban más lejos que Los Ángeles, lo trajimos hacia aquí. Por camino ha estado varias veces a punto de morirse. Y no sé si llegaría vivo al pueblo. Si usted lo quiere tener en su casa... Fray Eusebio era amigo suyo...

Don César les hizo callar, y con ayuda de Julián y Lupe llevaron al herido a uno de los cuartos. Leocadio fue luego en busca del doctor García Oviedo, que desde aquella tarde había permanecido junto al herido, extrayendo primero el cuchillo y conteniendo, después la hemorragia.

-Sólo un milagro le salvará -dijo al señor de Echagüe-; pero ya se ha producido el milagro al conseguir que llega vivo hasta aquí.

-Haga todo lo posible porque viva, doctor -pidió el dueño de la casa, llevando al médico hacia el salón-. Ya me han dicho quién intentó matarle.

-¿Algún vagabundo que quiso robar los candelabros de plata? -preguntó el doctor.

-No. Los yanquis. En ellos nada resulta sorprendente; pero se han llevado su merecido. Heriberto ha vengado al pobre hombre, aunque él le cree ya muerto.

El señor de Echagüe explicó al médico lo que sabía de la batalla y, contra lo que esperaba, García Oviedo movió dubitativamente la cabeza.

-Estas violencias no beneficiarán a nadie -dijo-. Los norteamericanos tratarán de vengar a los suyos. Dirán que ellos no mataron al fraile, y la verdad es que hasta ahora nunca habían intentado hacer el menor daño a los franciscanos de las misiones.

-No defienda usted a los yanquis delante de mí -prohibió el anciano.

-Don César: yo me tengo por hombre justo y doy a cada uno lo que es suyo. Tal vez hayan sido los soldados; pero no lo creo hasta que fray Eusebio nos lo pueda decir..., si es que puede.

-Si no le necesitara, le echaría de mi casa, doctor.

-No sea tan vivo de genio y, además, cuide ese corazón suyo, porque sus ojos me indican que si se lleva una emoción demasiado fuerte no la va a resistir.

-Dispense. Estoy nervioso. Mientras hay hombres que exponen su vida por nuestra patria, yo me he de estar aquí sin poderles ayudar.

-Usted ya ha hecho cuanto ha podido. Y ahora, como no creo que se produzca ninguna novedad, marcharé a mi casa a dormir un rato. Aunque la gente parece ignorarlo, los médicos también tenemos derecho al descanso. Creo preferible mantener secreto lo de que fray Eusebio está aquí. Por lo menos hasta que haya pasado el peligro. Las autoridades militares le querrían interrogar, si supieran que lo tiene usted en su casa.

-Ya les dije a los Lugones que se callaran. No me gusta la idea de que mi rancho se llene de uniformes extranjeros.

El doctor sonrió comprensivamente. Estaba acostumbrado al genio de aquel hombre que había pasado toda su vida tratando de mostrarse mucho más duro de lo que en realidad era.

-Tiene usted un corazón demasiado grande -dijo, al marcharse-. Y no en sentido figurado, sino en realidad. Un día le estallará.

-He vivido ya lo suficiente, y para que la vida me pudiera resultar agradable tendrían que cambiar mucho las cosas.

Riendo, el doctor replicó:

-Tendrían que cambiar sólo en un sentido, amigo mío. Ya verá cómo la vida resulta agradable tan pronto como se vea a punto de perderla. Sé de cientos de casos de gente que se estuvo queriendo morir hasta el momento en que se murió de verdad. En cuanto vieron que les llegaba su hora, todos estaban deseando vivir, aunque sólo fuese unos días más.

* * *

Al día siguiente, todo Los Ángeles comentaba la noticia y, como no podía por menos de ocurrir, los redactores de *El Clamor Público* le dedicaron tanto espacio en su edición española como poco espacio dedicado en la edición inglesa del mismo periódico, que se publicaba con el título de *The Star.*

Capítulo XIV

El regreso

Luis Martos llegó a la majada cuando el sol de mediodía caía de plano en ella. Desmontó frente a la cabaña de Pedro y se sentó en el

rústico banco que se hallaba junto a la puerta. Allí le encontró Esther, con el rostro entre las manos, sordo a cuanto ocurría a su alrededor, incluso a su llegada.

-Luis.

No la oyó hasta que Esther repitió por tercera vez su nombre. Al principio con alegría, luego con extrañeza y, por fin, con temor.

-¿Qué te ocurre?

-¡Oh, Esther! ¡Dios mío!

Ocultó su rostro contra el cuerpo de la joven, sin ver que vestía un traje nuevo y más bonito que los anteriores.

-¿Qué te pasa? ¡Contesta, Luis! ¿Qué tienes?

-Fui un loco. No debí marcharme jamás de aquí. Ha sido espantoso. Yo creí que era otra cosa.

Hablaba atropelladamente. La inquietud de Esther aumentaba por momentos.

-¿Estás enfermo?

-No. No. ¡Cuánto te he echado de menos! Deseaba volver a verte y no apartarme jamás de tu lado. ¡Te quiero tanto!

Estas palabras tan esperadas le producían a Esther ahora que las estaba oyendo, una emoción muy distinta de la que ella habíase anticipado. La asustaban, porque algo muy grave debía de haber ocurrido en la vida de Luis para que, de pronto, sintiera la necesidad de amarla.

Se sentó junto a él y le acarició los cabellos y las mejillas.

-Cuéntame lo que ha sucedido.

Luis se lo explicó. Al terminar sentíase más tranquilo, y Esther, en cambio, asustada que antes.

-¿No corres peligro aquí? ¿Y si saben..., si saben que tú interviniste en esa lucha?

-No lo sabrán. Tú no dirás nada a nadie, ¿verdad?

¿Cómo podía preguntarle semejante cosa? ¿Cómo era posible que temiese su indiscreción?

-No, Luis; ni con un tormento me arrancarían nada que te pudiese perjudicar. ¡Yo también te eché de menos ayer y esta mañana! Cuando te vi aquí pensé que eras un fantasma creado por mis ilusiones. Te pudieron matar...

-Cuando vi aquello lamenté que no me hubieran matado. Al menos no tendría este peso en mi conciencia. Hasta que muera veré ante mis ojos aquel horrible cuadro de cuando aquellos hombres hundían sus cuchillos en...

-¡Calla, por Dios! ¡No pienses más e eso! Olvídalo como si fuera un mal sueño, una pesadilla de las que a veces no asaltan en las noches malas.

-No puedo olvidar. Si cierro los ojos veo a aquel chiquillo, más joven que yo con el cuello ensangrentado, y a Merino secándose en su uniforme una mano tan roja como si la hubiera hundido en un charco de sangre.

-Te traeré algo de comer. Seguramente no has probado bocado desde que te fuiste, ¿verdad?

-Anoche comí algo. Ahora no tengo apetito. Más tarde. Pero si tuvieses algún licor...

-No, Luis. Yo creo que no debes beber. Aunque bebieses no olvidarías. Has de vencerte a ti mismo. Tú no has hecho nada malo. Vuelve a ser como eras.

-No volveré a ser el que fui. Estoy seguro. Algo murió en mí esta mañana.

-Yo haré que resucite, que vuelvas a ser como antes. Y cuando lo consiga no me importará que... que me vuelvas a ver como me veías.

-Nos casaremos. Te necesito a mi lado. Esther. Tengo miedo de estar solo.

-Serénate. No debes hablar así. Yo haré cuanto tú quieras. Te dedicaré mi vida, que en realidad no es mía, porque tú eres el dueño de ella.

Por fin sabía decir lo que deseaba. Las palabras fluían fáciles de entre sus labios. No llegaban con retraso, sino oportunas. Y era tanta su emoción, que ni siquiera lo advertía.

Cuando regresó Pedro a su cabaña y vio a su hija y a Luis, fue a hablar; pero los grandes ojos de la muchacha le pidieron silencio. No le fue fácil contener sus preguntas; pero lo consiguió, e incluso logró hablar con Luis como si no se hubiera enterado de que la noche antes y todo aquel día estuvo ausente de su puesto. Luego él fue quien preparó la cena, oyendo retazos de conversación que comprendía, aunque le alarmaron porque le hicieron ver que había ocurrido lo que su hija anhelaba.

-...¡Qué hermosa eres! He tenido que alejarme de ti para comprenderlo...

Y Esther:

-¡Cuánto he deseado oírte decir eso..., aunque no es verdad! Yo quisiera ser muy hermosa para que te sintieses orgulloso de mí...

Un nuevo problema entraba en la vida de Pedro. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que su hija ya era una mujer y no la niña que él había seguido viendo hasta unas horas antes.

«¡Mientras esto no la haga sufrir más!», pensó.

Aquella noche Luis durmió en la leñera. Esther le oyó varias veces despertarse gritando, como si le atacaran. Y pidió a Dios que todo aquel dolor que destrozaba a su amado le fuese traspasado a ella, para sufrir por él.

Al día siguiente, Luis volvió a vigilar el rebaño. Esther no bajó al rancho. Por un día no echarían de menos la leche. Tenía miedo de dejar solo al joven. Estaba tan poco habituado a sufrir moralmente... Los hombres físicamente fuertes suelen ser muy débiles cuando les asaltan los dolores que han despreciado tantas veces en los demás.

Durante toda la mañana le estuvo hablando de todo lo ocurrido. Era su gran obsesión.

-Te debo de parecer despreciable, ¿verdad? Otros han ido a la guerra y han vuelto sin que sus conciencias les atormentaran tanto.

-Yo creo que si después del primer combate les hubiesen permitido marcharse, todos sentirían lo que tú sientes -contestó Esther-

. Pero luego se deben de ir acostumbrando y la sangre no les debe de parecer sangre. Ni los cadáveres cuerpos que un día estuvieron vivos. Los deben ver como cosas que siempre han estado muertas, como vemos nosotros esas rocas y esos árboles.

-¿Crees que no debí volver?

-No. Lo que creo es que no debiste irte jamás; pero bendito sea Dios por haberte devuelto a mi lado.

Pedro, como padre prudente, llegó a mediodía y, con la excusa de que había que preparar los quesos, se llevó a su hija a la cabaña.

-No está bien que te vean tanto con Luis -la reprendió.

-Es que me necesita, papá –respondió Esther, con sus límpidos ojos, muy abiertos-. Me necesita.

-Él es quien debe resolver sus propios problemas, hija mía. Ese trabajo es de hombres, no de mujeres. Ayúdame a hacer los quesos. Luego podrás volver junto a él.

Pero cuando Esther regresó al sitio donde había dejado a Luis, no le encontró. Y no supo que había bajado al pueblo, a Los Ángeles, en busca de algo que le hiciese olvidar por unas horas, aunque no fuera más, su delirante obsesión.

Capítulo XV

El fugitivo

Desde la mañana, después del combate, hasta la noche, Artigas y su gente marcharon sin reposo. Tan sólo a los caballos se les permitió que bebieran agua. Los hombres, en todas aquellas horas, permanecieron montados, atentos solamente a interponer la mayor distancia posible entre ellos y San Gabriel.

George Crisp, con las manos atadas a la silla de montar y los pies sujetos uno al otro por una cuerda que pasaba bajo el vientre de su caballo, iba entre Artigas, Mark y Harries. Ninguno hablaba; Crisp, porque estaba demasiado afectado por lo ocurrido a su gente; los otros porque no querían que el teniente averiguara nada acerca de sus secretos.

-Puede llegar un momento en que la vida de ese oficial sirva para comprar la nuestra -había dicho Artigas, y todos estuvieron de acuerdo con él.

Al anochecer llegaron a los montes de Peñas Rojas, y entre los árboles establecieron su campamento. Se prohibió que se encendiesen hogueras, pues se corría el peligro de que las descubrieran desde Los Ángeles, atrayendo así a las patrullas que tal vez rondaban aún por allí, aunque lo más probable era que todas las fuerzas se hubiesen dirigido

hacia San Gabriel.

Crisp fue bajado del caballo y, bien custodiado, obtuvo permiso para dar un corto paseo que devolviera la circulación a sus entumecidos miembros. Después fue atado de nuevo y quedó al pie de un árbol, en el centro del campamento, custodiado por Basilio, que durante más de dos horas, insensible, como los demás, al cansancio del viaje, estuvo afilando su cuchillo en una piedra que de cuando en cuando humedecía con saliva.

-Es un buen cuchillo -dijo una vez-. Si tengo que utilizarlo contigo, yanqui, te resultará demasiado bueno. Se hundirá en tu carne como si la tuvieses de manteca.

Crisp se volvió para evitar la mirada del mestizo y, en el mismo instante, tuvo la seguridad de haber visto moverse un cuerpo humano. Debía de ser alguno de los miembros de la banda de Artigas. Pero mientras mantenía la mirada fija en el punto donde había percibido el movimiento, lo advirtió de nuevo. Y esta vez, inconfundible. Alguien se deslizaba hacia él.

El teniente no abrigaba ninguna esperanza de salvación y el temor de que se tratara de alguien que pretendía matarle no le resultó muy descabellado. Entre aquellos asesinos cualquier cosa era de temer. Especialmente después de haber visto cómo trataban a los prisioneros de guerra.

Volvióse y notó que Basilio no había visto nada. ¿No le convendría avisarle? pero, ¿no sería la muerte una liberación de aquel tormento? Le habían deshonrado y pretendían deshonrarle más.

Uno de los durmientes se incorporó, muy cerca de donde ellos estaban.

-¡Estoy molido! -gruñó, en español-. He dormido sobre una piedra como un huevo, Basilio.

-Calla y deja dormir a los demás -replicó Basilio, sin volver la cabeza.

La figura del que se había levantado quedaba silueteada contra el fondo vaga-mente más luminoso del cielo. Crisp le vio acercarse a Basilio y, de súbito, lanzarse sobre él y, mientras con la mano izquierda le tapaba la boca, con la derecha le hundió en el corazón la brillante hoja de un cuchillo que, al salir, ya no brillaba.

El matador de Basilio aún sostuvo un momento el cuerpo del mestizo, siempre tapándole la boca; después, lo dejó caer lentamente al suelo, y en la manta con que se había estado cubriendo secó la sangre que empañaba el brillo del cuchillo.

Inclinándose hacia Crisp, cortó rápidamente las cuerdas que le sujetaban, di-ciéndole en voz bajísima:

-Otra vez nos encontramos en plena noche, señor teniente.

-¿*El Coyote*? -susurró Crisp.

-Sí. Tuvo usted mala suerte; pero ahora podrá vengarla. Coja el revólver de Basilio y su sombrero. No se oculte. Vale más que crean que pertenece a la banda. Si no le da asco mancharse con la sangre de un canalla, póngase la manta.

Crisp no tuvo valor para exponerse a rozar la ensangrentada

manta. Siguió al *Coyote* hacia el lindero del campamento, y cuando un centinela les preguntó adonde iban, ayudó al *Coyote* a derribarlo de un culatazo y dejarlo caer suavemente, evitando el menor ruido.

-Por aquí podremos escapar -explicó *El Coyote-;* pero supongo que deseará usted saldar las cuenta que tiene pendientes con Artigas, ¿no?

-Lo haré prisionero.

-No, no se estila aquí. Me fío poco de su ley. Podrían absolverle. Prefiero enviarlo al tribunal Divino. Allí sabrá mejor que nosotros lo que se debe hacer con él. Sígame. Les vi montar una tienda de campaña para los tres jefes.

Siguieron por entre los árboles hasta alcanzar la tienda indicada por *El Coyote.* A Crisp el corazón le latía furiosamente. ¡Tener que deberle ayuda al *Coyote*!

Éste abrió la entrada de la tienda echó una rápida mirada al interior. Volvióse en seguida, ordenando:

-Vámonos. No hay nadie. Deben de haber ido a esconder el oro.

-¿Les podemos esperar? -preguntó Crisp.

-No. Es preferible que usted se marche. No se presentará otra oportunidad como ésta. Están tan fatigados que duermen como troncos. Y no me esperaban. Les vine siguiendo desde San Gabriel. No se lucieron mucho ustedes.

-Todo falló lamentablemente -suspiró Crisp.

El Coyote recomendó silencio, y volviendo sobre sus pasos se detuvo un breve instante al lado del inconsciente centinela. Le ató y amordazó con pasmosa rapidez y cogiendo de la mano a Crisp, lo arrastró en pos de él, diciendo:

-Tenemos una hora de tiempo. Es más que suficiente para que usted se salve.

-Artigas se quedó con mi sable.

-Ya lo recuperará otro día.

-¿Por qué me ayuda? -preguntó Crisp cuando estuvieron más lejos.

-Ya se lo dije. Hoy somos amigos. Mañana quizá seamos adversarios; pero yo siempre juego limpio.

-Ha matado a un hombre para salvarme.

-No. Lo he matado porque se lo merecía.

Descendían por entre las altas rocas siguiendo un camino abierto por las aguas. Al fin, después de numerosas caídas por parte del teniente, poco habituado a marchar por tan malos caminos, llegaron a una plazoleta donde estaban atados dos caballos.

-Uno de ellos es robado. El de usted. Devuélvaselo a su amo y dele sus excusas.

-¿Se marcha? -preguntó Crisp.

-Sí. Ya no me necesita. Siga por este camino y llegará dentro de unas horas a la carretera de Los Ángeles. Buena suerte. Recuerde que no debe mencionar a nadie mi nombre. Me perjudicaría.

Crisp tendió la mano al *Coyote;* pero éste hizo como si no la viese. Crisp inclinó la cabeza y, dando media vuelta, emprendió el camino

indicado por *El Coyote.* Este partió en dirección opuesta, y dos horas después, gracias a un camino mucho más corto, entraba en el Rancho de San Antonio, donde, ayudado por Julián, se acostó. Estaba rendido de fatiga.

También el teniente Crisp llegó a su destino; pero ya cuando el sol estaba en el horizonte. Cayéndose de fatiga, presentó un informe verbal a sus superiores, así como las huellas de las ligaduras que le sujetaron. A la pregunta del comandante sobre quién le había liberado, replicó:

-No lo sé. Era un miembro de la banda. Asesinó al guardián y luego me cortó las cuerdas.

-Es un asunto muy grave, teniente Crisp -advirtió el comandante-. Debemos terminar con ese bandido y toda su banda y recuperar el oro. Sólo así conseguiremos una disculpa de Washington. Desde luego, lo más importante es acabar con Artigas.

-Se puede enviar gente al campamento...-empezó Crisp.

-A estas horas han advertido su huida y están lejos -replicó el comandante-. Debemos esperar a que alguien los vea.

Váyase a descansar. De momento quedará usted sin mando y sujeto a proceso. Se le confiaron treinta hombres y una fortuna y vuelve usted sin una cosa ni otra.

Crisp obedeció las órdenes, durmió pésimamente, y a media tarde, no pu-diendo aguantar más el frío ambiente del fuerte Moore, descendió a Los Ángeles en busca de un poco de calor en la taberna de Fawcet.

Entró en ella pensando en su mala fortuna, y apenas hubo dado dos pasos vio que la fortuna le volvía a sonreír. Desenfundó con veloz movimiento su revólver y, a grandes zancadas, fue hasta uno de los bebedores. Con voz triunfal y temblorosa de emoción, ordenó:

-Levante las manos, Luis Martos, si no quiere que le mate aquí mismo.

Luis había bebido demasiado licor para olvidar y para intentar la menor defensa. Como un niño se dejó maniatar. Luego, sujetas sus manos a una cuerda cuyo otro extremo sostenía el teniente Crisp, ascendió vacilante la colina en cuya cumbre estaba el fuerte.

-Mi comandante -anunció Crisp-. Aquí le presento a uno de los hombres que nos atacaron en San Gabriel y que asesinó a nuestros soldados.

-Es verdad -tartajeó Martos-. Yo los maté y estoy ya harto de querer olvidar lo que no puedo ni podré olvidar jamás.

Y aquella noche, ya completamente sereno, admitió todos los cargos que se le hacían por parte de Crisp.

-No asesiné a ningún prisionero -dijo-. Es lo único de que soy inocente.

Pero a las preguntas relativas al escondite de Artigas no pudo dar ninguna respuesta valiosa. No sabía nada. Pero él era culpable. Esto sí que lo sabía.

Capítulo XVI

La realidad

Artigas estaba trémulo de ira.

-¡Imbéciles! -gritó a sus hombres-. ¡Le habéis dejado escapar!

Si Basilio no hubiese muerto la noche anterior hubiera perecido ahora a manos de Heriberto Artigas.

-Éste era un magnífico campamento y ahora tenemos que abandonarlo a toda prisa, si no queremos recibir la visita de un escuadrón de Caballería.

Quedó pensativo un rato, como si buscara una solución a sus sospechas. La sombra de una sonrisa cruzó por sus ojos. No había mal que por bien no viniera. La muerte de Basilio de evitaba lo que le había prometido... Mientras Crisp huía del campamento, él y sus dos compañeros, Mark y Harries, habían ido a enterrar el oro cogido en la diligencia. Sólo ellos tres lo sabían. Y nadie más estaba al corriente de que hubieran hecho aquello. Por lo tanto...

Sacó el revólver y, volviéndose hacia Mark y Harries, disparó cuatro veces, mientras decía:

-¡Así morirán todos los traidores!

Fue todo tan inesperado que nadie lanzó un solo grito ni hizo el menor movimiento cuando los dos hombres, heridos mortalmente, quedaron tendidos en el suelo, agitándose cada vez más débilmente, hasta quedar inmóviles.

-Ellos fueron -siguió Artigas-. Salieron de nuestra tienda con una excusa estúpida; pero, de momento, me engañaron.

-Tal vez no fueran ellos -dijo Merino.

-Sé que fueron ellos. Sólo alguien que estuviese en el campamento podía acercarse a Basilio lo suficiente para herirle cara a cara. A un desconocido no le hubiese dejado acercar tanto. Pero si tú sabes algo más, dilo en seguida.

-No, no -se apresuró a responder Merino-. Ha sido un simple comentario. Yo no sé nada.

-Pues en marcha. Tenemos que alejarnos de aquí antes de que se presenten los soldados.

-¿Hacia dónde vamos? -preguntó Merino.

-Hacia donde dije, o sea, hacia donde no se imaginan que iremos. Sé de un sitio apartado del camino y seguro.

Artigas, buen conocedor de aquellos lugares, se puso al frente de sus hombres y, por difíciles vericuetos, llegó hasta un cañón lleno de frondosos arbolillos cuyas ramas formaban un denso techo que ahogaba todos los ruidos e impedía que las miradas llegasen hasta el fondo. Por él llegaron a un espacio más amplio, donde Artigas desmontó, anunciando que allí pasarían el día. Al llegar la noche, él y

unos cuantos marcharían a una expedición.

* * *

Fray Eusebio parecía querer iniciar una leve mejoría. El doctor García Oviedo se lo explicó así al señor de Echagüe.

-Todo parece indicar que piensa curarse; pero muchas veces esas mejorías son como la llama de una vela, que antes de morir da, de pronto, y sólo por un segundo, una luz mucho más intensa. Parece que los enfermos se van a curar y al momento te los encuentras muertos entre las manos; pero yo creo que fray Eusebio sanará, ya que todos los síntomas que se advierten son favorables.

-¿Por qué no querrá hablar de quién le hirió? -preguntó el anciano.

El doctor encogióse de hombros.

-No es un ser normal, don César. Es un servidor de Dios que practica, tal vez, sus mandamientos. *Perdona a tus enemigos.* Y no sólo eso, sino que, además de perdonarlos, se les debe amar. Yo soy incapaz de hacerlo. Y como soy médico, me vengo de mis enemigos el día que me llaman. Fray Eusebio ha sido siempre muy bueno y me parece que esconde un secreto. No insista en que lo revele.

-¿Y cuando le quieran interrogar los norteamericanos?

-Tropezarán con un muro hecho de sonrisas y de palabras bondadosas, pero más fuerte que si fuese de granito. Se puede domar un potro salvaje, por mucho que lo sea; pero a un potro manso no hay forma de domarlo.

-¿Y para qué se quiere domar a un potro manso? -refunfuñó el anciano-. Es una comparación poco acertada.

-Esta vez tiene razón, don César. Y esas malas comparaciones se deben a que yo duermo muy poco. Adiós. Descanse y no se preocupe por fray Eusebio. Sanará, porque hace falta en este mundo. Si Dios hubiera querido que muriese, el cuchillo no se habría desviado tan providencialmente; o habría muerto por el camino o le hubiese matado yo. Y en cuanto a usted, cuidado con ese corazón. Debe tomar las medicinas que le receté.

-No me fío -refunfuñó, sonriendo, don César-. Tiene usted fama de haber enviado a muchos al cementerio.

Se separaron el médico y don César. Éste cogió *El Clamor Público* y lo releyó una vez más. La batalla de San Gabriel, como ya se la llamaba, era reseñada como si la hubieran presenciado los reporteros del periódico, y abundaban tanto las fantasías que incluso el dueño del rancho las descubrió, tirando, al fin, lejos el diario.

Cuando cesó el ruido que había producido el diario al caer al suelo, el anciano percibió otro, muy apagado, pero inconfundible. Algunos jinetes se acercaban al rancho.

Asomóse a la ventana y vio, por entre los árboles, a cinco jinetes. Uno de ellos saltó a tierra y fue hacia él, guiado por la luz que brotaba del despacho.

-¡Usted, Heriberto! -exclamó el anciano, mirando, sin creer en sus

ojos, al hombre que estaba frente a él.

-¿Puedo entrar? -preguntó Artigas, echando hacia atrás su parda capa.

-Claro. No hay nadie que no sea de confianza; pero... ¿Cómo se atreve a venir aquí?

Artigas entró por la ventana e hizo seña a sus compañeros, que se acercaron un poco más.

-Todos creen que estoy más lejos-dijo después-. He venido a verle porque necesito ayuda.

-Mis hombres no pudieron...

-Olvídelo -interrumpió Artigas-. Aunque hubieran llegado a tiempo no hubiese sido distinto el resultado final de la batalla. Necesito algún dinero. Unos veinte mil pesos. He de pagar a mi gente y comprar muchas cosas. La victoria de ayer me resultó muy cara.

-Fue una hermosa victoria -respondió el anciano-. Fue rotunda.

-Sí. No cupo lugar a dudas. No quedó ni un solo enemigo. Lo que hicieron con fray Eusebio fue horrible. Le cosieron a puñaladas y luego ocultaron el cadáver.

-No, eso no -respondió el anciano-. No ha muerto.

-Le vimos en su lecho, con un cuchillo hundido en el corazón.

Así lo trajeron a casa; pero no ha muerto. Está vivo. Ya puede hablar.

-No es posible -replicó, vacilando, Artigas-. ¿Cómo es posible...?

-Le llevaré a su habitación. Usted lo verá con sus propios ojos. Nadie tenía esperanza de que se salvara; pero Dios hizo el milagro.

Artigas sentía una creciente frialdad en la espina dorsal. Si fray Eusebio estaba vivo podía descubrir la verdad: que había sido Basilio, un criado de Artigas, quien intentó asesinarle. Que él, Artigas, había jurado no atacar a los soldados para que fray Eusebio no les avisara del peligro que corrían. Que el franciscano ocultó a los soldados su conocimiento del cercano escondite de Artigas, y que éste, como pago a eso y a los víveres que le proporcionó, le hizo apuñalar.

-Vamos -dijo, al fin, apoyando maquinalmente la mano derecha en su revólver-. Tengo ganas de hablar con él. Si llego a imaginar que estaba vivo, no hubiera atacado a San Gabriel.

-Su mérito continúa intacto -replicó el anciano-. Sígame.

Mientras se dirigían a la habitación, Artigas acabó de desenfundar el revólver. Tal vez fuera preciso matar, también, a aquel estúpido viejo y cargar las culpas, si era posible, a los yanquis. Y si no, era ya bastante rico para poder marcharse a un sitio donde se pudiese vivir alegremente.

-Tiene usted una visita, fray Eusebio. El señor Artigas.

-¡No! -gritó con sus pocas fuerzas el franciscano-. ¡No! Que se marche. Yo le perdono; pero no sé si Dios le podrá perdonar.

Heriberto Artigas levantó la mano y disparó contra el franciscano, que se desplomó sobre la cama y en cuyo pecho apareció casi en seguida una mancha de sangre.

-¿Qué ha hecho? -gritó don César de Echagüe-. ¿Cómo se ha...?

-¡Cállese, viejo imbécil! -gritó Artigas-. Déme el dinero que le he

pedido.

-Entonces... ¿era verdad? ¿Tenía razón mi hijo? ¿Era usted un canalla, sinvergüenza, un traidor a nuestra patria y a nuestras honrosas tradiciones?

-Déme el dinero y no se imagine que está viviendo en los tiempos de Calderón de la Barca -replicó Artigas-. Dése prisa.

-¡Salga de mi casa! Pero, no, no salga. He de matarle. No me importa que sea bajo mi techo. ¡Traidor!

Artigas amartilló de nuevo su revólver y amenazó:

-Si no me entrega el dinero que le he pedido le mataré.

-No le daré ni un centavo. Y...

El anciano buscaba un arma con que agredir a Artigas. Éste comprendió que no iba a conseguir nada de aquel viejo. Inexplicablemente no hizo intención de matarlo y retrocedió hacia el despacho. El señor de Echagüe le siguió, recordando que en el vestíbulo, en un armario, se guardaba un viejo revólver que había sido de su hijo. Recordó que estaba cargado y fue hacia el mueble.

Al mismo tiempo sonaron unos rápidos pasos en el corredor. Alguien llegaba corriendo, atraído por el disparo, quizá.

Artigas no esperó más. Cruzó el despacho en tres zancadas y, llegando a la ventana, saltó fuera al mismo tiempo que el señor de Echagüe, con el viejo Colt modelo Paterson en la mano, se iba a precipitar tras él.

De pronto, una recia mano le detuvo y una voz le dijo al oído:

-No, don César, no se ensucie usted matando a un perro como ése, que me pertenece a mí.

El anciano quiso levantar la mano armada; pero otra mano que le ceñía la muñeca se lo impidió. Entonces volvióse hacia el que le impedía vengar la ofensa que acababa de recibir y exclamó incrédulamente:

-*¡El Coyote!* No puede ser...

-Lo soy; pero no diga a nadie que estoy vivo -respondió, con extraña y afectada voz, el enmascarado.

Soltó al anciano y le arrancó el revólver que empuñaba. Luego, yendo a la ventana, apuntó hacia los jinetes que ya escapaban por entre los árboles y disparó hasta vaciar el cilindro. El revólver era viejo, pero bueno. Su precisión bastante aceptable, y dos bultos cayeron al suelo alcanzados por aquellas balas.

-Tenga -dijo *El Coyote,* volviendo junto al caballero-. Diga que ha disparado usted. Y guarde el secreto de lo que ha ocurrido en esta casa. Vaya a ver a fray Eusebio. ¿Han disparado contra él?

-Sí -dijo, temblorosamente, el señor de Echagüe-. Ha asesinado a un herido refugiado en mi casa...

-Serénese; yo le juro que mataré a Artigas aunque deba irle a buscar al fin del mundo.

-Sí... -dijo temblorosamente-. Sí... Mátelo..., mátelo.

-Adiós y hasta pronto. Se acerca gente.

El Coyote saltó por la ventana del despacho y deslizóse hacia la entrada secreta al sótano donde había pasado la noche y todo el día. El azar había querido que en el momento en que se disponía a salir en

busca de los Lugones, sonara aquel disparo, que le obligó a ir, providencialmente, en auxilio del señor de Echagüe.

-Tendré que volver a casa en seguida -decidió-. Creo que mi padre ha recobrado el sentido.

Capítulo XVII

El fin de una banda

El Coyote escuchó con toda atención el relato de Leocadio Lugones relativo a la detención de Martos y al lugar donde se encontraba acampada la cuadrilla de Artigas. Cuando hubo terminado, sacó un papel y escribió una larga nota. Entregándosela a Leocadio, le ordenó:

-Llévala al Fuerte y entrégala personalmente al teniente Crisp. Di que te la entregó un caballero en la plaza y te dio estos diez dólares para que la llevases -y *El Coyote* dio a Leocadio dos monedas de oro-. Ve todo lo de prisa que puedas.

Partió Leocadio a cumplir la orden de su jefe. Éste, al quedar solo, musitó:

-Confiemos en que el teniente sea hombre de honor. -Luego, con dura sonrisa, agregó-: Y si no lo es... peor para él. No llegará a lucir los galones de capitán.

* * *

El teniente Crisp miró a Leocadio Lugones, tratando de adivinar la verdad que, sin duda, le ocultaba aquel hombre.

-¿Dices que te lo dio un desconocido? -preguntó.

-Si, señor oficial -respondió el otro-. Un completo desconocido. Yo nunca lo había visto en la plaza.

-Pero en otro lugar sí lo habías visto.

-Puedo jurarle que no, señor capitán.

-Sólo soy teniente -rectificóle Crisp-. No le obligaré a jurar en falso.

-Yo soy incapaz de jurar en falso, capitán.

-Teniente -rectificó, de nuevo Crisp-. ¿Sabes que me dan ganas de hacerte hablar a la fuerza?

-En su lugar yo no lo intentaría, señor -replicó, burlonamente, Leocadio Lugones, suprimiendo ya el tratamiento.

-¿Me podría suceder algo malo? -preguntó Crisp.

-Yo creo que si no lee en seguida esa carta le sucederá algo muy malo -replicó Leocadio.

-Por la cabeza de tu jefe ofrecen un buen premio -musitó el oficial.

-¿Cuánto? -preguntó en seguida Leocadio.

Crisp le dirigió una desconcertada mirada. ¿Sería aquél un posible traidor?

-Quince o veinte mil dólares -dijo.

-¿Por don Goyo Pérez? -preguntó Leocadio.

-¿Es él tu jefe?

-Claro. Trabajo en su rancho; pero nadie me había dicho que dieran tanto por una cabeza tan... tan desquiciada.

-Está bien -contestó Crisp, comprendiendo que no obtendría nada de aquel hombre que, sin duda alguna, era un colaborador del *Coyote-.* Aceptaré tu historia de que te entregó una carta un desconocido. Salúdale de mi parte y dale las gracias. Puedes marcharte, pues supongo que no esperas contestación, ¿verdad?

-¿Y a quién le iba a llevar su contestación, capitán?

-Claro. A nadie, puesto que la carta te la entregó un desconocido. De todas formas, cuando le veas, salúdale de parte del teniente Crisp.

-Cuente con ello, mi capitán. Y quede usted con Dios.

Salió Leocadio del Fuerte y Crisp abrió la carta que le enviaba *El Coyote,* aunque dicha carta llegaba sin firma alguna. Estaba escrita con letra regular e impersonal, visiblemente desfigurada. Decía:

> *Teniente Crisp: En el cañón de Los Ángeles están reunidos los hombres de Artigas y, probablemente, el jefe estará con ellos. Si conoce el lugar sabrá que el cañón es una ratonera de donde no podrán escapar los hombres allí metidos. Actúe en seguida, antes de que escapen; pero estos informes no se los doy sin condiciones. A cambio de ellos le pido que Luis Martos no pague con su vida la locura que cometió al unirse a Artigas. Si no se cree capaz de salvar la vida a ese muchacho, que es el más honrado de cuantos se han visto comprometidos en este desdichado asunto, rompa la carta y no aproveche mis informes; yo me encargaré de salvarle, aunque para ello tenga que dejar en ridículo a las autoridades que lo tienen en su poder. Cueste lo que cueste, yo le salvaré; pero me gustaría más que la salvación se debiera a usted. Y no crea que me intereso sólo por Martos. Se halla en juego el corazón de una mujer que ha sufrido mucho y merece un poco de felicidad. Ella se llama Esther García, ama al muchacho y, si él llegara a morir, ella moriría también.*

El teniente Crisp era un sentimental. Si de él hubiera dependido la solución, no habría vacilado ni un momento; mas, por encima de él, había otros poderes, y estos poderes eran los que debían decidir la suerte de Martos.

* * *

Crisp llevó la nota al comandante del Fuerte. Éste la leyó rápidamente y luego la releyó con más atención.

-Es tentadora la oferta -dijo-. El que se la hace pone todas sus cartas sobre la mesa.

-Así es. Confía en mi... en mi honor.

-¿Quién es ese hombre?

-No lo sé. El que me salvó, desde luego.

-Mi deber es hacer caso omiso de lo que nos pide y utilizar los datos que nos envía -replicó el comandante.

-Pero... Creerá que yo he abusado de su confianza...

-Teniendo este informe en mi poder no puedo hacer más que tomar las medidas pertinentes para acabar con Artigas -dijo el comandante-. Lo demás se tendrá en cuenta el día del juicio. Y no hablemos más. El tiempo urge.

-¿Puedo formar parte de la expedición? -preguntó Crisp.

-¿Por qué? -preguntó el comandante.

-Ha de haber lucha. Tengo una cuenta pendiente con los que asesinaron a mis hombres. Además, si no he de poder cumplir el compromiso moral que he contraído al traerle el informe, mi comandante, prefiero exponer mi vida y perderla incluso. Será el pago de mi ingenuidad.

El comandante esbozó una sonrisa. Él también había sido teniente y romántico. Luego, la vida y la realidad le convirtieron, exteriormente, en un hombre enérgico, duro y, a veces, implacable; mas por dentro, bajo aquellas cenizas, aún ardía el viejo rescoldo de su juventud.

-Me extralimito en mis atribuciones -dijo-; pero si usted se considera capaz de conducir bien a sus hombres, le daré el mando. Esta vez llevará a cien soldados. Ahora le enseñaré en el mapa el emplazamiento del cañón. Vea...

Crisp siguió en el mapa las indicaciones de su superior; después descendió al patio e hizo tocar llamada. Y poco más tarde una larga columna de jinetes armados con carabinas, sables y revólveres descendía del Fuerte a todo galope y a los vibrantes sones del clarín.

* * *

El lejano toque de clarín fue oído por Artigas cuando iba a entrar en el cañón. En seguida comprendió lo que significaba, a aquellas horas, semejante llamada. Le iban a perseguir y esta vez ya implacablemente. Si el viejo Echagüe contaba lo ocurrido, toda California le cerraría sus puertas a él y su cuadrilla. Se maldijo mentalmente por no haber matado al anciano. Pero ya la cosa no tenía remedio. Era mejor huir ahora, que aún podía hacerlo sin peligro. Y huir solo, para buscar el oro escondido y vivir sin apuro hasta el fin de sus días.

Sus compañeros no habían oído el toque. O, por lo menos, si lo oyeron, no le concedieron ninguna importancia.

-Seguid adelante -les dijo-. Quiero visitar a un amigo. Él no me fallará.

Cuando los otros, confiadamente, entraron en el cañón, Artigas marchó a todo galope hacia el Sur, hacia donde estaba el tesoro, en

Peñas Rojas. Luego, con la vida asegurada, no sólo por aquellos doscientos mil dólares, sino también por lo que antes de tener que abandonar su hacienda había ocultado, escaparía donde nadie pudiese encontrarle ni reconocerle. Desde el primer momento había presentido que su carrera terminaría pronto, aunque no tan pronto. Tenía muchos planes que ya no se podrían realizar; pero al menos salvaría su vida mientras su gente se las entendía con las fuerzas que iban a atacarles. Seguramente la batalla sería dura, pues ninguno de los suyos podía confiar en recibir cuartel. A él se le supondría muerto, lo cual era una ventaja más.

Picando espuelas, Artigas se alejó de la entrada del cañón de los Abedules. Desaparecía de la escena, y por poco listo que fuera, ya nunca más sabrían de él.

* * *

El plan trazado por el comandante del Fuerte y que Crisp debía poner en práctica, era sencillo, como lo suelen ser todos los planes eficaces. Cincuenta de sus hombres entrarían por un lado. Los otros cincuenta descenderían sobre el campamento, cortando la única línea de retirada que les quedaba a los allí encerrados.

Los hombres de Artigas adivinaron lo que iba a ocurrir en cuanto oyeron el galope de los cincuenta jinetes que, sable en mano, cargaban contra ellos. Apresuradamente intentaron organizar la defensa; pero sólo los californianos mandados por Merino actuaron con algún sentido. Mientras éstos se replegaban hacia una colina que dominaba el campamento, los otros pretendieron detener a tiros de rifle y revólver la carga de los soldados.

Durante cuatro o cinco minutos el cañón de los Abedules llenóse de anaranjados fogonazos y de estampidos. Aquella concentración de fuego sobre los jinetes frenó a éstos unos instantes y siete caballos galoparon sobre los bandidos, después de verse libres de la carga de quienes los montaban. Dos de los soldados quedaron muertos. Los otros estaban heridos. Los demás jinetes vacilaron ante aquella resistencia. En el cañón oyéronse unos gritos de triunfo que eran prematuros porque al momento fueron acallados por el estruendo producido por los otros cincuenta soldados al mando de Crisp que, descendiendo por las escarpadas laderas del cañón, precipitáronse sobre los bandidos en el momento preciso en que éstos, con las armas descargadas y sin tiempo para recargarlas, no podían ofrecer ninguna resistencia. Todo el valor desapareció de ellos. Levantaron las manos en alto y pidieron, a voces, cuartel; pero los planes de Crisp y de su jefe no eran hacer demasiados prisioneros. Había que vengar a los que murieron en San Gabriel. Los sables comenzaron una implacable labor de destrucción y, a la fuerza, los proscritos que habían servido a Heriberto Artigas tuvieron que seguir luchando en pésimas condiciones.

Seis larguísimos minutos fueron suficientes para acabar con ellos. Luego los soldados recogieron a aquellos que sólo estaban heridos. En total, cinco. No hubo más prisioneros.

Encendiéronse antorchas para recoger a los muertos y, sobre todo, para encontrar el cadáver de Artigas. Cuando Crisp se inclinaba sobre uno de los muertos en quien había creído identificar al bandido, una bala disparada desde lo alto de la colina en que estaban refugiados los californianos cruzó el aire que un segundo antes ocupara su cuerpo y alcanzó al sargento que sostenía la antorcha que le alumbraba. El hombre cayó sin lanzar ni un gemido y Crisp dio un salto hacia la protección de una roca, al mismo tiempo que toda la cumbre de la colina se encendía de fogonazos, indicando que la lucha aún no había terminado.

Apagáronse las antorchas, y a las voces de Crisp, sus hombres corrieron a parapetarse para hacer frente al inesperado enemigo, comenzando a disparar contra los de Merino, guiándose sólo por los fogonazos de sus armas.

-¡No disparéis! -gritó Crisp.

Saliendo de detrás de la roca que le protegía, recorrió la línea formada por sus soldados y fue ordenando a los cabos y sargentos lo que se debía hacer. A juzgar por la densidad de los disparos que se les dirigían desde lo alto de la colina, había allí, por lo menos, veinte hombres que habían tenido la sensatez de parapetarse firmemente en un lugar que, de momento, resultaba casi inaccesible. Lo más prudente era mantener un ligero cerco que ellos no tratarían de romper, y con el resto de su gente preparar un ataque para lanzarlo a la madrugada.

Crisp repasó mentalmente el mapa que le enseñara el comandante. La colina en que estaban Merino y sus compañeros tenía una sola salida, además de la del cañón: un camino estrecho e irregular que conducía a las montañas de Peñas Rojas. Había que cerrar aquel camino. Además se debía ocupar un pico situado a unos doscientos metros por encima de aquella colina, y desde el cual se podría batir con fuego directo a los cercados.

Hasta aquel momento los soldados habían tenido cuatro muertos y doce heridos. Dejando treinta y cuatro hombres para que impidieran con sus disparos que los de Merino descendiesen hacia el cañón, Crisp, con los otros cincuenta, deslizóse por entre los árboles en dirección a los dos puntos que le interesaba ocupar.

* * *

Ángel Merino había lanzado una imprecación cuando su bien apuntada bala fue mal dirigida por el destino, yendo a matar al hombre a quien no iba destinada. Cuando quiso disparar de nuevo contra Crisp, éste ya estaba demasiado lejos y fuera de su alcance.

-No nos queda más remedio que vender caras nuestras vidas -dijo a los suyos, cuando cesó el tiroteo-. Artigas nos ha traicionado.

-Existe otra solución -dijo una voz a corta distancia de Merino.

-¿Cuál? -preguntó éste.

-Aún se puede huir. Por lo menos pueden huir los que no están demasiado comprometidos.

Merino trató de identificar al que hablaba. La oscuridad era

demasiado intensa para que pudiese hacerlo. Sólo vio que era un hombre vestido a la mejicana y con el rostro cubierto hasta los ojos por un pañuelo negro. También los ojos parecían cubiertos.

-¿Quién eres? -preguntó, con la mano en la culata de su revólver.

-Un amigo -replicó el desconocido-. Vine a salvaros. Por el camino todavía se puede huir. Y es mejor que lo hagáis. Artigas os ha abandonado. Si os quedáis aquí, os cortarán la retirada y ni uno solo escapará con vida. Huid hacia Tejas o Arizona.

Entre los compañeros de Merino hubo un movimiento instintivo, como para seguir inmediatamente el consejo.

-¡Quietos! -ordenó Merino-. ¿No veis que puede ser una trampa? ¿Quién eres?

-Un amigo. Ya te lo he dicho. Huid antes de que sea demasiado tarde. Si no, os matarán como a conejos, os ahorcarán como a unos bandidos vulgares.

-Es verdad -dijo uno de los hombres de Merino-. Estamos en una ratonera. Yo creo que debemos escapar lo antes posible.

-El teniente Crisp vendrá con sus hombres a cortar el camino de huida -siguió el desconocido-. Y también ocupará el pico del Fraile, y desde él os acribillará impunemente.

Merino empezó a desenfundar su revólver.

-¡Dime quién eres! -gritó.

El desconocido avanzó hacia él y, en voz baja, contestó:

-*El Coyote,* Merino.

Éste retrocedió un paso.

-¡No es posible! -susurró-. Murió hace tiempo.

-Eso dijeron -replicó *El Coyote,* bajando el pañuelo que le tapaba la parte inferior del rostro y dejando ver a Merino su antifaz-. Ordena a tus hombres que escapen cuando aún pueden hacerlo.

-Yo no huiré -replicó Merino.

-Ya lo sé; pero no debes obligarles a que sigan tu suerte. Ellos aún pueden rehacer su vida; mas para salvarse ha de quedar alguien aquí, protegiendo su retirada, haciendo creer a Crisp y a los suyos que no se ha abandonado la posición. Si no te quedaras tú, me quedaría yo.

Merino sonrió en la oscuridad.

-¡Daos prisa! -grito a sus compañeros-. Escapad ahora, antes de que sea tarde. Y buena suerte.

-¿Y tú? -preguntaron a la vez Calixto Busón y Facundo Sánchez.

-Yo me quedo a demostrar a esos gringos cómo se juega la vida un californiano de verdad.

-Pues no te quedarás solo -replicó Facundo-. A mí también me va a gustar quedarme.

-Y a mí -dijo Calixto.

Los demás permanecieron indecisos. Merino les ordenó de nuevo:

-¡Daos prisa, imbéciles! Os voy a tener que echar a tiros.

-Marchaos -ordenó de inmediato *El Coyote.*

Aunque sólo Merino conocía la identidad del enmascarado, su acento era tan impetuoso que todos obedecieron, escapando ágilmente por el camino que aún no estaba cerrado.

-Y usted, señor *Coyote,* márchese también -dijo Merino-. Éste juego lo hemos empezado nosotros y nosotros lo terminaremos.

Al oír el nombre del *Coyote,* Busón y Sánchez se acercaron.

-¿Es de veras *El Coyote*? -preguntó el primero.

-*El Coyote* murió -dijo Facundo.

-Sí, es *El Coyote,* que sale un poco demasiado tarde -declaró Merino-. Se ha perdido lo mejor de la fiesta.

-He intervenido en ella desde el primer momento -replicó *El Coyote-.* He intentado por todos los medios evitar vuestros errores; pero sois demasiado locos.

En la quietud de la noche se oyeron, a lo lejos, unos débiles pasos que no eran de los californianos fugitivos.

-Ya llegan los hombres de Crisp -dijo *El Coyote.*

-Pues márchese -replicó Merino-. Reciba el saludo de los que van a morir.

-Es lamentable que un canalla como Artigas os haya metido en este lío.

-Alguna vez se ha de morir y lo mejor es aprovechar la oportunidad de hacerlo de una forma que asombre al mundo -dijo Merino-. No todos pueden evitar morir en una cama, entre oraciones y médicos. Adiós, *Coyote.*

-Adiós -respondió el enmascarado-. Quisiera poder desearos mucha suerte.

-Déjese de discursos y escape antes de que le cierren el camino.

Los pasos de los soldados se oían ya más cercanos y *El Coyote* no se entretuvo ni un segundo más.

-Adiós -repitió, y ágilmente cruzó el estrecho camino, saltó sobre su caballo y, a todo correr, lanzóse por el camino de Peñas Rojas, perseguido por los disparos que contra él hicieron los hombres de Crisp.

Desde sus posiciones, Merino y sus dos compañeros dispararon contra los soldados, indicándoles que en lo alto de la colina aún quedaban defensores.

Nuevamente, una bala pasó muy cerca de Crisp y otro de sus hombres recibió aquella misiva de muerte dirigida a él.

El teniente gritó unas órdenes y sus soldados ocuparon las posiciones que cerraban definitivamente el camino de la salvación. Merino, Busón y Sánchez quedaron para siempre encerrados allí.

Durante el resto de la noche se cambiaron continuos disparos entre los soldados y los sitiados. Éstos tenían numerosos rifles, pues los que habían escapado los dejaron allí para poder huir más velozmente.

-¿Tú crees que era *El Coyote*? -preguntó Facundo a Merino, mientras recargaba unos fusiles.

Merino se encogió de hombros.

-Si no era *El Coyote,* era alguien que se le parecía en la máscara y en el valor; pero, desde luego, no ha sido tan valiente como nosotros.

Facundo sonrió.

-No, desde luego. Nosotros somos...

Facundo Sánchez no pudo terminar en este mundo lo que había empezado a decir. Una bala le alcanzó entre las cejas y lo abatió junto a

Merino.

-Ya somos menos -dijo éste a Calixto-. Ahora ofreceremos menos blanco.

-¿De qué hablabais? -preguntó Calixto, arrastrándose por debajo de las balas hacia donde estaba Merino.

-Del *Coyote;* pero lo importante es demostrar a esos extranjeros cómo las gastamos nosotros. Toma un cigarro. Tengo dos. Pero no lo enciendas ahora. Guárdalo para cuando sea de día y puedas fumarlo con tranquilidad, sin el riesgo de que una bala te lo haga tragar.

A las cinco de la mañana había ya la suficiente luz para que se pudiese disparar con probabilidades de dar en el blanco, y en aquel momento arreció el fuego por parte de los soldados. Busón y Merino replicaban pausadamente, eligiendo bien los objetivos, y Crisp no tardó en tener a once de sus hombres con heridas en los brazos o en los hombros.

Dirigía continuas y furiosas miradas hacia el Pico del Fraile, que tres de sus mejores tiradores estaban escalando penosamente. Cuando aquellos soldados pudiesen disparar sobre la colina la lucha terminaría; pero entretanto, la posición de los sitiados era mejor que la suya. No había ni que soñar en cruzar el camino que conducía a la colina. Era estrecho y a los californianos les habría sido muy fácil ir derribando a los que intentaran avanzar sobre ellos, pues daban sobradas pruebas de su magnífica puntería.

No debía de haber muchos allí, pues los disparos nunca eran nutridos ni se oían más de dos detonaciones simultáneas; pero quizá trataban de engañarle para hacerle caer en la tentación de atacar en masa el reducto. Era preferible esperar a que los escaladores del Fraile entraran en acción. Ángel Merino dirigía continuas miradas al cercano pico. Había oído rodar por sus escarpadas laderas algunas piedras y comprendía que lo estaban escalando por la parte que quedaba fuera de su alcance.

-Al menos, que nos dejen tiempo para acabar nuestros cigarros -dijo, dando una profunda chupada al suyo.

En este momento uno de los tres escaladores se había arrastrado por un saliente y el pálido sol del amanecer refulgió en el cañón de su fusil. Merino disparó inmediatamente y Crisp vio reducido a dos el número de los que subían al Pico del Fraile. El soldado cayó rebotando de roca en roca, hasta quedar doblado sobre una de ellas, casi al pie del picacho que representaba la silueta de un fraile con la capucha levantada.

-Buen tiro -dijo Busón, lanzando una bocanada de humo al aire.

El sol hizo brillar aquel azulado humo y en este momento, cuando Merino tenía la vista apartada del picacho, otro de los que subían por él disparó sobre Busón.

La bala destrozó el cigarro que fumaba Calixto y, penetrando por el cuello de éste, terminó con hombre y cigarro a la vez.

Rápido como una centella, Merino volvióse, y levantando el otro rifle que había cogido lo disparó sobre el matador de Busón.

El soldado, herido en el pecho, se incorporó violentamente y para

no perder el equilibrio agarróse a su compañero, cuando éste iba a disparar contra Merino.

Los dos hombres quedaron recortados contra el pálido cielo. Merino cogió un tercer fusil, apuntó y apenas sonó su disparo vio caer los dos cuerpos, aún aferrados en un mortal abrazo.

Olvidando el peligro, dio un salto de alegría, descubriéndose demasiado.

Crisp, que había asistido, impotente, al drama desarrollado en el Pico del Fraile, disparó fulminantemente sobre Merino con el rifle de uno de los soldados heridos.

Merino, alcanzado en el estómago, soltó el arma y cayó de rodillas. Antes de que se pudiera incorporar de nuevo, Crisp, revólver en mano, había cruzado el camino y estaba ya en el reducto californiano, frente al último de sus defensores.

-Dispare si quiere -dijo Merino, con dura sonrisa.

Crisp bajó el revólver. No hacía falta otra bala. La primera había cumplido sobradamente su misión.

-Se está muriendo -dijo.

Merino acentuó su forzada sonrisa.

-Pues míreme y verá cómo muere un hombre de esta tierra -contestó-. No como murieron sus hombres en San Gabriel, teniente.

Uno de los soldados que habían seguido a Crisp levantó su fusil para acabar con el herido.

-Déjele -ordenó Crisp-. A pesar de todo, es un valiente.

Merino se dobló más hacia adelante. Sus ojos se nublaron y su mano derecha tanteó el suelo.

-¿Dónde está...? -jadeó. Explicando luego-: Mi cigarro...

Crisp inclinóse y lo recogió, tendiéndolo a Merino. Éste se lo llevó a los labios y chupó débilmente. Por fin, lo dejó caer, comentando con voz casi imperceptible:

-¡Bah! También se ha asustado... Duró menos que yo... Poco... fuego...

Bruscamente cayó hacia adelante, como si hasta entonces hubiera estado sostenido por un hilo que una invisible mano acabara de cortar.

* * *

El Clamor Público del día siguiente dio escasos detalles de la casi total destrucción de la banda de Artigas. El *Star,* por ser de lengua inglesa, dio más detalles, aunque tuvo que admitir que la totalidad de los detenidos no eran californianos, ya que éstos o murieron antes que rendirse o consiguieron huir. También se incluía la noticia de que se ofrecía un premio de veinticinco mil dólares a quien entregara a la justicia, vivo o muerto, a Heriberto Artigas y otros premios menores para los demás fugitivos.

Y aunque se dieron detalles reales de sus breves y tristes hazañas, para todos los californianos siguió siendo un héroe que, sin duda, había muerto en el combate.

Los prisioneros deberían ser juzgados por consejo de guerra el lunes siguiente.

Por su parte, *El Clamor Público* anunció que don César de Echagüe había regresado de Méjico a tiempo de encontrar a su padre muy enfermo. También se esperaba, para muy en breve, la llegada de doña Leonor de Acevedo de Echagüe, que, con su madre, regresaban de Monterrey.

En otra parte de *El Clamor* refería que unos ladrones que intentaron asaltar la casa de don César fueron repelidos por éste, que logró matar a dos de ellos cuyos cadáveres habían sido hallados en el jardín, correspondiendo a dos conocidos maleantes perseguidos por la justicia en Omaha y Nebraska.

Por último, anunciaba *El Clamor* el fallecimiento en casa de don César de fray Eusebio, que había resultado herido en San Gabriel, sufriendo luego una fatal hemorragia ocasionada por un movimiento demasiado brusco. La impresión de este suceso, unida a la producida por su lucha contra los bandidos, había provocado en el anciano señor de Echagüe una indisposición que se esperaba fuera sin importancia.

Capítulo XVIII

La verdad

-Le previne varias veces -dijo el doctor García Oviedo al joven César de Echagüe-. Su padre nunca me ha querido hacer caso y... -el médico movió la cabeza-. No sé. Quisiera ser optimista; pero... no puedo. Con el corazón no se puede bromear como lo ha hecho su padre. Luego, todo eso de Artigas le ha afectado mucho. Me alegro de que haya llegado usted tan oportunamente.

César había entrado ya varias veces en la habitación de su padre. Éste se hallaba tendido en la cama, inmóvil, rígido, con vida sólo en los ojos. Su blanca barba se confundía con el embozo de la sábana.

-¿Qué mentira te ha contado García Oviedo? -preguntó trabajosamente el anciano.

-No es nada optimista, papá.

-¿Ha dicho eso?

-Y algo más.

-Me alegro de que por una vez no te portes como un crío. Temí que me vinieras con mentiras bonitas. Yo sé que me muero. No me alegro; pero no me asusta la idea de ir a rendir cuentas ante Dios.

-Siempre he estado seguro de que no te echarías atrás cuando llegara ese momento -respondió el joven.

-No. Hasta el último instante debemos ser fieles a nuestro blasón.

A ti te costará un poco, ¿verdad?

-¿El qué?

-El tener valor cuando te llegue la hora.

-Quizá. No tengo tu energía.

-Quiero decirte algo que no he dicho a nadie. Artigas es o era un canalla. Tú lo afirmaste y yo te lo rebatí. He pecado excesivamente para querer cargar con una mentira más. Y el darte la razón es una penitencia que me será buena.

-Haces bien. Siempre hay que decir la verdad.

-En mi despacho encontrarás una carta con mis últimas disposiciones. Las escribí hace unos días, cuando el doctor me empezó a hablar de si mis ojos indicaban que mi corazón iba mal. Haz venir a los religiosos para que me preparen. ¿Cuándo cree García que se terminará todo?

-No lo ha dicho. Pero creo que será pronto. Estas emociones han sido demasiadas para ti.

-Ve a leer la carta y date prisa. Me parece que, realmente, no duraré mucho. Lamento que Leonor no esté aquí.

-Puede que llegue a tiempo.

-Ninguna mujer llega nunca a tiempo. Tú lo sabes.

-Pero los caballeros deben esperarlas. Tú también lo sabes, papá.

-Sigues siendo tan impertinente como de costumbre. Pero ya no puedo enfadarme. A pesar de todos tus defectos, te quiero y te he querido más de lo que mereces. Beatriz se llevará un gran disgusto. Ella sí que no podrá llegar a tiempo. Se fue demasiado lejos. Anda, vete.

César fue al despacho y encontró una carta en la cual su padre detallaba con extremada minuciosidad todos los detalles para aquel momento. Durante toda la tarde los criados del rancho estuvieron yendo y viniendo a Los Ángeles.

A la noche, cuando hubo terminado la actuación de los religiosos, César entró nuevamente en el cuarto de su padre. La habitación olía a cera, a capilla.

-Ya estoy preparado para el viaje -sonrió débilmente el anciano-. No esperaba que fuese tan pronto. Me creía muy fuerte aún. Dijo fray Anselmo que California me ha matado.

-Tiene razón. La amaste demasiado. Pero la culpa no es tuya. California es tan hermosa que lo merece todo. Incluso dar la vida por ella.

-No me des la razón porque comprendas que me estoy muriendo -sonrió el anciano-. Respetaré tus opiniones aunque sean contrarias. Luego llama a Lupita. Llorará mucho; pero quiero despedirme de ella. Parece mentira, César. Hace unos días me resultabas insoportable. Ahora, en cambio... Te veo tan pequeño como cuando llevabas aquellos ridículos vestidos que te hacía tu madre. Yo creo que ella, con toda su buena voluntad, te estropeó. Te mimó demasiado. La culpa de que seas como eres es un poco de ella. Dentro de un rato, cuando volvamos a encontrarnos, la reñiré. ¡No supo hacerte como yo hubiera querido que fueras!

-¿Le dijiste a fray Anselmo que habías visto al *Coyote*? -preguntó

César.

-Estuve a punto de no decírselo. Pero al fin se lo confesé, aunque me costó mucho esfuerzo.

-¿Fue porque le diste tu palabra de no descubrir a nadie que estaba vivo?

-Claro; pero...

El anciano interrumpióse, mirando fijamente a su hijo. Al fin, preguntó:

-¿Cómo sabes...? Si yo no te he dicho ni una palabra...

-Te dijo: «No ensucie sus manos matando a un perro como ése, que me pertenece a mí.»

-Es cierto. ¿Lo he dicho delirando?

-No has delirado ni un momento, papá -contestó César, alterando el tono de su voz-. Antes de que nos separásemos te juré que mataría a Artigas aunque tuviera que ir a buscarle al fin del mundo.

-¿Esa voz...? ¡No, César, no! ¡No te burles de mí! ¡Es imposible! ¡Tú no eres *El Coyote*! *El Coyote* murió hace tiempo.

-Aquel era un falso *Coyote.* Yo maté a uno de sus cómplices. Fue cuando resulté herido por Charlie MacAdams. Tú creíste que se me había disparado un revólver entre las manos.

El agonizante permaneció callado largo rato. Sólo el jadeo de su respiración indicaba que aún estaba vivo. Con un esfuerzo y con los ojos brillantes, preguntó:

-¿Por qué me has ocultado durante tantos años eso?

-Tuve miedo de que, si lo sabías, tu entusiasmo nos perdiera a los dos. Era mejor que incluso tú me creyeras un cobarde.

-Pero me has castigado durante muchos años haciéndome creer que tú no eras como han sido siempre los Echagüe. ¡Me habrías hecho tan feliz diciéndome a tiempo la verdad! No es agradable sentir desprecio por un hijo. Y yo lo he sentido muchas veces. Debes perdonarme. Hice mal en no tener siempre fe en ti.

-Antes de revelarte la verdad me has dicho que me querías y me habías querido siempre.

-Sí... A veces me consideraba un gran estúpido por querer a un hijo como tú. Pero nunca perdí del todo las esperanzas. Una vez, cuando eras tan pequeño que cabías en mis dos manos, dije, por decir algo, que estaba seguro de que llegarías a ser famoso...A hacer grandes cosas. Fui muy sagaz, ¿verdad? Como si, hubiese visto la verdad. Pero luego, cuando regresaste de Cuba. Tan... -El anciano se echó a reír débilmente-. De todas formas fue una magnífica broma. Nos engañaste a todos. Incluso a mí. Me gustaría vivir lo suficiente para llamar a don Goyo y decirle que mi hijo es *El Coyote.* ¡Cómo se quedaría! Parece como si viera su cara. Se ha permitido varias veces decir que tú eras... Si aguanto esta noche, hazle venir. No quiero perderme el placer de verle abrir los ojos llenos de asombro. Y otros también sabrán quién es mi hijo. ¡Conque es un lechuguino que no tiene coraje para responder con un tiro a una bofetada! Se iban a quedar más corridos... Pero... Leonor lo sabe todo, ¿verdad?

-Sí. Lo descubrió cuando me hirieron en su casa. No pude

evitarlo.

-Ahora comprendo de quién está enamorada. Nunca la había comprendido. Si llega a tiempo le pediré que me perdone por haber dudado de su inteligencia.

El moribundo calló unos instantes, respirando con gran fatiga. Por último pidió:

-Llama a Julián y a Lupita. Quiero decirles quién eres. Ellos son de confianza. Son gente como la de antes, de esa que se deja hacer pedazos antes que descubrir un secreto. También me quiero despedir de ellos. La chiquilla llorará mucho y me emocionará; pero quiero ver su cara cuando le diga quién eres tú.

-Seguramente se emocionarán -murmuró el joven.

Una sospecha asaltó al anciano.

-No se lo habrás dicho, ¿verdad? Supongo que tampoco habrás tenido confianza en ellos. Si no la tuviste en mí...

-Claro, papá. Nadie ha sabido nunca nada. Sólo Leonor.

-Me habría disgustado que sólo no tuvieses confianza en mí. ¡Cómo has cambiado! ¡Parece como si, de pronto, me hubiera nacido otro hijo! Muy crecidito... Date prisa. Y que Julián vaya en seguida a casa de don Goyo. Que venga a verme y a oír unas cuantas verdades. Corre. No pierdas ni un minuto. Me quedan muy pocos y quiero aprovecharlos.

César salió del cuarto, seguido por una orgullosa mirada de su padre. En la estancia contigua estaban Julián, con el rostro demudado, y Lupe, que lloraba silenciosamente. Les explicó que su padre deseaba verles.

-Según lo que os diga, demostrad un gran asombro -dijo-. Como si hasta este momento no hubierais sabido la verdad. Y a ti, Julián, si te envía a casa de don Goyo, no vayas. Vuelve al cabo de un rato diciendo que no estaba en casa, pues ha marchado a Capistrano o a otro lugar.

Entraron los tres en la habitación. La débil claridad de una lamparita de aceite alargaba y acortaba las sombras en el rostro del anciano.

A veces parecía formarse una sonrisa. Luego, la sonrisa transformábase en una mueca; pero cuando los tres llegaron junto al lecho vieron que el señor de Echagüe tenía los ojos entreabiertos y en los labios una suave sonrisa que, al prolongarse, se hizo rígida, indicando que era la última; pero indicando, también, que la muerte le encontró en plena felicidad.

Capítulo XIX

Después de los funerales

Leonor llegó a tiempo para asistir al entierro, que se verificó en el cementerio particular de los Echagüe. Ella y su marido vestían de negro y en todo Los Ángeles se aseguró que había sido un entierro precioso y magnífico, muy entonado con la categoría del viejo hidalgo, cuya presencia aún llenaba toda la casa, y a quien se esperaba encontrar en el salón o en su despacho, refunfuñando, amenazando con terribles castigos; pero revelando, en cuanto se presentaba la oportunidad, un corazón de oro.

En la enlutada iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles se celebraron los funerales, coincidiendo, por azar, con el proceso de los miembros de la banda de Artigas. Éstos eran cinco y se esperaba que se solicitaran por lo menos cuatro penas de muerte, ya que Luis Martos seguramente sería condenado a una pena menor.

Pero Luis no tenía ninguna esperanza, a pesar de que el propio teniente Crisp, propuesto para capitán por su heroico comportamiento en la lucha contra los bandidos, le aseguró que se haría lo posible por salvarle. Ignoraba Luis que en aquel asunto había intervenido *El Coyote* y que a él se debía el informe sobre el escondite de los hombres de Artigas; *El Coyote* había pedido, a cambio, que no se condenara a muerte a Luis Martos.

Éste era visitado diariamente por Esther, cada día más delgada, y con los grandes ojos más llenos de angustia.

-Si me condenan a muerte no quiero que me ahorquen -le había dicho Luis el día antes del juicio-. Debes traerme un veneno para librarme de la cuerda.

Esther había vacilado y estuvo a punto de prometer que le llevaría el veneno; luego rectificó.

-No debes hacerlo. Es una cobardía. Debes aceptar el castigo, y si no se puede evitar que se cumpla en ti, aceptarlo, al menos, con hombría. Si yo pudiera dar mi vida por la tuya, ¡qué bella me parecería la muerte, por dolorosa que resultase! ¡Qué fácil me sería matarme cuando tú ya no estés; pero seguiré viviendo hasta que pierda las fuerzas de vivir! Porque viviendo sufriré más que muriendo.

Luis insistió, suplicó, amenazó y, al fin, Esther se fue llorando y llena de vacilaciones. Aquella mañana fue a visitar a don César para darle el pésame por la muerte de su padre.

-Tú necesitas más consuelo que yo -sonrió, tristemente, el joven-. Pero no pierdas la esperanza. Luis ha cometido locuras muy graves que merecen un castigo; pero no será el de quitarle la vida.

-¿Y Artigas? ¿No merece un castigo?

-Para todos es un héroe.

-¿Para usted también, señor?

-Para mí, no; pero mi opinión no vale nada. Luis está defendido por un buen abogado.

Pero el abogado podía hacer muy poco ante la declaración de los otros presos de que en el combate de San Gabriel, Luis Martos mandaba el grupo que dio el primer asalto y se apoderó del parapeto.

Luis no negó esta acusación, pero agregó que, horrorizado por lo

que había visto, huyó de la banda y no tomó parte en ninguna acción más.

El abogado hizo resaltar su impetuosa juventud y su amor a la patria, causas ambas que, combinadas, dieron por resultado aquella locura.

El fiscal objetó que aquella locura había costado cuarenta vidas humanas. Vidas de soldados que también eran jóvenes, impetuosos y patriotas.

Esther García se desplomó, silenciosamente, en medio de la sala del tribunal, sin que Luis pudiera acudir junto a ella. Cuando al fin, algo repuesta, salió del juzgado, su salida coincidió con la terminación del funeral. Era como un fúnebre presagio que estuvo a punto de derribar de nuevo a Esther, cuyos grandes ojos negros dejaban escapar continuas y silenciosas lágrimas.

EPILOGO

Capítulo XX

La justicia del *Coyote*

Heriberto Artigas marchaba con tranquilo paso por la calle Kearny. Ni él mismo recordaba casi nunca su vida anterior. Heriberto Artigas era un hombre muerto. Él se llamaba desde hacía muchísimo tiempo Philip Kellner. Tenía algunos negocios, poseía bastante dinero en el Banco. Era un hombre afortunado que había olvidado su vida anterior. ¿Para qué recordar cosas tristes? Sobre todo viniendo del *Petit Paris,* donde el señor Kellner era tan popular y tan conocido por todos los empleados del establecimiento. Ya ni siquiera llevaba revólver, como al principio, cuando temía que de un momento a otro alguien le descubriera, azuzado por la cuantiosa suma que ofrecían por su cabeza.

Tenía un hermoso piso en la calle Arenas, con mullidos sillones y otras comodidades en el San Francisco de entonces. Incluso una bañera de mármol.

Abrió la puerta del piso y la cerró con gran cuidado. Temía a los ladrones como suelen temerlos todos aquellos que han robado mucho. Para animarse tarareó la canción que cantaba aquella francesa del *Petit Paris.*

Súbitamente, cuando acababa de encender la luz, la canción murió en la garganta del señor Kellner.

-¿Quién es usted? -preguntó.

El enmascarado que se hallaba en el sillón preguntó a su vez:

-¿No me conoce? Haga un poco de memoria, señor Artigas.

-Se equivoca... No me llamo...

-Usted es quien se equivoca si cree que ha cambiado tanto como para que *El Coyote* le olvide.

-¿Es usted *El... Coyote*?

-Sí.

-Nunca hemos sido enemigos.

-Se equivoca. Lo fuimos mucho, aunque nunca nos vimos frente a frente. Yo fui quien liberó al hoy general Crisp. Yo fui quien disparó contra usted y sus amigos cuando huían del rancho de don César de Echagüe. Y yo fui, por fin, quien prometió a mi padre matarle aunque tuviese que irle a buscar al otro extremo del mundo. Debo cumplir mi promesa.

-¿Bromea?

-No.

El Coyote desenfundó un revólver.

-¿No me dará la oportunidad de defenderme? -pidió, temblorosamente, Artigas.

-¿Dio usted esa oportunidad a fray Eusebio? ¿Y a los prisioneros de San Gabriel?

-Le daré el dinero que me pida; pero déjeme vivir. ¡No quiero morir!

-Lo tendré en cuenta. Sus admiradores le han convertido en una figura heroica que ensucia las páginas de nuestra Historia. Esa burla no se la perdonaré jamás. California no puede perdonarle.

-Le daré diez mil dólares.

El Coyote sonrió.

-Quiero doscientos mil -dijo.

-¿Y no me matará?

-Si usted no quiere, no. Firme un cheque por doscientos mil.

-Si entonces yo hubiera sabido que usted vivía no me habría metido en aquella aventura.

-Estaba usted predestinado a morir a mis manos. Lo dicen las estrellas. Firme el cheque, y así, cuanto antes terminemos este enojoso asunto, mejor para los dos.

Artigas llenó con pesada mano un cheque, y luego, por orden del *Coyote,* escribió una carta certificando el cheque.

El Coyote cogió con una mano la carta y con la otra el talonario, dejando sobre la mesa el revólver. Y allí lo fue a buscar la ansiosa mano de Heriberto Artigas, cuyo rostro expresaba de nuevo la alegría que había mostrado al matar a Mark y Harries. Sentíase orgulloso de su listeza.

-Devuélvame ese cheque -ordenó.

El Coyote pareció inmutarse.

-Ha sido listo -dijo.

-Y usted muy torpe. Déme el cheque y la carta.

El Coyote dobló cuidadosamente ambos documentos y los guardó en un bolsillo.

-¡Démelos! -ordenó Artigas.

Al mismo tiempo que decía esto apretó el gatillo del revólver. Oyóse el chasquido del percutor al caer en vacío.

-Está descargado -explicó *El Coyote-.* Una simple medida de precaución cuando se quiere leer una carta. Y, además, asegurarse de si un cheque es bueno o malo. He venido a matarle, Artigas. Lo juré a mi padre, que murió por culpa de usted.

-¿Quién era su padre? -preguntó Artigas con el inútil revólver colgándole de la mano.

-Se llamaba como yo. César de Echagüe.

Al decir esto *El Coyote* se quitó el antifaz.

-Es una broma -musitó Artigas.

-¿Por qué ha de ser una broma?

-Si usted fuese *El Coyote* no se hubiera quitado el antifaz.

-¿Y por qué no, si le voy a matar? ¿A quién podrá contar lo que ha descubierto?

-¡Le daré más dinero!

-Cuando yo muestro mi cara a un enemigo es que le he condenado irremisiblemente a muerte.

Artigas comprendió que estaba perdido. Con brusca energía tiró el revólver hacia la cara del *Coyote,* que lo esquivó fácilmente. En seguida, Artigas se precipitó hacia el cajón donde guardaba su arma. Lo abrió, llegó a empuñar un revólver y, al volverse, recibió el primer disparo del *Coyote* en el brazo derecho, luego otro en la oreja izquierda y, el tercero en el corazón. Los tres casi simultáneos.

El Coyote esperó a que la vida huyese por completo del cuerpo de Artigas.

-Ya estamos en paz -dijo-. ¡Tantos años buscándote y tan de prisa que te he matado! Cualquier piel roja hubiese sacado más partido de ti que yo. A veces creo que soy un infeliz.

Pegó un puntapié al cuerpo de Artigas para asegurarse de que no quedaba vida en él y, enfundando su revólver, recogió el otro, apagó la luz, y con su llave maestra salió de la casa.

Pero no regresó al hotel, donde le esperaba Guadalupe. Dirigióse hacia Alameda, a una dirección que había anotado en el *Petit París* al informarse de la dirección de Artigas y de su nombre actual. Aunque era algo tarde, no desconfiaba de hallar despierto al dueño de aquella casa.

Al llegar ante ella vio luz en el balcón central del primer piso. Haciendo escala de unas recias plantas trepadoras, *El Coyote* subió hasta el balcón terraza y desde la barandilla examinó al hombre que estaba sentado ante unos mapas, tomando notas ayudado por una serie de libros que iba cogiendo de un estante.

Terminó de cruzar la barandilla y avanzó hacia el hombre.

-Buenas noches, general Crisp -saludó.

El interpelado se volvió sorprendido. Luego sonrió.

-Buenas noches, señor *Coyote.* Entre usted. ¡Cuántos años sin vernos!

-Muchos. Los que median entre teniente y general, aunque en su caso el ascenso fue meteórico.

-La guerra fue, para mí, una suerte. Cometí unos cuantos errores tremendos que resultaron aciertos increíbles y por los cuales me premiaron. Siéntese, señor *Coyote.* En estos últimos tiempos he leído mucho acerca de usted.

-Aún trabajo. Precisamente vengo de matar a un viejo amigo nuestro.

-¿Amigo?

-Sí. Heriberto Artigas.

-¿Vivía?

-Sí, puesto que le maté.

-¿En San Francisco?

-Sí, era su sistema de siempre. Estar allí donde nadie podía imaginar que estuviera. Era un sitio ilógico. Sin embargo, ha permanecido aquí muchos años, cerca de personas que le conocían y le buscaban, y hasta esta noche el azar no me cruzó en su camino.

-¿Le ha dado la oportunidad de defenderse?

-La doy a casi todos mis enemigos. A él también, aunque en pequeña dosis. Si hubiese sido prudente no le habría podido matar.

-Por fin se resuelve un viejo enigma la víspera de la solución de otro -dijo Crisp.

-Cumplió usted la palabra que le pedí -siguió *El Coyote.*

-Pero no muy bien. Luis Martos sale mañana del penal, después de haber cumplido un poco menos de la condena que se le impuso al serle conmutada la pena de muerte.

-Y Esther, ¿le sigue esperando?

-Sí. Es una mujer maravillosa -suspiró Crisp-. Un día perdí la cabeza y le pedí que se casara conmigo. Me miró con esos ojos suyos tan grandes, que parecen asombrarse de todo lo malo que hay en el mundo. Le dije que había sido una broma, ya que todos saben que ella está locamente enamorada de Luis.

-¿Y él?

-Creo que la quiere, aunque no ha podido darse cuenta de la gran mujer que se esconde en su menudo cuerpo.

-¿Tienen dinero para establecer un hogar?

-No. Todo cuanto ella ha ganado lo utilizó para ayudarle a él.

El Coyote tendió al general Crisp el cheque y la carta de Artigas.

-Cobre mañana este cheque y entregue el dinero a Esther. No le diga quién se lo envía. Si acaso, explíquele que es de alguien que la considera con derecho a la felicidad.

-Vale la pena matar a un hombre para hacer feliz a una pareja como ésa -sonrió el general-. Sobre todo ella. ¡Tan insignificante! ¡Tan delgada! Tan frágil. Y ahí la tiene, desarrollando una energía y una fuerza de voluntad que para sí quisieran muchos grandes hombres.

-Muchas gracias por todo, general; pero sobre todo por haber conseguido aquel primer indulto y este segundo.

-Esta vez lo he hecho por ella. Si hubiéramos esperado a que Luis Martos cumpliera su condena habría salido de la cárcel a los cincuenta y cuatro años.

-¿Temió que se cansara de esperar?

-Ése es el único temor que no me ha asaltado -sonrió Crisp-. Esther es capaz de esperar durante cien años, llena de ilusión, un sólo minuto de felicidad. ¿Quiere beber algo?

-No -replicó *El Coyote-.* Adiós, general. Hasta que volvamos a encontrarnos, como amigos o enemigos.

-Aprecio demasiado mi prestigio para arriesgarlo contra usted, señor *Coyote.* Prefiero ser su amigo.

Los dos hombres se estrecharon las manos y *El Coyote* descendió por donde había subido. Crisp le vio perderse por la larga y oscura calle. Lo último que percibió de él fueron sus rítmicas y recias pisadas.

El general Crisp intentó nuevamente seguir con su estudio de las batallas de la guerra civil; pero al fin tuvo que dejarlo, furioso consigo mismo ante la súbita añoranza que le había entrado de una época tan imbécil como la de su actuación en Los Ángeles, que hasta unos días antes le había parecido odiosa. Decidió, de pronto, volver allí. Entre los que se iban a sorprender al verle convertido en general figuraba, sin duda alguna, el botarate de don César de Echagüe.